La Conjuración Anti-cristiana

VOLUMEN III

SOLUCIÓN DE LA CUESTIÓN

EL MUNDO
EL CIELO Y LA TIERRA
Y SU ENIGMA

I – LA OBRA DEL AMOR ETERNO Y LA CAÍDA

CAPÍTULO LII

LA OBRA DEL AMOR ETERNO

A partir del siglo XVIII la conjuración anticristiana concentró su principal empeño en Francia, hija primogénita de la Iglesia. Es, pues, principalmente ahí que debemos observarla. Pero como esa conjuración se extiende a toda la tierra, debemos frecuentemente hacer incursiones en otras partes del mundo para seguir a sus agentes.

Sus últimos actos introdujeron en el escenario a un nuevo personaje al cual parece que le pertenece el primer papel. Los francmasones introdujeron a los judíos, en seguida, los judíos nos colocaron en la presencia de Satanás.

Si deseamos tener una idea completa y profunda de la conjuración anticristiana, es el judío al que ahora debemos estudiar. ¿Quién es él? ¿Qué es lo que quiere? ¿Cómo se pone en contacto con los hombres y con qué fin?

Una vez hecho este estudio, debemos averiguar si en oposición a la acción satánica no existe otra acción extra-natural para combatirla; y si hallamos que existe, debemos preguntarnos a quién debe pertenecer la victoria.

Esas preguntas nos conducen para las altas regiones de la filosofía y la teología. Que nuestros lectores no se asusten por pensar que no podrán comprender y no se salten estas páginas. Seremos lo suficientemente claros para que puedan acompañar sin esfuerzo y encontrar en este estudio un interés tanto más cautivante cuanto más elevado es el orden en que él se realiza.

La explicación de la presencia del demonio en nuestro mundo y la acción funesta que él ejerce hacen que nos volquemos a la cuestión preliminar del mal y a sus orígenes. La cuestión del mal no se puede resolver sino con el conocimiento del ser, del ser sobrenatural como del ser natural.

El ser existe, no puedo negarlo: tengo conciencia de mi existencia y tengo la visión y el contacto con miles y miles de objetos que me rodean, que actúan sobre mí y sobre los cuales ejerzo mi acción.

Existo, pero no existía hace cien años. Yo era menos que un grano de arena perdido en el fondo de los mares. ¿Cómo es que ahora existo? No puedo explicarlo sino a través de la acción de otro ser, anterior a mi existencia y que me produjo, al igual como yo produzco. Y así ocurre con todas las cosas que me rodean. El mismo cielo y la propia tierra tuvieron un comienzo, lo que conduce a que mi razón llegue a la conclusión de la necesidad de la existencia de un primer Ser, un Ser que existe por sí mismo, que no le debe la existencia a ningún otro, y por lo mismo, que ese Ser es eterno. Ese Ser puede, Él sólo, sacar todas las cosas de la “ausencia eterna”, para que existan con Él.

La razón, que no desea engañarse a sí misma, no puede impedirse a remontarse de esa forma, del ser contingente y limitado que es, y cuya presencia ella observa fuera de sí, al Ser necesario, que tiene en sí mismo la razón de su existencia.

Existiendo por sí mismo, teniendo en sí el principio del ser, Él puede ser la fuente eterna.

¿Por qué quiso Él que con Él existiéramos?

No podemos ofrecer otras razones sino estas: Él quiso ver *imágenes* de su esencia, porque eso es lo que somos: *imágenes* de su esencia. Él quiso transbordar las ideas que en Él existen y trasmitir su felicidad.

Bonnum est diffusivum sui, dice Santo Tomás de Aquino siguiendo a Aristóteles. El bien se complace en difundirse, en compartir lo que en él hay, su naturaleza es darse a sí mismo. Por consecuencia, el Bien infinito, el Ser infinito tiene un deseo infinito de comunicarse. El Apóstol San Juan, inspirado por Dios, dio una definición de Dios: Dios es amor, *Deus charitas est*. Es, por lo tanto, en el amor que existe en Dios, que es Dios, que se encuentra el motivo de la creación y el principio de todas las criaturas.

Dios se conoce infinitamente porque se ama infinitamente. El conocer y el amar está en la vida de las inteligencias. El conocerse y el amarse es, en el Ser infinito, la vida absoluta. Por eso Dios es llamado en la Sagrada Escritura: el Dios que vive[1]. La vida en Dios – lo sabemos porque Él mismo nos lo ha revelado – es la generación del Verbo y la inspiración del Amor, que es el Espíritu Santo; relaciones inefables donde las tres Personas constituyen la naturaleza divina.

En los transportes de su amor natural, las tres Personas divinas llamaron de la nada nuevas personas para ver en ellas la repetición de su felicidad[2]. Ellas nos concedieron el don del ser, de la vida y de la inteligencia para que nos amaran y para ser amadas por nosotros, para obtener esa gloria accidental de derramar en nosotros algo de la felicidad de Ellas. Tal es el misterio de la creación: explosión del amor de Dios, como dice Saint-Bonnet, transborde del amor infinito. Dios es bueno, Él es impulsado por su naturaleza a darse. Tal es la evidencia que se coloca delante del hombre cuando él reflexiona sobre lo que él es, sobre lo que el universo es.

Blanc de Saint-Bonnet, comienza el libro póstumo editado por la piedad fraternal, con el título *L'Amour et la Chute* [El Amor y la caída] con estas palabras:

"El cristianismo se ha hecho hoy menos visible a las inteligencias en sus dos grandes nociones: el Amor, que es la vida de Dios, y la caída que compromete la vida del hombre. Ese olvido, que produce todos nuestros males amenaza con derrumbar la civilización. Si el pensamiento de la caída del hombre y del amor de Dios pudiesen entrar nuevamente en las inteligencias humanas todo mudaría de aspecto en Europa". Todos los escritores que comprendieron la Revolución y que gustarían liberar de ella al mundo, se esfuerzan en restaurar el pensamiento de la caída. El divino Salvador Jesús se encargó por sí mismo de restaurar el pensamiento del amor, manifestando el abrazamiento de su Sagrado Corazón.

Dios no podía satisfacer su bondad en el don de la existencia de una única criatura, como no podía agotar su belleza en una única imagen de su esencia. Él entonces multiplicó sus criaturas y multiplicó las especies (*species, image*). Dios, dice Santo Tomás de Aquino, transportó las ideas al ser para comunicar a las criaturas su bondad y representarla en ellas.[3] Él produjo naturalezas múltiples y diversas a fin de que aquello que falta a una de ellas para representar su bondad divina sea suplido por otra. Y acrecienta: "Existe distinción formal para los seres que son de especie diferente; existe distinción material para aquellos que difieren apenas del punto de vista numérico. En las cosas incorruptibles (los espíritus puros o ángeles) existe solamente un individuo para cada especie". La incontable multitud de ángeles

---

[1] La palabra Dios, con la que se denomina lo infinito, deriva de un verbo griego que significa *vivir*.

[2] Solamente las inteligencias, solamente las personas son capaces de felicidad; pero si las criaturas materiales no fueron hechas para ser felices, ellas son para contribuir a la felicidad de los seres espirituales.

[3] *Summa Theologica*, parte I, q. XLVI. En las ediciones ordinarias esta cuestión contiene apenas tres artículos. En el manuscrito 138 de la Biblioteca de Monte Cassino se encuentra otro, que está reproducido en la edición de la obras de Santo Tomás, publicada por León XIII: *De la subordinación de las cosas*.

representa, pues, grados infinitos de perfección siempre más alta, de belleza siempre más perfecta, de bondad siempre más comunicativa.

Los espíritus puros y los seres materiales no constituyen toda la creación. Dios también produjo los seres mixtos, que somos nosotros, animales racionales compuestos de cuerpo y alma. El conjunto de esos seres forma el mundo. "Aquél que vive eternamente, dice la Sagrada Escritura, creó todo al mismo tiempo"[4]. Los seres animados no pudieron aparecer sino cuando la materia llegó al punto de poder estar apta para formación de sus cuerpos. Ellos existieron inicialmente en el principio de sus especies, que se desarrolló en individuos a través de sucesivas generaciones.

Así nació el mundo. "El mundo fue hecho por Él", dice San Juan[5]. Al colocar en singular la expresión "el mundo", el apóstol señala que existe apenas un mundo, es decir, que no se encuentra en la creación ninguna parte que sea extraña a las otras.

Pero, en esa unidad, ¡qué multiplicidad y qué diversidad! Hablando apenas de los ángeles, Daniel[6] exclama: "Mil millares lo sirven y una miríada de miríadas lo asiste, el Señor de los ejércitos", el Señor de toda la jerarquía de las diversas órdenes de seres.

Comentando esas palabras, dice Santo Tomás: "Los ángeles forman una multitud que ultrapasa toda la multitud material". Él se apoya en lo que San Dionisio, el Areopagita, dice en el capítulo XIV de la "Jerarquía Celeste": "Son numerosas las bienaventuradas falanges de los espíritus celestes; ellas ultrapasan la medida ínfima y restricta de nuestros números materiales"[7].

Ahora, formando una especie única para sí, cada uno de esos espíritus refleja, por así decir, un punto del infinito, constituye una imagen diferente de la perfección divina, un resplandor especial de la divina Bondad. ¿Qué imaginación podría representar el esplendor creciente de esos espejos de la divinidad que, partiendo de los confines del mundo humano, van, subiendo siempre en grupos graduados, hasta el trono del Eterno? ¡Quién podría ir de pensamiento en pensamiento hasta aquél que está en la cumbre de esa jerarquía y recibe la primera y la más resplandeciente irradiación de la gloria de Dios! "¡El abismo inagotable de la sabiduría y de la ciencia de Dios!, exclama San Pablo. ¡De Él, por Él y para Él son todas las cosas! ¡A Él la gloria por toda la eternidad!"[8]

Pero he aquí lo que es más aflictivo para nuestro espíritu y más conmovedor para nuestro corazón. ¡El Amor no encontró apaciguamiento en la creación, por inefable que fuese el don del ser, y la vida en el ser, y la inteligencia en la vida! Después de haber hecho de las criaturas imágenes de su perfección, Dios quiso hacer de las criaturas sus amigas a tal punto de elevarlas hasta Él. No nos admiremos. Dios es amor, y su caridad desciende como un torrente que derrumba todos los obstáculos, los que vienen del Infinito como los que vienen de la naturaleza de lo finito.

¡Aquí reside el misterio de los misterios del Amor: ese don de Dios para nosotros, elevándonos hasta Él para amarnos y ser amado por nosotros! ¿Cómo dar, a ese respecto, ya no digo el conocimiento adecuado, sino una idea suficiente para convidarnos al abandono amoroso de nuestra alma al Amigo divino?

¿Cómo Dios se da a nosotros? ¿Cómo lo poseemos? ¿Con qué amor somos llamados a amarlo?

---

[4] Ecles. XVIII, 1. Deus simul ab initio temporis utrumque de nihilo condidit creaturam, spiritalem et corporalem, angelicam videlicet et mundanum et deinde humanam quasi comunem ex spiritu et corpore constitutam (IV Concílio de Letrán, cap. 1).

[5] Jo. I, 10.

[6] Dan. VII, 10.

[7] Quien considera los millones de estrellas que la mano de Dios lanzó en el espacio, ¿puede admirarse de la multitud de los espíritus celestes, los cuales pueden glorificarlo por si mismos?

[8] Rom. XI, 33-34.

Digamos inicialmente con Santo Tomás que Dios está en todas las criaturas como la causa está en su efecto. Él es, Él, la causa primera, la causa inicial y la causa persistente, la causa creadora y la causa conservadora de todo cuanto existe. Él está, además, en sus criaturas, a través de su esencia, es decir, a través de la idea que cada una de ellas realiza. Él está, en fin, a través de su poder que, después de haberlas creado, las mantiene en el ser que Él les dio y constituye el primer principio de la actividad de ellas.

En las inteligencias Dios está, o por lo menos puede estar, de otro modo: como el objeto conocido en aquel que conoce y el objeto amado en aquel que ama. Pero esto no constituye un modo especial de presencia distinta de modo general. Concediendo a la criatura racional que lo conozca y lo ame, Dios no hace sino moverla para su fin, según pide su naturaleza, como Él con las otras criaturas.

Un modo de presencia verdaderamente especial sería aquel que produjese un efecto de un orden externo, por encima el orden natural.

Ahora, ese modo existe. Dios, en su amor infinito, lo inventó, lo creó y nos reveló su existencia.

Digamos en qué consiste.

El uso normal de la razón nos hace llegar al conocimiento de Dios y ese conocimiento produce en nosotros amor. Es un conocimiento abstracto, a través del raciocinio, de la visión de los seres y de su contingencia. Ese conocimiento nos hace desear otro conocimiento: la visión directa del propio Ser Supremo. Como explicamos en las primeras páginas de este libro[9], esa visión no es naturalmente posible a ninguna criatura que existe o venga a existir. Pero la concebimos posible si, en la naturaleza creada, Dios injertase, por así decir, una participación de la naturaleza divina. Participando de esa naturaleza, el hombre, el ángel, podrían producir actos de ella: ver a Dios y amar a Dios, como Dios se ve y se ama.

Dios se dignó manifestarnos de que su amor llegó hasta ese punto. Por el don de la gracia santificante Él nos hizo partícipes de la naturaleza divina. "Dios, por Jesucristo Nuestro Señor, dice el apóstol San Pedro, nos concedió los mayores y más preciosos dones que nos había prometido; por ellos nos hizo participantes de su naturaleza divina"[10].

¿Cuál es la obra propia de la naturaleza divina? Es engendrar el Verbo y emanar el Amor. Esa obra es tan absoluta, que sus resultados son las Personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Si verdaderamente nos hacemos participantes de la naturaleza divina, esa participación, que es la gracia santificante, debe traer para nuestra alma como que un eco de la generación del Verbo y de la procesión del Espíritu Santo. Que esto es y será así es cosa que se nos ha revelado: "Ved, nos dice el apóstol San Juan de parte de Dios, ved qué amor el Padre tiene por nosotros, en querer que seamos llamados hijos de Dios, y en efecto lo somos… Sí, mis queridos, nosotros somos, desde ahora, los hijos de Dios. Pero aquello que seremos un día aun no nos fue revelado. Sabemos que cuando Él venga en su gloria, seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es. Y todo aquel que tiene esa esperanza en Él se hace santo como Dios"[11].

Veremos a Dios tal como Él es, y esto porque seremos, porque somos semejantes a Él, y siendo semejantes a Él, somos legítimamente llamados sus hijos, somos verdaderamente sus hijos. Nosotros lo somos desde ahora, porque ya poseemos la gracia santificante que nos hace participar de la naturaleza divina. Esa naturaleza participada ya produce en nosotros sus actos, los actos de las virtudes teologales, la fe, la esperanza y la caridad, que nos hacen alcanzar a Dios en Él mismo y que, después del tiempo de la prueba, se transformará en visión, posesión, amor beatífico.

[9] Tomo I, p. 18.
[10] II Ped. I, 4.
[11] I Jo. III, 2.

La producción de esos actos, así en la tierra como en el cielo, es y será, lo dijimos arriba, como un eco en nosotros de la generación del Verbo y de la procesión del Espíritu. Santo Tomás lo hace comprender en los ocho artículos de la sexagésima tercera cuestión de la primera parte de su Suma, parte ésta intitulada: *De la misión de las Personas divinas*.

Hubo una misión visible de la segunda Persona de la Santísima Trinidad a través del Padre en la Encarnación.

Hubo una misión visible de la tercera Persona a través de las otras dos en diversas circunstancias.

Además de esas misiones visibles, están las invisibles en cada uno de nosotros en todos los instantes de la vida cristiana. Y es por ellas que Dios está en nosotros de forma diferente de que a título de causa y de ejemplar, como él está en todas sus criaturas, según la diversidad de sus naturalezas. La *misión* lo hace habitar en nosotros de otra manera. De la misma manera que en Dios el Hijo es engendrado por el Padre y en que el Espíritu procede del Padre y del Hijo, en nosotros, cristianos, y en general en todas las criaturas inteligentes ornadas de la gracia santificante, y por eso hechas participantes de la naturaleza divina, el Padre, del cual procede el Hijo, *envía* al Hijo; el Padre y el Hijo, de los cuales procede el Espíritu, *envían* el Espíritu Santo, y esto no una vez, sino en todos los actos de la vida sobrenatural que son la fe y la caridad; misión del Hijo en el acto de fe, misión del Espíritu Santo en el acto de caridad, como en el cielo, la visión intuitiva será producida por la misión del Verbo, y el amor beatífico por la misión del Amor divino.

De donde resulta que las tres Personas divinas habitan en nosotros como en ellas mismas, actúan en nosotros como en ellas mismas. Es lo que Nuestro Señor prometiera: “Si alguien me ama, corresponde a las propuestas de mi amor, Nosotros vendremos a él y en él haremos nuestra morada”[12]. Y no solamente Ellas ahí habitan, sino además Ellas tienen ahí sus relaciones y esas relaciones tienen repercusión en nuestras almas, en nuestras inteligencias y en nuestros corazones sobrenaturalizados por la gracia. “Hablamos de misión a respecto del Hijo, dice San Agustín[13], en razón de los dones que tocan la inteligencia”. Podemos decir la misma cosa a respecto del Espíritu Santo, en razón de los dones del corazón: él abrasa las facultades afectivas de un amor sobrenatural, como el Hijo ilumina la inteligencia con las luces de la fe.

Ahí está en nosotros el comienzo de una vida divina que desabotonará en los cielos; ahí, la fe será visión y el amor beatitud, por la misma manera, por la resonancia de la vida divina en nosotros.

Toda la vida adquiere su origen en un nacimiento. Una vida nueva no puede salir sino de una nueva generación. Fue lo que realizó en nosotros el santo bautismo. Él nos hizo entrar en esa vida superior, específicamente y genéricamente distinta de la vida natural. Es la necesidad que Nuestro Señor expresó en estos términos: “En verdad, en verdad os digo, quien no renaciere del agua y del Espíritu Santo no entrará en el reino de Dios”[14], donde Dios es visto y amado como Él se ve y se ama. El primer nacimiento nos hizo partícipes de la naturaleza humana, el segundo, de la naturaleza divina.

La creación se explica por el deseo de Dios que es inducido, si así podemos decir, por el esplendor de su Verbo, a querer que su brillo reaparezca en los espíritu creados a su imagen. El don de lo sobrenatural encuentra su explicación en la santidad de Dios. Ella hace la unión divina, ella llama a las criaturas a una unión participativa: *Sanctus sanctus, sanctus, Dominus Deus Sabaoth*. Santo, santo, santo es el Dios de los ejércitos. Él es tres veces santo en Él mismo por la Trinidad de sus Personas; y Él es santo en la multitud de los espíritus ordenados, jerarquizados como un ejército, que Él

[12] Ju. XIV, 23.
[13] *De Trinit*., IV, cap. XX.
[14] Ju. III, 5.

convida a la unión santificante, a unirse a Él sobrenaturalmente. Esa unión exige una generación en Él, Él es suficientemente poderoso para producirla, no obstante pida una virtud más alta de que la exigida para la creación. Así, la Santísima Virgen, llena de gracia divina, manifestó su admiración y su alegría con estas palabra: "*Fecit mihi magna qui POTENS est et SANCTUM nomen ejus*". Él hizo en mi grandes cosas, Aquel que es *poderoso* y cuyo nombre es *santo*. Por la santidad entramos en el infinito sin confundirnos, penetramos en el seno de Dios sin perdernos, conservando nuestra individualidad, nuestra personalidad, estando unidos a la Divinidad, de tal manera que ella produce en nosotros lo que ella produce en Ella misma. He ahí la gran cosa que maravillaba a la Santísima Virgen y la hacía lanzar esta exclamación: "*Magnificat anima mea Dominun et exultavir spiritus meo in Deo salutari meo*".

La unión sobrenatural con Dios, tanto entre los ángeles como entre nosotros, tiene dos grados: la preparación y la fruición, la gracia y la gloria. Por la gracia somos dados en garantía de dote que es entregada solamente en el feliz final de la prueba a la cual la preparación nos somete.

Porque Dios quiere respetar la libertad de sus criaturas, y esa voluntad obliga a no hacer definitivo el don de lo sobrenatural sino después de la aceptación reconocida y amorosa por parte nuestra.

Las Personas divinas que quieren habitar en nosotros, baten, primeramente, a través de los llamados de la gracia, a la puerta de nuestro corazón. Ellas quieren ser acogidas como amigas antes de producir en nosotros las grandes cosas de que hablamos. Ellas nos ofrecen su amistad, *Vos amici mei estis*[15]; es necesario que les demos la nuestra, que entremos en comercio con Ellas, en un comercio de amor. Esa oferta debe ser aceptada, puede ser rechazada, si es rechazada será una ofensa y una ofensa de una culpabilidad infinita, el límite de la injuria, tratándose de Dios.

¿Fue esa la injuria a la infinita Bondad?

[15] Ju. XV, 14.

CAPÍTULO LIII

LA CAÍDA

I. En el Cielo

El capítulo precedente puede haber parecido una divagación, algo dispensable. No es eso, allí dijimos lo que era necesario decir para preparar el espíritu para comprender de todo cuanto sigue a continuación.

Así es que, desde la creación de los ángeles[1], Dios convidó a la innumerable multitud de ellos a que convinieran con Él en una alianza de amistad tal que, si fuesen fieles, los llevaría al gozo de la visión de su Ser, a contemplarlo cara a cara, a penetrar en su vida íntima y participaren de ella. Su bondad les anticipó su amor; a ellos les incumbía el deber de corresponder a esa anticipación.

¿Qué es lo que ocurrió?

El arcángel San Miguel y los ángeles que escucharon su voz, se abrieron con entusiasmo y gratitud al don divino. Lucifer y los ángeles que siguieron su ejemplo opusieron un rechazo a la munificencia divina.

¿Cómo pudo ocurrir eso?

Los ángeles, en la superioridad de sus inteligencias, vieron y comprendieron la excelencia del don que les era ofrecido mejor que como lo hacemos nosotros.

Cómo es que un don tan excelente, un don realmente divino hasta en su objeto, pudo ser despreciado? Ese hecho, el más desconcertante que hubo y que jamás habrá, nos hace descender al fondo de la miseria del ser contingente, teniendo incluso la sublimidad de aquél que, por la excelencia de su naturaleza, estaba en el ápice de la jerarquía angélica.

Al trasmitir el ser a las criaturas inteligentes, Dios pone en ellas el deseo de la felicidad. Ese impulso las lleva y las dirige a Dios, el sumo Bien, cuando ellas acogen, por una libre correspondencia, la emanación del amor divino; en cambio, ese impulso las abandona al mal cuando a ese amor, ellas prefieren el movimiento ciego del amor propio. A ese deseo de felicidad Dios acrecentó la gracia, esto es, una atracción de orden sobrenatural, que se sobrepone a la atracción de orden natural, dirigida al sumo Bien.

La vida presente fue dada al hombre, y en el primer instante le fue dado al ángel la posibilidad para que la creatura cediese el *yo* al amor; para que el *yo*, renunciando al egoísmo, se dé al sumo Bien. "Al ocurrir de esa manera, lejos de aniquilarse, el *yo*, por la maravilla de la personalidad, entrase él mismo en la posesión del Bien; quedase penetrado de él, como se es penetrado por la alegría, como cuando el cuerpo es penetrado por el aire que respira y por el cual está envuelto. Pero lo finito, cuya naturaleza viene de la nada, puede permanecer estéril; y, a pesar del impulso divino, volverse a lo que es opuesto al Amor, caer en estado

---

[1] Condens in eis naturam et largiens gratiam. (S. Agustín, *De natura et gratia*).

contrario a Dios, en el estado de quien rechaza darse, de quien no ama. Ese egoísmo es posible en el ser que tiene la libertad de usar, como quiere, el don sagrado de la existencia y el poder de negarse al Amor”[2].

Esa fue, ¡oh dolor! la conducta de numerosos ángeles, y es también la conducta de numerosos hombres. Creados para la eterna felicidad, ellos se desviaron de ella para correr en dirección a la ruina. Ese movimiento de independencia de la criatura se denomina *soberbia*[3], □□□□□□□encima, □□□, fuerza; en nuestra lengua, suficiencia, estado de aquel que se cree bastarse a sí mismo. ¿Acaso no encontramos esa suficiencia, ese orgullo, en aquellos que son alcanzados por el sentimiento de una fuerza *exagerada* que pretende encontrarlo todo en sí mismos?

Santo Tomás de Aquino[4] dice que todos los ángeles, sin excepción, bajo la moción de Dios, realizaron un primer acto bueno que los condujo hacia Dios, como autor de la naturaleza. Les quedaba realizar un segundo acto de amor más perfecto, el acto de caridad, el acto de amor sobrenatural. La gracia los convidaba a ello, la gracia los impulsaba a volverse a Dios en cuanto objeto de beatitud.

San Miguel y los ángeles que lo imitaron, por un reflejo de esa gracia recibida, prestaron homenaje a Dios con todo su ser; por un acto de amor, ellos unieron sus voluntades al don que Dios les ofrecía, y por ese acto alcanzaron su fin sobrenatural.

En cambio los otros, se cerraron en ellos mismos, y Dios no pudo hacer llegar la vida sobrenatural a esos corazones orgullosos; Él no podía violar inútilmente sus libertades rebeldes. Por causa de sus naturalezas puramente espirituales, sus voluntades se fijaron en ese mal por ese primer acto. Se hizo inmediatamente según sus voluntades. En cuanto los espíritus dóciles a la vocación sobrenatural entraron en el cielo de la gloria, gozaron inmediatamente de la visión de Dios en Él mismo, en los misterios de las procesiones divinas que constituyen su Ser, los rebeldes, abandonaron el cielo de la gracia y fueron relegados para siempre a las regiones inferiores, a la gehena del infierno, castigo de su orgullo.

Al frente de ellos se encontraba Lucifer, el más perfecto de los ángeles y, por consiguiente, de todos los seres creados. Fue bajo su sugestión y ejemplo que arrastró a los otros. Viéndose en la cumbre de la creación, él, no quiso mirar por encima de él, buscar su perfección y beatitud en la unión con una naturaleza superior a la suya; él quiso encontrarla en él mismo. Él se cerró en su naturaleza, contentándose en el gozo de sus facultades naturales.

“Espíritu soberbio e infeliz, te fijaste en ti mismo; admirador de tu propia belleza, ella fue para ti una trampa”[5]. No fue solamente ingratitud, sino rebelión contra Dios, a quien le pertenece el derecho de determinar el fin de cada una de sus criaturas.

“No se le puede atribuir a Lucifer, como observa Santo Tomás, la expectativa de destronar al Ser supremo, o de sentarse por la fuerza a su derecha, como su igual[6]. Él tuvo apenas el deseo de ser semejante a

[2] Blanc de Saint-Bonnet, *L’amour et la chute*.
[3] Initium omnis peccate superbia. Ecle. X, 15.
[4] S. T., parte I, q. LXIII, art. 5.
[5] Bossuet, *Elévations*, IVª semana, 2ª elevación.

Dios[7], es decir, de poder bastarse a sí mismo, no queriendo tener ninguna necesidad de ser perfeccionado por nada fuera de sí. Dios se definió a Sí mismo: “Yo soy Aquel que es”. En su orgullo, Lucifer dijo: “Yo soy aquel que es. Dios no espera de ninguna naturaleza superior a la suya un aumento de perfección; en ésto, yo quiero ser como Él. A mí también me basta ser lo que soy por mi propia naturaleza y complacerme en eso”. “El demonio no permaneció en la verdad”, dice el apóstol San Juan[8]. La verdad es que su naturaleza, él la recibió de Dios y lo hace dependiente de Él.

El orgullo tanto más lo impelió para ese camino cuanto Dios, ofreciéndole el estado sobrenatural, le dio a conocer sus designios acerca de la naturaleza humana. Lucifer vio que para entrar en unión con Dios y recibir en esta unión la vida sobrenatural, debía inclinarse delante de un ser inferior a él, ante un ser en que su persona estaba compuesta de dos naturalezas; el Hijo de *Dios* hecho *Hombre*, el Jefe de toda la creación[9]; y también vio que tendría que inclinarse delante la Mujer que cooperaría con la encarnación del Verbo y que por ello, merecería participar de su realeza sobre el universo, el cielo y la tierra[10].

La falta de Lucifer, el crimen de su orgullo, consistió precisamente en repudiar lo sobrenatural: y esa fue la tentación que él hizo sufrir a los ángeles que estaban debajo suyo. Esa falta, ese crimen, puede llamarse con toda propiedad, *la tentación del naturalismo*. Retengamos esta observación, pues nos servirá de antorcha en la secuencia de este estudio. Ya veremos que esa misma tentación se reprodujo en el paraíso terrenal. Esa misma tentación fue la que Jesús mismo sufrió en el desierto después de su bautismo.; y es también la tentación a la que está sometida la cristiandad desde el siglo XV por la francmasonería, por la judería y por el demonio.

En el cielo, esa tentación ocasionó lo que la Sagrada Escritura llama el “gran combate: *et factum est proelium magnum in coelo*. Miguel y sus ángeles combatieron contra el Dragón, y el Dragón y sus ángeles combatieron; pero no pudieron vencer”[11].

---

[6] El ángel no conoce a Dios como nosotros, a través de la razón, observa Santo Tomás, él lo hace con un conocimiento necesario e infalible que resulta del conocimiento que tiene de sí mismo, que es como una reproducción de la naturaleza divina, real y exacta, si bien que infinitamente distante del divino ejemplar.

[7] Seré semejante al Altísimo. Is. XIV, 13, 14.

[8] Jo. VIII, 44.

[9] *Primogenitus omnis creaturæ*. Colos. I, 15-17.

In omnibus Ipse primatum tenens. Ef. I, 20-22.

Pacificans... sive quæ in cœlis sunt. Colos. I, 20.

Orígenes dice que Jesús pacificó los cielos obteniendo para los ángeles buenos el don de los dones, esto es, la vida sobrenatural. “In cœlis quidem non pro peccato sed pro munere oblatus est” (Hom. 2, supra caput, 1 e 2, Levit.).

[10] “Habiendo Dios introducido una segunda vez en el escenario del mundo a su Hijo primogénito, dijo: “¡Que todos los ángeles lo adoren!”. Esa segunda introducción, esa nueva presentación hecha por el Padre, se refiere a su Hijo colocado en un segundo y nuevo estado, a su Hijo encarnado. Creer en el Hijo de Dios hecho hombre, esperar en Él, amarlo, servirlo, adorarlo, tal fue la condición de la salvación. Los dos Testamentos cuentan que este precepto fue impuesto tanto a los ángeles como a los hombres; está escrito en ambos Testamentos: *Et adorent eum omnes angele ejus*.

“Satanás se estremeció ante la idea de postrarse delante de una naturaleza inferior a la suya, sobre todo ante la idea de recibir él mismo, de esa naturaleza tan extrañamente privilegiada, un acrecentamiento actual de luz, ciencia, mérito y un aumento eterno de gloria y de beatitud. Juzgándose herido en la dignidad de su condición nativa, *él se entristeció en los derechos y exigencias de orden natural*” (Cardenal Pie, III Instrucción sinodal. Ver Suma Teológica, parte I, q. LXIV, a. I, ad IV). Suárez dice la misma cosa en *De malig. ang*. L. VIII, C. XIII, n.13 y 18).

[11] Apoc. XII, 7.

Es la misma guerra que continúa aquí abajo y que entre nosotros se presenta bajo este aspecto: "el antagonismo entre dos civilizaciones". Para comprender lo que ella fue en el cielo y cómo es en la tierra, ella tiene por adversario no solamente a hombres contra hombres, sino también los humanos contra los demonios. "No es solamente contra hombres de carne y sangre que tenemos que luchar, sino contra los principados y las potestades, contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra los espíritus esparcidos por los aires"[12].

Es necesario distinguir el orden, la jerarquía y la subordinación que Dios puso entre sus criaturas.

Vemos en la parte más baja de la creación, las criaturas que apenas tienen existencia, sobre ellas, las que participan, en grados diversos, de la energía vital, después, los animales racionales y, por sobre todas ellas, las inteligencias puras. Sabemos por nuestra propia experiencia, que los seres inferiores están en la dependencia de los seres superiores. Dios dijo al crear al hombre: "Que él domine sobre los peces del mar, las aves del cielo, los animales domésticos y toda la tierra". Nosotros ejercemos ese dominio.

Guardadas las proporciones, lo mismo sucede en el cielo.

Entre los espíritus puros no hay solamente diferencias de grados en la semejanza con el Ser divino en la participación de su perfección; hay también comercio entre los seres superiores y los seres inferiores. Es lo que explica en un lenguaje sublime, San Dionisio el Areopagita, o por lo menos, el autor de los tratados que le son atribuidos:

"En esa efusión liberal de la naturaleza divina sobre todas las criaturas", dice él, "la parte más importante cabe a las órdenes de la jerarquía celestial, porque, en un comercio más inmediato y más directo, la divinidad deja extravasar en ellas, más pura y eficazmente el esplendor de su gloria". Ahora bien, en toda la constitución jerárquica, de los grados de perfección resultan los grados de subordinación. "El último orden del ejército angélico es elevado a Dios por las augustas potestades de los grados más sublimes. ¿Cuál es el número, cuáles son las facultades de los diversos órdenes que forman los espíritus celestiales? Esto es sólo es conocido exactamente por Aquel que es el principio adorable de la perfección de esos órdenes. La primera jerarquía está gobernada por el propio soberano iniciador, y ella instruye a los espíritus subalternos a la semejanza divina. Ella no se comunica a ellos a través de los excesos de un poder tiránico, sino que, impulsándose hacia las cosas de lo alto con una impetuosidad bien ordenada, arrastra con amor en dirección al mismo objeto a las inteligencias menos elevadas". Y continúa San Dionisio: "Hay que considerar que la jerarquía superior más próxima por su clase del santuario de la divinidad, gobierna a la segunda por medios misteriosos; a su vez, la segunda, que abarca a las dominaciones, las virtudes y las potestades, conduce a la jerarquía de los principados, de los arcángeles y de los ángeles, y ésta, gobierna a la jerarquía humana, a fin de que el hombre se eleve y se vuelva hacia Dios y a Él se una. Y así, por divina armonía y justa proporción, todos se eleven, unos a través del otro, hasta Aquel que es el soberano principio y fin de toda la bella ordenación. Él es denominado Dominador supremo, porque atrae todo hacia Si, como un centro poderoso, y porque

[12] Ef. VI, 12.

comanda todos los mundos y los rige con plena y fuerte independencia al mismo tiempo que es el objeto del deseo y del amor universales. Todas las cosas experimentan su dominio por una natural inclinación y tienden instintivamente hacia Él, atraídas por los encantos poderosos de su indómito y suave amor"[13].

Constituye, por tanto, le de la naturaleza universal, que entre las criaturas existe una jerarquía basada en la desigualdad de la participación que ellas tienen de la perfección suprema, en la superioridad o inferioridad de la naturaleza que les toca.

Los seres de una naturaleza inferior, de una perfección menor están subordinados a aquellos que son de una naturaleza superior. Los ángeles de una clase más elevada ejercen, por lo tanto, sobre los que están debajo de ellos aquello que Santo Tomás denomina de *prælatio*, una supremacía de autoridad y de poder.

Esa prelacía pertenecía, en toda la jerarquía de los seres, al más sublime de todos los ángeles, aquel que había recibido el nombre de Lucifer, portador de la luz, en razón del papel que le estaba destinado en el cielo y que el Areopagita explica así: "Toda gracia excelente, todo don perfecto viene de lo alto y desciende del Padre de la luces. Él es una fuente fecunda y un inmenso transporte de las luces que llena con su plenitud todos los espíritus".

Lucifer, colocado en el primer lugar, recibía, las primeras ondas de ese río de luz y de vida que corre de Dios, y ellas se esparcían de él para las esferas inferiores. De ahí su nombre Lucifer, portador de la luz.

Él quiso conservar la prelacía que lo hacía tan glorioso, y fue para mantenerla en su posesión que el libró batalla. San Agustín, que denomina a Satanás *Perversus sui amor*, dice que en su pecado él amó el poder que le era propio. "Angelum peccasse amando propriam potestatem"[14].

Él quiso conservar ese poder, en cuanto su pecado lo trasmitía a otros.

Como consecuencia de pecado que él y sus discípulos acababan de cometer, una nueva distinción era establecida entre los puros espíritus; unos eran sobrenaturalizados, otros no. Lo sobrenatural permitía que los primeros entrasen en una región inaccesible a los segundo, les confería una dignidad y prerrogativa que los otros no podían más alcanzar. Tenemos prueba de aquello en las alabanzas que la Santa Iglesia hace a una criatura humana, pero extraordinariamente sobrenaturalizada, la humanidad del Hombre-Dios: *exulta est super choros angelorum*. Además, sabemos que la Santísima Virgen, la Madre de Cristo, fue coronada Reina de los ángeles.

Lucifer, viendo eso, aun así quiso mantener y afirmar la supremacía que la excelencia de su naturaleza le daba sobre los otros ángeles. Éstos resistieron, y el grito *¿Quis ut Deus?* expresa bien el género de esa resistencia. Él pone en destaque una oposición fundamental a las sugestiones naturalistas que Satanás esparciera en las filas de las milicias celestes para conservar el dominio sobre sus hermanos. "¿Quién como Dios?". Respondieron estos. ¿Quién puede pretender bastarse a sí mismo, subsistir por sí mismo, encontrar en sí mismo su fin último? Y, de otro lado, ¿quién puede ser superior a la criatura que Dios elevó a una

---

[13] San Dionisio Areopagita, *De la hiérarchie céleste*. Passim.

[14] *Genesi ad litteram*, cap. XV.

participación en su naturaleza divina? Dios, que está encima de todo, da a la criatura a la cual Él se une por la gracia una dignidad que la eleva por sobre todo lo que existe en el mundo de pura naturaleza.

Así fueron repelidas las pretensiones de Lucifer y de los suyos. Él, el príncipe de los arcángeles, se volvió, por su orgullo, subordinado de aquél de entre los ángeles buenos es el último en el orden de la naturaleza.

CAPÍTULO LIV

LA CAÍDA

II. En la tierra

El hecho prehistórico que acabamos de relatar según las Sagradas Escrituras y las revelaciones divinas es también un hecho histórico porque entró en la trama de los acontecimientos de este mundo. Sin él estos no se pueden explicar, en él encuentran su luz.

Desde que la humanidad existe, existe lucha, existe combate, combate en el corazón de cada hombre, combate entre los buenos y los malos, combate del naturalismo contra lo sobrenatural, del egoísmo humano contra el Amor infinito. Ese combate no es, pues, sino la continuación de aquel que fue deflagrado entre los puros espíritus en el origen del mundo, y, entre nosotros como en el cielo, es Lucifer quien conduce la batalla, y si él todavía encuentra a San Miguel como adversario, en nuestra dirección él ve sobre todo a María, que tomó junto a Dios, el lugar que él dejó vacío por su pecado, el más formal que existió: *peccatum aversio a Deo*.

El pecado de Lucifer y de sus ángeles, les retiró, como dijimos, la prelacía, es decir, la preeminencia y esa especie de jurisdicción que de ella deriva, sobre los ángeles que les eran inferiores. ¿Les retiró el poder que tenían sobre el mundo material? San Pablo aclara la cuestión. El los denomina, aun después de la caída: "las virtudes de los cielos". San Denis, en su libro *Des noms divins* (cap. VI), dice de una manera general que los dones concedidos a la naturaleza angélica de ningún modo mudaron en los demonios, sino que permanecieron en su integridad.

Santo Tomás de Aquino indica con exactitud esa verdad. El observa que después de la caída el demonio continúa siendo llamado "querubín", pero no más "serafín". Esto es porque la palabra "querubín" significa "plenitud de ciencia", en cuanto "serafín" significa "aquel que arde" de fuego de caridad. La ciencia es compatible con el pecado, pero no la caridad.

Así, ellos conservan su poder, observa Bossuet. "Ellos continúan, dice, siendo llamados "Virtudes de los Cielos" para mostrarnos que todavía en el suplicio conservan el poder, así como el nombre que tenían por su naturaleza. Dios podía justamente privarlos de todas los dones naturales, continúa Bossuet, sin embargo, Él prefirió conservárselas, para hacer ver que todo el bien de la naturaleza se transforma en suplicio para aquellos que abusan contra Dios por medio de esos dones. Así, la inteligencia de ellos permaneció tan penetrante y sublime como siempre; y la fuerza de sus voluntades, para mover los cuerpos, por esa misma razón, quedó como los destrozos de su pavoroso naufragio".

En el Libro III del Tratado sobre la Trinidad, capítulo IV, San Agustín nos enseña que "*toda* la naturaleza corporal es administrada por Dios con el concurso de los ángeles". En la repuesta que Job le dio a Bildad, hablando del poder de Dios, lo llama como "Aquel bajo el cual se curvan los que cargan el mundo"[30]. Santo

[30] Job, IX, 13. Traducción de Bossuet.

Tomás hace un espléndido comentario sobre esas palabras[31]. La causa segunda, la criatura, verdaderamente actúa, y actúa por su propia virtud, pero su virtud y su acción propias son penetradas por la virtud y por la acción del agente principal, Dios, de la cual ella es de alguna manera instrumento.

"Cuando Dios creó los espíritus puros, dice Bossuet, les dio tanto inteligencia como cuanto poder: y sometiéndoles a Su voluntad, Él quiso, para el orden del mundo, que las naturalezas corporales e inferiores fuesen sometidas a las de ellos, según los límites que Él prescribiera. Así, el mundo visible fue a su manera, sujetado al mundo espiritual e intelectual; y Dios hizo ese pacto con la naturaleza corporal, que ella estuviese unida a la voluntad de los ángeles, en la medida en que la voluntad de los ángeles, en esto conformes a la de Dios, la determinase para ciertos efectos"[32].

No son solamente los teólogos que nos dicen que los cuerpos son gobernados por los espíritus.

Newton se inmortalizó, observa J. de Maistre, al relacionar a la gravedad los fenómenos que nadie jamás imaginaba atribuirle; sin embargo, su criado al igual que el gran hombre, sabían cuál era la causa de la gravedad. El principio del movimiento no puede ser encontrado en la materia, y nosotros llevamos en nosotros mismos la prueba de que el movimiento comienza por una voluntad. Es lo que dice Platón: "¿Puede el movimiento tener otro principio más allá de esa fuerza que se mueve ella misma?" (Platón, *De Lege*).

Además, Newton no pensaba de manera diversa. En sus cartas teológicas al Dr. Bentlig, él dice más explícitamente lo que dijera en su filosofía natural (Principios Matemáticos): "Cuando me sirvo de la palabra *atracción*, no considero esa fuerza físicamente, sino apenas matemáticamente. Que el lector cuide, pues, de no imaginar que con esa palabra yo entienda designar una causa o una razón física, ni que yo quiera atribuir a los centros de atracción fuerzas reales y físicas, porque no considero en ese tratado sino las proporciones matemáticas, sin ocuparme con la naturaleza de las fuerzas y de las cualidades físicas"[33].

El mundo material es, pues, gobernado por los ángeles, a punto de Santo Tomás (q. LII) se pregunta si existe un ángel cuya virtud pudiese a través de un mismo acto y como objeto proporcionado a su poder todo el universo material. Y responde: En sí la cosa no es imposible. Pero siendo múltiples los ángeles destinados a la administración del mundo material, cada cual tiene una virtud limitada a ciertos efectos determinados"[34]. Los ángeles caídos conservaron la parte que les estaba destinada en el gobierno del mundo material. El poder de ellos sobre el mundo es tal que "si Dios no retuviese su furor, dice Bossuet, los veríamos agitar este mundo con la misma facilidad con que hacernos girar una bolita".

---

[31] Sum. Theol., q. XLVII. Ver también las cuestiones CV a CXIX.

[32] *Elévation sur les* mystères, XXXIIIª semana, Vª elevación.

[33] Clarke, de quien Newton dice: "Solamente Clarke me comprende", fizo esta declaración: "La atracción puede ser el efecto de un impulso, pero no ciertamente material – *impulsu non utique corpóreo*. Y en una nota acrecienta: "La atracción no es ciertamente una acción material a distancia, sino la acción de alguna cosa inmaterial".

[34] La misma restricción debe ser hecha en el orden moral. Dios designa para el demonio los límites precisos del poder que Él le concedió sobre su servidor Job. Así también Nuestro Señor dijo a sus Apóstoles: "Satanás pidió para exterminaros". Lo que él pide, observa Bossuet, es un poder maligno, maléfico, tiránico, pero sometido al poder y a la justicia de Dios.

¿Estamos sometidos al imperio de ellos, como lo están los seres materiales? La especie humana guarda el último nivel en la jerarquía de los espíritus y por esa razón debe recibir la luz y la inspiración para el bien a través del ministerio de los ángeles. De hecho, cada uno de nosotros tenemos nuestro ángel de la guarda, que ejerce junto a nos ese oficio. ¿Conservó el demonio su prelacía sobre nosotros? nuestra raza fue dotada, desde la creación, en la persona de Adán, nuestro jefe, de la gracia santificante, que nos hace entrar en el orden sobrenatural. Ahora, vimos que lo sobrenatural establece entre los seres una jerarquía de orden superior que substrae a Adán y a sus descendientes del imperio del demonio.

Este concibe amargos sentimientos sobre eso. La envidia que despertara en él cuando el Hombre-Dios fue presentado a la adoración lo hizo exasperarse. "Es una envidia furiosa, dice Bossuet, que anima a los demonios contra nosotros. Ellos ven que, siendo inferiores por la naturaleza, los sobrepujamos en mucho por la gracia". Es más: "La enemistad de Satanás no es de una naturaleza vulgar; ella está mezclada a una envidia negra que lo corroe eternamente". El no puede soportar que vivamos en la presencia de la felicidad que él perdió, y que Dios, por su gracia, nos iguale a los ángeles; que el Hijo se halla revestido de una carne humana para hacer de nosotros hombres divinos. El se encoleriza cuando considera que los servidores de Jesús, hombres miserables y pecadores, sentados en los tronos augustos, lo juzgarán, con los ángeles que lo imitaron, en el fin de los siglos. Esa envidia lo quema más que las llamas"[35].

Y por eso él se empeña en arrastrarnos detrás de él al pecado que hace perder la prerrogativa que la gracia nos da sobre él.

En el primer momento, viendo lo que es la naturaleza humana, una sola especie en la multitud de los individuos que con el tiempo ella debería abarcar, se dijo para sí mismo, que si consiguiese hacer decaer del nivel en que la gracia colocara aquel en el cual la especie entera estaba contenida, recuperaría sobre ella el imperio que el derecho de naturaleza le daba, y se tornaría príncipe, el jefe de la humanidad. A la envidia se juntó, pues, la ambición, para llevarlo a tentar junto a nuestros primeros padres la seducción que ejerciera sobre los ángeles; si consiguiese persuadirlos, toda la raza humana caería bajo su imperio.

Como hiciera con los ángeles, Dios concedió a Adán y Eva el don de la gracia santificante, preludio y preparación de la gloria. Antes de admitirlos a la gloria era preciso que se mostrasen dignos de ella. De ahí la necesidad de la prueba en el paraíso terrenal, así como en el paraíso celestial. Allá como aquí, Dios quiso, Dios debía, podemos decir, pedir a su criatura el consentimiento para el pacto de amistad que Él quería pactar con ella para la eternidad. Los términos del mandamiento, o de la prohibición, tal como formulados en el texto bíblico, indican con suficiente clareza una ley, una cláusula que se refiere a la conservación o a la pérdida del estado paradisíaco y de los privilegios que lo constituían. "*Ne comedas… quocumque anim die comederis… norte morieris*". Para el hombre, se trataba de quedar en la posesión del don de la inmortalidad o perderlo, y, como la secuencia del relato lo prueba, quedar en la posesión de los otros dones que le eran anexos o

[35] Primer sermón de Cuaresma.

perderlos. La naturaleza del hombre, compuesto de cuerpo y alma, pedia que el acto del cual dependiese su destino fuese concomitantemente interior y exterior, acto plenamente deliberado y al mismo tiempo exterior. Fue lo que aconteció: no comeréis de ese fruto, sino moriréis.

Para operar la seducción, Satanás se presentó en el jardín bajo la forma de serpiente. Dios, en el paraíso, se mostraba al hombre y conversaba con él bajo forma visible; lo mismo se dio con los ángeles. Eva no se sorprendió, pues, al oír a una serpiente hablar. ¿Qué era esa serpiente? Hay quienes traducen la palabra hebraica "serafín" por "serpiente voladora y resplandeciente". Tal vez Adán y Eva estuviesen acostumbrados a ver a los ángeles bajo esa forma.

El llegó, pues, junto al árbol de la ciencia del bien y del mal, y preguntó a Eva: "¿Habría Dios dicho: No comeréis de los árboles del jardín?" La mujer respondió: "Comemos de los frutos de los árboles del jardín. Pero del fruto del árbol que queda en medio del jardín Dios dijo: No comeréis de ese fruto y no lo tocaréis, sino moriréis". Dijo la serpiente a la mujer: "No, no moriréis. Pero Dios sabe que en el día en que comieres, vuestros ojos se abrirán y seréis como Dios, conoceréis el bien y el mal". Seréis como Dios. Ahí está la tentación, la renovación de la tentación que sedujera a los ángeles. Ser como Dios, bastarse a sí mismo. ¡Qué tentación para el egoísmo! Adán sucumbió en ella, como sucumbieron los ángeles que se dejaron llevar por el orgullo. ¡Seréis como Dios, conociendo por vosotros mismos el bien y el mal! Encontrando en el uso de vuestras facultades naturales el progreso que os conduciría a la perfección pretendida por vuestra naturaleza, llegaréis a la felicidad, a una felicidad semejante a aquella de que Dios goza, felicidad que no será ni prestada, ni dependiente.

Así como los ángeles malos, Adán y Eva se dejaron convencer.

Como vemos, en la tierra como en el cielo la esencia de la tentación fue el naturalismo. Fue por haber tenido el orgullo de decir, acompañando a los ángeles rebeldes: como Dios, yo me basto a mí mismo y Adán transpuso la prohibición de comer del fruto funesto. ¡Oh dolor! su orgullo lo hizo caer no solamente en el estado de naturaleza, sino que más aun en el estado de naturaleza corrompida. ¡El y Eva se vieron, súbitamente, no como dioses, sino como seres de carne!

Además, se vieron sometidos a Satanás. "Todo aquel que se entrega al pecado, dice San Juan, es esclavo del pecado"[36], y todo aquel que da oídos a Satanás vuelve a caer bajo su supremacía, de la cual la gracia lo librara. Lucifer puede, desde entonces, prometerse en la tierra un imperio semejante al que conservara en los infiernos sobre aquellos que lo siguieran en la apostasía. El dominó sobre todos los hijos del orgullo[37].

De hecho, hasta la venida de Nuestro Señor Jesucristo, todo el género humano[38], exceptuado un pequeñísimo pueblo depositario de la promesa, vivió en el naturalismo al cual Adán lo arrastrara y bajo el

---

[36] Juan, VIII, 34.

[37] Última palabra de Dios a Job.

[38] No reflexionamos suficientemente sobre las consecuencias contenidas en las leyes de la especia. Ciertamente existe cualquier cosa en mí que no existía en Adán, puesto que soy un individuo; pero no hubo nada de esencial en Adán que no haya en mí. Porque él mismo era la especie, antes de ser individuo. "Todos los hombres nacen de Adán, dice Santo Tomás, pueden ser considerados un solo hombre, pues todos tienen la misma

yugo del demonio, por el cual se dejó seducir. Satanás hizo construir para sí templos y levantar altares en todos los lugares de la tierra, y ahí hizo con que le rindiesen el culto tan impío cuanto supersticioso. ¡Cuántas veces el propio pueblo electo se dejó arrastrar por él, al punto de sacrificar a Maloch hasta sus hijos![39]

Todavía hoy, en todos los lugares en que el Evangelio aun no fue predicado, en todos los lugares en que el tabernáculo se encuentra aun ausente, Lucifer y sus demonios reinan. Los misioneros del siglo XVII quedaron muy sorprendidos cuando, habiendo partido de la Francia ligeramente escéptica de entonces, desembarcaron en las Indias Orientales y se encontraron en medio de las más extrañas manifestaciones diabólicas. Los viajeros, como los misioneros de los días de hoy, son testigos de los mismos prodigios. Paul Verdun publicó un libro, Le diable dans les missions[40]. De los numerosos hechos que él recogió de los relatos de viajes y de estadías en los gélidos polos como en los ardores del Ecuador, en las florestas de las nacientes Amazonas como en los márgenes del Bramaputra, en los templos de las ciudades chinas y en las chozas de los salvajes de la Oceanía, resulta que, en todos los lugares en que el cristianismo no fue implantado, las poblaciones creen, y no sin razón, en el poder de los demonios de los ídolos, de las piedras y de los árboles consagrados a su culto. Entre esas poblaciones las apariciones y posesiones son cosas frecuentes, conocidas y admitidas por todo el mundo. En todos esos países existen hechiceros. Para convertirse en uno de ellos es preciso sufrir pruebas crueles, que ultrapasan en mucho las más penosas de la mortificación cristiana. En la mayoría de esas iniciaciones una manifestación del demonio muestra que él acepta al candidato como suyo, hace de él un poseído o lo eleva. Esos hechiceros tienen por servidor o por señor un demonio familiar que hacen actuar, revestido con una apariencia de animal. Ellos pueden dar a ciertos objetos – amuletos, fetiches – una virtud benéfica o perjudicial. La naturaleza de esos objetos es diferente; es la consagración de ellos al demonio que les da la fuerza. En todos los lugares los hechiceros odian y temen a los misioneros católicos, en todos los lugares los misioneros expulsan demonios. Los enviados de los misioneros, simples cristianos, vírgenes, incluso niños, tienen el mismo poder. Esos hechos verificados en nuestros días confirman no solamente los relatos del Evangelio, sino aun aquellos de los paganos de la antigüedad y aquellos de nuestros padres de la Edad Media. Ellos confirman igualmente aquello que la doctrina católica nos enseña sobre el pecado original y sus consecuencias.

naturaleza". La ciencia, que no puede percibir la causa del prodigio de la especie en el seno de la naturaleza, relativamente a las plantas y a los animales, ¿cómo conocería, relativamente al hombre, la ley de la solidaridad, a la cual están vinculados, simultáneamente, la reversibilidad del mérito y el pecado original?

[39] Todas las religiones paganas, antes como después de la venida de Cristo, proceden de la magia o caen en ella, y éstas, en la diversidad de sus formas y de sus prácticas, aparecen como una en su esencia y se manifiestan como el culto de Satanás.

[40] 2 vol., in-12, Delhomme.

LA TENTACIÓN RENOVADA

CAPÍTULO LV

I.— LA TENTACIÓN DE CRISTO

“Desde que la maldad del demonio nos envenenó con el veneno mortal de su envidia, dice el Papa San León[41], el Dios todopoderoso y clemente, cuya naturaleza es bondad, cuya bondad es poder y cuya acción es misericordia, indicó por anticipación el remedio que su piedad destinaba para la cura de los humanos; y eso en los primeros tiempos del mundo, cuando declaró a la serpiente que de la Mujer nacería alguien bastante fuerte para aplastar su cabeza llena de orgullo y malicia. Él anunciaba de ese modo que Cristo vendría en nuestra carne, simultáneamente Dios y hombre, y que, nacido de una Virgen, su nacimiento condenaría a aquel por el cual el origen humano fue profanado. Después de haber engañado al hombre con su bellaquería, el demonio se regocijaba de verlo despojado de los bienes celestes; él se regocijaba por haber encontrado algún consuelo en su miseria a través de la compañía de los prevaricadores, y de haber sido la causa de que Dios, habiendo creado al hombre en un estado tan honorable, hubiese mudado sus disposiciones a su respecto. Fue necesaria, pues, amados hermanos, la maravillosa economía de un profundo designio por el cual un inmutable, cuya voluntad no puede dejar de ser buena, realizó, por intermedio de un misterio más oculto, los primeros designios de su amor, para que el hombre arrastrado al mal por la astucia y la maldad del demonio, no pereciera, contrariamente a la finalidad que Dios se propuso”.

En el tiempo señalado por la divina sabiduría, Dios ejecutó ese designio de su misericordia, manifestado en el mismo momento de la ofensa y la caída. Él envió a su Hijo para reparar la falta de nuestro padre. Entre los hombres la justicia se enflaquece cuando se trasmuda en misericordia; en la Redención, ella permaneció intacta: Dios perdona, pero la justicia recibe satisfacción puesto que un Dios-hombre sustituye a los culpables y expía por ellos.

Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, Él asumió la condición de esclavo y apareció a los demonios y a los hombres en la humildad de la carne, “en una carne semejante a aquella del pecado, y así reconocido como hombre”[42].

---

[41] Sermón sobre la Natividad.

[42] Rom. VIII, 3 y Filip. II, 7.

Existe tanto peligro en afirmar que no hay en Jesucristo una naturaleza semejante a la nuestra cuanto en negar que Él sea igual en gloria a su Padre. Es sobre la autoridad divina que está apoyada nuestra fe, y es una doctrina divina que profesamos. Son verdaderas las palabras que Jesús, lleno del Espíritu Santo, hizo resonar: “En el comienzo era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios...”. Aquello que el predicador agrega es igualmente verdadero: “El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, como la gloria del Hijo único del Padre”. En una y en otra naturaleza el Hijo de Dios es, pues, el mismo, asumiendo lo que es nuestro sin nada perder de lo que le es propio; renovando en el hombre al hombre, Él permanecía en Él mismo, inmutable… Es por eso que, cuando el Hijo único de Dios confiesa ser inferior al Padre, al cual Él se dice igual, muestra que hay verdaderamente en Él una y otra naturaleza, porque, a través de la desigualdad de la cual Él habla, prueba que en Él existe la naturaleza humana; y a través de la igualdad que Él afirma, declara poseer la naturaleza divina. (San León, Papa, 7° sermón sobre la Natividad).

Satanás estaba al acecho. Él vio a Jesús nacer en un establo de Belén y vivir oscuramente en el humilde pueblo de Nazaret. Los prodigios que envolvieron su infancia no le pasaron desapercibidos, mas treinta años pasados en el taller de un carpintero, en la sumisión y la obediencia, en la humildad y en la pobreza, no le parecían poder construir las primicias de Aquel que debería derrumbar su imperio[43].

Cuando él lo vio salir del retiro; cuando oyó las palabras de Jesús que anunciaban estar próximo el reino de Dios; cuando vio al precursor rehusarse a bautizar a Jesús por la razón de no ser digno de desatar las correas de sus sandalias, y decir que Él bautizaría en el Espíritu Santo; cuando, sobre todo, fue testimoniado el descenso del Espíritu Santo y oyó la voz del Padre celestial declarar: "¡Este es mi Hijo bien amado!", comenzó a preguntarse si no se había engañado hasta entonces, y si ese Jesús era el Hijo de la Mujer que le fue mostrado en el día de su primera victoria, como siendo Aquel que debía arrebatarle el imperio y aplastarle la cabeza.

Él quiso asegurarse de eso; y, permitiéndole Dios, en razón de las lecciones que de ahí resultarían para nosotros[44], él pudo tentar en Jesús sus insinuaciones y prestigios, como hiciera en el paraíso terrestre y en los cielos[45].

Conocemos el relato del Evangelio. Después de su bautismo, Jesús se retiró al desierto, absteniéndose de cualquier alimento durante cuarenta días. Viéndolo afligido por el hambre según la flaqueza de la carne que Él había asumido, Satanás aprovechó esa ocasión para tentarlo, para descubrir lo que le importaba saber, a través de una prueba decisiva. *Demon Christum aggressus est, potissimum ut exploraret utrum vere Filius Deis esset*, dice Suarez[46]. Fue sobre todo para saber si Él era el Hijo de Dios que el demonio atacó a Cristo.

Su primera palabra manifestó su pensamiento: "Si eres el Hijo de Dios…". Mostrándole las piedras redondas en forma de pan que cubrían el suelo, como él le había mostrado a Eva el fruto prohibido, él le propuso que hiciese un milagro que probaría su divinidad: transformar las piedras en panes. Él no percibía que ese milagro, si fuere realizado, probaría precisamente lo contrario, porque la saciedad del hambre podría ser obtenida por medios naturales y humanos, y querer obtenerla para sí invocando en auxilio el poder divino era

[43] Dios está presente en todas partes, conoce todo lo que se hace y todo lo que se dice, porque está en todas sus criaturas como principio de sus seres y de sus actividades. Lo mismo no ocurre con los ángeles, buenos o malos. El ángel está en un lugar conforme, por su voluntad, él aplica a ese lugar la acción de su virtud. Él no se encuentra *circunscrito*, como están los cuerpos, pero *definido*, de tal manera que no está en otro. De manera que muchos de los actos de Jesús que concernían a su persona pudieron escapar a Satanás. Es verdad que aquello que él no conoció por sí mismo pudo conocerlo a través de uno o de varios demonios que hubiese delegado junto al divino Salvador para estar informados de todo cuanto le decía respecto.

Además, como observa San Agustín (Ciudad de Dios, IX, 21), Cristo sólo fue conocido de los demonios tanto cuanto quiso, y Él sólo quiso tanto cuanto fue necesario… Cuando Él juzgó bueno ocultarse un poco más profundamente, el príncipe de las tinieblas dudó de Él y lo tentó para saber si Él era Cristo.

[44] Persuadámonos cristianos, de que no habría sido permitido a Satanás tentar al Salvador sin algún alto consejo de la divina Providencia (Bossuet, *Sermón sobre el demonio*. 1er domingo de cuaresma).

[45] No es indigno de nuestro Redentor, dice San Gregorio Magno, que hubiese querido ser tentado, porque Él vino a este mundo para ser muerto. Al contrario, era justo que Él venciese así nuestras tentaciones por las suyas, de la misma manera como vino a triunfar sobre la muerte por su muerte… El Hijo de Dios puede ser tentado por la sugestión, pero jamás el deleite penetró en su alma. Así, esa tentación del diablo fue toda exterior y de ningún modo estuvo dentro de Él (Sermón sobre el Evangelio del 1er domingo de cuaresma).

[46] *In tertiam partem divi Thomæ*. Q. XLI, art. I, com. II.

faltar con el respeto debido a Dios. Tal vez él percibió eso, entonces su propuesta era doblemente maliciosa. Sabemos cuál fue la respuesta de Jesús; ella expresa su respeto por su Padre y por la Palabra que Dios estableció como regla de nuestra conducta, a nosotros, hijos de los hombres, y al propio Verbo encarnado. De otro lado, ella dejaba al tentador en la ignorancia relativamente a su persona.

La segunda tentación trajo visiblemente la inquietud de Satanás. En el extremo deseo de alcanzar el objetivo pretendido, él habría aceptado saber, a costa de su propia humillación, si nuestro Señor era verdaderamente el Hijo de Dios. Si Jesús, precipitándose desde lo alto del templo, como él le pedía, los ángeles hubiesen venido a sostenerlo, él habría reconocido en eso, pensaba, que era el señor soberano de la jerarquía celestial, pero para su vergüenza y confusión. Porque habría sido cruel para él ver a Jesús cayendo de lo alto del templo como si descendiese del cielo, cargado por los ángeles buenos, que son los ministros de Dios en el castigo que le es infligido, delante de la multitud que llenaba el atrio del templo, y presentarlo en esa pompa celestial y en esa majestad que habría forzado la adoración de los espectadores. Jesús, como hizo la primera vez, disipó con una palabra sacada de las Sagradas Escrituras esa tentación que Satanás creía muy seductora.

Este no se dio aún por satisfecho; y nuevamente usando el poder sobrehumano de los espíritus, señores de la gravedad y del espacio, transportó a Jesús hasta la cumbre de una alta montaña. "Cuando decimos que el hombre Dios fue transportado por el diablo para una montaña elevada o para la ciudad santa, observa el Papa San Gregorio, repugna al espíritu creer y los oídos humanos se espantan de ver eso afirmado. Reconocemos, sin embargo, que eso no es increíble, si comparamos otros hechos con ese. Es cierto que el demonio es el jefe de todos los hombres inicuos y todos los impíos son miembros de ese jefe. ¿No fue Pilatos un miembro del diablo? ¿No fueron miembros del diablo los judíos que persiguieron a Jesucristo y los soldados que lo crucificaron? Así, ¿qué habría de espantoso si se dejara transportar por el propio demonio para una montaña, visto como Él deseó sufrir la crucifixión por los miembros del demonio?"[47].

Las dos primeras tentaciones no habían podido resolver la cuestión que atormentaba al príncipe de este mundo. Él comprendió que sería inútil continuar encaminando sus tentativas en el mismo sentido. Así, en la tercera tentación, él simplemente dijo: "Si eres el Hijo de Dios". Dejando esa pregunta, que él sentía no poder responder se buscó otro propósito.

Desde la catástrofe del paraíso terrenal él reinaba como señor de la humanidad envilecida y degradada; pero él temía por su imperio todas las veces que se recordaba de la predicción del Señor: una Mujer y si Hijo te aplastarán tu cabeza. Inquieto, él no cesaba de espiar a los hijos de los hombres,

[47] Sermón sobre el 1er domingo de cuaresma.

San Agustín, en el comentario sobre el Salmo LXIII, versículo 7, también dice:

"Cristo como hombre, se colocó al alcance de las intenciones perversas de los judíos, y como hombre sufrió que ellos se apoderasen de Él. En efecto, no podrían haberse apoderado de Él si Él no fuese hombre, ni verlo si no fuese hombre, ni herirlo si no fuese hombre, ni crucificarlo y matarlo si no fuese hombre. Fue, pues, como hombre que Él se expuso a todos esos sufrimientos, que no podrían ocurrirle si no fuese hombre. Pero si Él no fuese hombre, el hombre no habría sido liberado. Ese hombre penetró el fondo de los corazones, quiere decir, el secreto de los corazones, ofreciendo a la mirada humana su humanidad, no dejando aparecer su divinidad; ocultando su naturaleza de Dios, por la cual Él es igual al Padre.

particularmente aquellos que le parecían más inteligentes y más fuertes, para llevarlos a su servicio. Jamás su atención fue despertada sobre alguien como sobre este, jamás nadie le pareció debería desempeñar un papel tan importante en el mundo. Él lo ve entrar en su carrera y comenzar una obra que, sin duda y a la vista de la extraordinaria virtualidad del personaje, tendrá sobre el curso del mundo, sobre la dirección del género humano, una influencia que no puede ser valorada. Él se persuadió a sí mismo que para conservar su imperio debe apoderarse de esa fuerza. Así, después de haberle mostrado su poder transportando a Jesús hasta el pináculo del templo, él cuenta con un prestigio que debiera seducirlo, si él fuera apenas un hombre, y colocarlo a su servicio. Desde lo alto de la montaña para la cual lo transportó, le muestra todos los reinos del mundo y su gloria, y le dice: "Yo te daré todo el poder y la gloria de esos imperios; porque eso me fue entregado y yo lo doy a quien quisiere". Esto me fue entregado. Ahí de nosotros, sí, por Adán y su pecado. Yo lo doy a quien yo quiera. No. El poder de Lucifer depende enteramente de un simple permiso divino. "Todo eso te daré si postrado, me adoras". Mira, yo soy el señor del mundo. Conozco tu genio. Yo te daré el gobierno del universo, bajo mi soberanía, si tú me prestas ese homenaje.

Sin duda, la predicación de San Juan Bautista, anunciando que el reino de Dios estaba próximo, había determinado a Lucifer adoptar las providencias para mantener sobre la tierra el reino del naturalismo e impedir el reino de Dios, es decir, que lo sobrenatural tomare posesión sobre la tierra. Él quiso ver si Jesús no sería ese hombre. Él se esfuerza en deslumbrarlo, en excitar en Él el amor al mundo y aquello que existe en el mundo: la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y el orgullo de la vida[48], en una palabra, sumergirlo en el naturalismo y a través de Él someter a todos los pueblos. La palabra de Dios pronunciada por el Hombre-Dios, con la autoridad que le era propia, le arrebató esa quimera. "Retírate Satanás. Porque está escrito: adorarás al Señor tu Dios y sólo a Él servirás".

"Adorarás al Señor tu Dios y sólo a Él servirás". Era lo que venía a enseñar de nuevo a la raza de Adán aquel que tenía la misión de restablecerlo en su primitiva dignidad de hijo de Dios destinado a la eterna beatitud que la vida sobrenatural ofrece.

La tentación de nuestro Señor fue uno de los grandes misterios de su vida. Los hombres en el paraíso terrestre se convirtieron en súbditos de Satanás y esclavos de la naturaleza. Importaba que nuestro Señor, emprendiendo la obra que su Padre le confiara, "de introducir numerosos hijos en la gloria", venciese primeramente al enemigo que había sometido a la humanidad y limitado su ambición a la vida presente y a los gozos de los bienes de este mundo. Él podría entonces, en el nuevo Adán, jefe de la humanidad regenerada, ofrecerle una bendición más preciosa de la que aquella perdida en el origen.

Cuando Jesús terminó su misión de Evangelista, el martes de la Semana Santa, en la cual Él debería completar su otra misión, la de rescatarnos, los apóstoles Andrés y Felipe le presentaron a Jesús los gentíos venidos a Jerusalén para la solemnidad de la Pascua y que habían expresado el deseo de ver al Mesías. Al pedido de ellos, Jesús se sobresalta. Él ve en ellos y en su conducta como que las primicias y la promesa de la conversión del mundo pagano, que será el fruto de su muerte, que Él acababa de mostrar estar próxima. Ese pensamiento lo conmueve. Se diría el preludio de la terrible agonía que debía producirse tres días más tarde

[48] I Juan, II, 16.

en el jardín de los Olivos. Él exclama: "Mi alma está perturbada, ¿qué diré? ¡Padre, líbrame de esa hora! Mas fue para eso que vine, Padre. Padre, glorificad vuestro nombre". Y viene una voz del cielo: "Yo lo glorifiqué y nuevamente lo glorificaré". La multitud se espanta. Jesús dice: "No fue para mí que esa voz se hizo oír, sino para vosotros… Ahora es el juicio de este mundo, ahora el príncipe de este mundo va a ser soltado para afuera".

Jesús, en acuerdo con el cielo, anunciaba así la ruina del imperio de Satanás y la inauguración del nuevo reino, del Reino de Cristo, del Reino de los Cielos, que iba a ser fundado sobre esa ruina, por su muerte en la cruz.

Así iba a ser restaurado el orden sobrenatural, al cual serían nuevamente convidados judíos y gentiles, toda la raza de Adán, rescatada por la sangre del Hombre-Dios.

LA TENTACIÓN DE LA CRISTIANDAD

CAPÍTULO LVI

II. – TENTACIONES DIVERSAS

Mors et vita duello conflixere mirando. La muerte y la vida en el Calvario se enfrentaron el un combate al que los ángeles asistieron llenos de admiración. En ese combate, el autor de la vida muere, pero en su muerte Él vive y por su muerte Él reina. *Dux vitæ mortuus regnat vivus*. El rescate fue pagado, la Redención fue completada, el pecado del mundo fue eliminado y el príncipe de este mundo está vencido, su reino terminó, en principio, pero es necesario que el reino que él construyó sea reconquistado, es el *magnum proelium* del cielo que se va a repetir en la tierra, en las mismas condiciones. Muchas veces la Iglesia parecerá expirante; siempre en su muerte aparente ella respirará una nueva vida.

El duelo es librado en primer lugar entre cada alma y su tentador. La Redención es universal, el divino Salvador mereció la salvación de todos los hombres, pero la justificación continuará dependiendo de la voluntad de cada uno. Los méritos de Cristo no serán aplicados a los individuos a los individuos sino con el consentimiento y la cooperación de ellos[49]. Lo sobrenatural, que volvió a ser el sello de la humanidad, debe, como siempre, debe ser aceptado por cada uno de sus miembros. Antes de dicha aceptación, supuesto en el niño, eficaz en el adulto, el hijo de Adán está aún bajo el yugo de Satanás, y a él retorna a través del voluntario repudio del estado de gracia, sea cometiendo actos condenados por la moral cristiana, lo que le hace perder la amistad de Dios, sea por la resolución de aislarse únicamente en la naturaleza, a través de la indiferencia religiosa. Esta es la ley que fue promulgada desde el comienzo en el cielo y en la tierra. Ella no cambió, no pudo cambiar por la Redención. La nueva fuente de vida que la lanza del soldado romano hizo correr del corazón de Jesús está abierta a todos, pero ella no da sus aguas sino a los que las vienen a beber.

Lo que es verdadero para los individuos, también lo es para los pueblos. Llamados por la voz de los apóstoles, judíos y gentiles se entregaron, uno a uno, a esa fuente, y la aglomeración de ellos formó el cuerpo de la Iglesia.

Para reconquistar su imperio, Satanás atacó el cuerpo social como él ataca a las personas. Es lo que se dijo al principio y lo que la divina sabiduría requiere: *Inimicitias ponam inter semen tuum et semen illius*. Después de haber anunciado la Redención del género humano por el Hijo de la Mujer, Dios hizo vislumbrar la lucha que debería seguirse entre las dos ciudades, una, la raza de la serpiente, otra, la raza de la Mujer bendita.

La palabra hebrea empleada por el Génesis para señalar los ataques de la serpiente designa bien los dos géneros de asalto que la Iglesia no cesó de tener y de sufrir: esa palabra especifica un odio que se ejerce

[49] El bautismo es conferido a los niños de los padres que piden por ellos; a ellos, en seguida, les cabe ratificar lo que fue hecho. Es así que las cosas ocurrieron en el cielo y en el paraíso terrenal: los ángeles y nuestros primeros padres recibieron la gracia santificante en el momento de su creación; ellos tuvieron en seguida que consentir en el don divino que les fue concedido.

simultáneamente a través de la astucia y la crueldad. Exactamente ahí se sitúan las dos guerras que la historia siempre ha visto alternarse, o incluso confundirse, desde los primeros días hasta este en que vivimos.

Satanás suscitó primero las persecuciones de los emperadores romanos, que duró tres siglos y produjo tantos millares de mártires. No pudiendo sofocar a la Iglesia en su sangre, recurrió a otros medios de destrucción[50].

Casi luego después del reino de Constantino, llegamos al pontificado del Papa Gelasio I, en el año de Cristo 493. ¡Cuán sombría es la situación! La conversión del imperio un siglo antes, parece haber sido estéril, y la catástrofe parece inminente. El Oriente entero está en manos de cristianos infieles en el concilio ecuménico de Calcedonia; el Occidente está bajo el dominio de los arrianos, que rechazan el concilio ecuménico de Nicea; el propio Papa es súbdito de un soberano arriano. Es como si una sola herejía no bastase, el pelagianismo se propaga en el Piceno con la complicidad de los obispos. En el norte del imperio desmembrado, los bretones inicialmente infectados por el pelagianismo son ahora despojados por los sajones paganos. El clero católico está oprimido en los reinos arrianos de Borgoña, Aquitania, España, y el culto católico está momentáneamente abolido por los vándalos arrianos de África.

¿Es este un caso aislado? Ciento quince años más tarde, cuando San Gregorio Nacianceno inauguraba su predicación en Constantinopla (387), ¿no parecía una situación desesperada con los arrianos creciendo y los cismas cada vez más numerosos? Y más tarde, al comienzo del pontificado de San Gregorio Magno, ¿no parecía la Iglesia amenazada de un final próximo? Los últimos vestigios de la civilización romana se derrumbaron delante de la invasión de los lombardos en Italia; en el Oriente y en el Occidente, el hambre, la peste, los terremotos; los bretones cristianos son masacrados, esclavizados, expulsados a las áridas montañas por sus enemigos paganos; el arrianismo sigue siendo el señor en España y en gran parte de Italia. No es de extrañar que San Colombano – y él no fue el único – creyese en el fin del mundo.

Si dividimos en tres períodos cronológicos toda la historia de la Iglesia, las tempestades que acabamos de describir pertenecen al primero, pero los otros dos no son menos agitados. En el segundo (636-1270), la Iglesia se vio varias veces amenazada de destrucción; en el siglo VIII por los árabes; en el IX por los normandos; en el X por los emperadores germánicos. El tercer período, el más cercano a nosotros, está marcado por tres grandes acontecimientos, que según los principios de las probabilidades históricas, habrían sido fatales, cada uno por sí mismo, a la Iglesia. En primer lugar, el Gran Cisma: durante treinta y siete años, los propios cimientos se tambalean, el principio de la obediencia está desacreditado, aun cuando, en compensación, la buena fe y, sobre todo, la santidad se muestre en las dos obediencias como para demostrar una autoridad divina, aunque en guerra consigo misma. En seguida estalla el protestantismo: los católicos son víctimas de calumnias e insultos incalificables, luego seguidos por el saqueo, destrucciones y matanzas. Inglaterra parece, en 1540, un país devastado: las obras de arte y los tesoros del conocimiento, acumulados durante siglos, desaparecen. Francia ve sus iglesias destruidas por centenas, sus sacerdotes y religiosos inmolados por miles; los príncipes católicos son declarados indignos de gobernar, y la religión católica es ultrajada por terribles

[50] El cuadro que sigue está tomado del libro de Charles Stanton Devas, doctor en artes de la universidad de Oxford: *La Iglesia y el progreso del mundo*, traducido del inglés por el dominicano Folghera.

sacrilegios. De un solo golpe, en medio de esta tormenta de egoísmo y de fanatismo, dos terceras partes de su imperio perecen irremediablemente perdidos para la Iglesia. Finalmente, el jansenismo triunfa durante el siglo XVIII: la gran Iglesia de Francia está infestada por él hasta las entrañas; José II, archiduque de Toscana y el rey de Nápoles están a punto de romper con la Santa Sede; los obispos y los profesores discuten abiertamente las doctrinas católicas; los jesuitas, campeones de Roma contra el protestantismo y el jansenismo, son perseguidos de muerte en Portugal, es España, en Francia, en Nápoles y la amenaza de un cisma obliga al Papa a suprimir esta guardia de elite en el momento mismo en que más la necesita. Después viene la Revolución, que renueva las masacres de los primeros siglos.

Este panorama es bien lúgubre, ¿pero el reverso no es consolador? En cada uno de esos momentos el Maestro interviene. Constantino sucede a Diocleciano; el cuarto, el quinto y el sexto siglo terminan en tres conversiones que constituyen tres esplendorosas bendiciones: la de San Agustín, la de Clovis, la de los anglosajones; la desolación de los siglos siguientes culmina en Hildebrando y en las Cruzadas; el celo de los dominicos, de los franciscanos, la gloria de la Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino son, por así decir, la respuesta de Dios a la tiranía imperial y a la herejía albigense; la herida del gran cisma no está suficientemente cerrada y he aquí a Fra Angélico, la flor del arte cristiano, y Tomás de Kempis, la flor de la mística cristiana; después de Lutero y Calvino aparece la verdadera Reforma, obra del Concilio de Trento, y nuevas misiones se extienden al Oriente y al Occidente, trayendo a la Iglesia pueblos más numerosos de los que habían desertado.

En esa lucha gigantesca, observamos esto: fue siempre Francia la que proporcionó el más disputado y el más ilustre campo de batalla. Clovis derrota a los arrianos, Carlos Matel a los árabes, Carlomagno a los lombardos, Montfort aplasta a los albigenses, San Luis planta la cruz delante de Túnez, los Guiza y la Santa Liga triunfan sobre la muerte, y hoy, entre los misioneros, aquellos que salieron del corazón de Francia son los que llevan más lejos las conquistas de la Iglesia en los países infieles. Cómo es cierto este dicho de la historia: *¡Gesta Dei per Francos!*

Es también en Francia que se ve el frente de batalla de otra guerra más íntima de la que acabamos de describir.

Los otros combates fueron diferentes, parciales y, relativamente hablando, de poca duración. Era el cuerpo a cuerpo de dos gigantes que, después de un esfuerzo en un sentido intentaban derrumbar al adversario en un impulso contrario. Lo que nos queda por describir es la lucha en curso, porque debe ser decisiva: es la lucha profunda que alcanza las propias fuentes de la vida espiritual, en el individuo como en la sociedad y en la Iglesia. Su objetivo es aquel que estuvo primero en litigio con los ángeles, después entre nuestros primeros padres y la serpiente: el naturalismo contra lo sobrenatural.

Desde los primeros días del cristianismo ese combate se libró en el fondo de las almas, pero en el siglo XV Satanás creyó haber llegado el momento de transportar ese drama íntimo para el gran escenario del mundo y de él hacer la augusta tragedia que nos ofrece la historia de los pueblos cristianos de esos últimos siglos.

LA TENTACIÓN DE LA CRISTIANDAD

CAPÍTULO LVII

III. – TENTACIÓN FUNDAMENTAL Y GENERAL

I. – DEL RENACIMIENTO A LA REVOLUCIÓN

Acabamos de ver inicialmente que Satanás intentó ahogar a la Iglesia en su sangre. Él no tuvo éxito. Cuando los paganos pusieron fin a la persecución sangrienta, el infierno hizo los mayores esfuerzos para conseguir que esa Iglesia se destruyese por sí misma, enflaquecida que estaba por los ataques externos. Él suscitó las herejías. A través de ellas él separó del cuerpo místico de Cristo miembros más o menos numerosos e incluso poblaciones. Pero sucedía que aquello que la Iglesia perdía de un lado ella lo recuperaba por otro, y que, incluso las ovejas descarriadas, después de mayor o menor aflicción, volvían al redil.

Él concibió otro designio, más digno de su genio infernal. Continuó suscitando sectas, las diversas confesiones protestantes que se siguieron al jansenismo, él raciocinó que su triunfo estaría asegurado, y para siempre, si consiguiera formar en el propio seno de la Iglesia una sociedad de hombres que quedarían mezclados con los católicos, como el fermento en la masa, para producir una fermentación secreta que él haría que se desarrollase, si fuese necesario por una secuencia de siglos, pero que terminaría infaliblemente expulsando del cuerpo de la Iglesia el espíritu sobrenatural y sustituirlo por el espíritu naturalista. Él obtendría así en la tierra el mismo triunfo, pero más completo del que consiguió en el cielo a través de la seducción de la tercera parte de la milicia celestial. Él esperaba llegar, a través de ese envenenamiento lento, insensible, ignorado, una disolución completa del reino de Dios sobre la tierra.

Las dos primeras partes de esta obra describieron ese trabajo obscuro de la francmasonería, porque es ella quien constituye en la cristiandad el fermento naturalista. Para convencerse de esto basta releer lo que ella misma dice de sí misma y considerar sus obras.

La vimos nacer en las catacumbas de Roma en el siglo XIV. No contradigo a aquellos que vieron sociedades secretas en el seno de la Iglesia antes de esa época. Ellas existían, prestaron su auxilio a las diversas herejías. Pero fue solamente en el siglo XIV que se formó la sociedad que tuvo por objetivo sustituir la religión cristiana por la religión natural, no en uno u otro país, sino en toda la cristiandad, y que persiguió ese objetivo imperturbablemente hasta el día de hoy, después de creer haber llegado al término de sus esfuerzos con la Revolución.

De los humanistas a los enciclopedistas, de los enciclopeditas a los modernistas, es el grito del naturalismo que se hace oír siempre y por todas partes, son las instituciones inspiradas por la idea naturalista que deben sustituir las instituciones cristianas, tanto así que el cardenal Pie pudo observar este hecho: “La cuestión viva que agita al mundo es saber si el Verbo hecho carne, Jesucristo, permanecerá sobre los altares o si Él será reemplazado por la diosa razón”.

La secta tenebrosa que se denominó francmasonería no cesó, desde el siglo XIV, de desarrollarse en todos los países cristianos, y después entre todos los pueblos del universo. En todas partes ella se mezcla con todas las manifestaciones de la actividad humana para desviarlas en el sentido del objetivo que Satanás le destinó; el triunfo de la razón sobre la fe, de la naturaleza sobre la gracia, del hombre sobre Dios. Fue lo que él propuso a los ángeles: sacudir el yugo del Dios redentor y santificador. Sed vosotros mismos suficientes para vosotros mismos y seréis como dioses.

"No considerada la época en que se realizó la transformación de la antigüedad pagana en el cristianismo, dice el historiados Pastor, no existe otra más memorable de que el período de transición que une la Edad Media a los tiempos modernos y al cual dio el nombre de Renacimiento… Se desplegó abiertamente el estandarte del paganismo. Se pretendió destruir radicalmente el estado de cosas existente (la civilización cristiana) considerado por ellos (los humanistas) como una degeneración.

"Al hombre decaído y rescatado, dice Bériot, el Renacimiento opuso el hombre ni decaído ni rescatado, que se yergue por las únicas fuerzas de la razón y del libre albedrío". El ideal naturalista de Zenon, Plutarco y Epicuro, que consistía en multiplicar al infinito las energías del ser, se convirtió en el ideal por el cual los fieles del Renacimiento sustituyeron, en su conducta como en sus escritos, las aspiraciones sobrenaturales del cristianismo. Por ello es que Paulin Paris pudo decir pudo decir con toda verdad, que lo que comenzó a ser cambiado en el mundo, en la época del Renacimiento, "fue el objetivo de la actividad humana": el orden sobrenatural fue puesto más o menos completamente de lado, la moral se convirtió en la satisfacción dada a todos los instintos, el gozo bajo todas las formas se convirtió en el objeto de todos los deseos inmoderados. La noción cristiana de nuestro fin fue derrumbada en los corazones y al mismo tiempo se establecía el divorcio entre la sociedad civil y la sociedad religiosa. "A Dios, decía Alberti en su Tratado de Derecho, debe dejársele el cuidado de las cosas divinas. Las cosas humanas son de la competencia del juez".

"La Reforma, dijo Taine, es apenas un movimiento particular dentro de una revolución que comenzó antes que ella", el regreso del cristianismo al naturalismo.

La Revolución Francesa tuvo su nacimiento en los últimos años del siglo XVIII. Es exactamente el establecimiento y el reino del naturalismo sobre las ruinas del cristianismo, perseguido por los filósofos y después por los jacobinos. Barruel, en sus *Mémoires pour servir à l'Histoire du Jacobinisme*, hace la observación del siguiente hecho: "Las obras del los enciclopedistas están repletas de indicios que anuncian la resolución de hacer suceder una religión puramente natural a la religión revelada". Además, la ambición de ellos no se limitaba a transformar a Francia, sino en "reiniciar la historia", y, para eso, "rehacer al hombre en él mismo"[51], según el modelo naturalista. "El gran objetivo buscado por la Revolución", decía Boissy-d'Anglas, "es reconducir al hombre a la pureza, a la simplicidad de la naturaleza", y él pedía el retorno de una religión "brillante" que se presentase con dogmas que prometerían el "placer y la felicidad".

Ellos instituyeron el culto de la Naturaleza que los humanistas anhelaban. Cuando creyeron muerto el catolicismo en Francia, gracias a la guillotina y las proscripciones, se pusieron a trabajar para instituir la

[51] Véase tomo I pág. 37.

religión de la naturaleza. Robespierre la inauguró con el discurso del 7 de mayo de 1794: "Todas las sectas, dijo él, deben fundirse en la religión nueva de la naturaleza". La propia razón fue deificada, tuvo sus calendarios, sus décadas, sus fechas, su culto, su moral.

Un discurso no es suficiente para instaurar una religión; así, la fiesta del Ser Supremo fue apenas el punto de partida. Poco tiempo después la fiesta del 10 de agosto de 1793, en la cual las honras divinas fueron rendidas a una estatua de la Naturaleza, erguida en la plaza de la Bastilla[52], se vio surgir una sociedad de carácter religioso, sustentada por los gobernantes, que le entregaron, luego después de su aparición, varias de nuestras iglesias: los teofilántropos[53]. En la inauguración del Templo de la Fidelidad, la teofilantropía es presentada como "el culto de los primeros humanos, del hombre que sale de las manos del Ser Supremo, culto original, religión de la naturaleza que Dios, esencialmente inmutable, no puede querer mudar". Así, en la base de la teofilantropía estaba la negación formal del amor divino que quiso elevar la humanidad al orden sobrenatural[54].

Un ritual determinaba la costumbre que debía vestir el oficiante de ese culto. "Una túnica azul-celeste, descendiendo desde el pescuezo a los pies, un cinto rosa y, por encima, una vestidura blanca abierta en la frente". En la apertura de la ceremonia, "niños depositaban sobre el altar un cesto de flores y frutas; se quema incienso; después el lector comienza el oficio con una oración a la cual los asistentes se asocian manteniéndose de pie: 'Padre de la naturaleza, bendigo tus favores, agradezco tus dones… Dígnate recibir de buen grado nuestros cánticos[55], la ofrenda de nuestros corazones y el homenaje de los presentes de la tierra que acabamos de depositar sobre tu altar en señal de nuestro reconocimiento por tus beneficios".

---

[52] Véase el cap. V, *La Revolución instituyó el naturalismo*.

[53] Tenemos a mano folletos que ellos publicaron para divulgar la nueva religión.

Del origen del culto de los teofilántropos, lo que es y lo que debe ser. Discurso pronunciado el día de inauguración del TEMPLO DE LA FIDELIDAD (Iglesia de San Gervasio) y de MONTREUIL (Iglesia de Santa Margarita). Año VI de la República.

MANUAL DE LOS TEOFILÁNTROPOS O ADORADORES DE DIOS Y AMIGOS DE LOS HOMBRES. Contiene la exposición de sus dogmas, su moral y sus prácticas religiosas, con una indicación sobre la organización y la celebración del culto. Año VI.

INTRUCCIÓN ELEMENTAR SOBRE LA MORAL RELIGIOSA EN PREGUNTAS Y RESPUESTAS. Redactada por el autor del Manual de los Teofilántropos.

RITUAL DE LOS TEOFILÁNTROPOS. Contiene el orden de los diferentes ejercicios y la selección de los cánticos, himnos y odas adoptadas por los diferentes templos, tanto de París como de los Departamentos. Año VI.

SELECCIÓN DE CÁNTICOS, HIMNOS Y ODAS paras las fiestas religiosas y morales de los teofilántropos, precedida de las invocaciones y fórmulas que recitan en sus fiestas.

AÑO RELIGIOSO DE LOS TEOFILÁNTROPOS. Recopilación de los discursos y extractos sobre la religión y moral universales, para ser leídos durante el curso del año, sea en los templos públicos, sea en las familias. No poseemos el AÑO RELIGIOSO que comprendía seis volúmenes.

[54] En la INTRUCCIÓN ELEMENTAL SOBRE LA MORAL RELIGIOSA, "Libro compuesto para los teofilántropos, adoptado por el jurado de instrucción para ser enseñado en las escuelas primarias", se leen las preguntas y respuestas que siguen:

P. ¿La moral establece una regla para distinguir lo que es el bien y el mal?

R. Sí.

P. ¿Cuál es esa regla?

R. Es la siguiente máxima. "Bueno es todo aquello que tiende a conservar al hombre o perfeccionarlo. Mal es todo lo que tiende a destruirlo o a deteriorarlo".

Es exactamente la moral de los humanistas, y es exactamente la de los manuales escolares de hoy.

[55] Un profesor y una profesora estaban asignados a cada templo para enseñar los cantos a los alumnos.

Inútil exponer aquí todo el ritual. Él reglamenta el oficio de las décadas y de las reglas a ser observadas en las fiestas: de la primavera, 10 del germinal; del verano, 10 del mesidor; del otoño; 10 del vendimiario; de la soberanía del pueblo, 30 del ventoso; de la juventud, 10 del germinal; de los esposos; 10 del floreal; del reconocimiento, 10 del prarial; de la agricultura, 10 del mesidor; de la libertad, 10 del termidor; de los ancianos, 10 del frutidor.

El ritual de esas fiestas comienza por esta introducción: "La teofilantropía es el culto de la religión natural… El autor de la naturaleza unió a todos los hombres por el lazo de una sola religión y una sola moral, lazos preciosos que es necesario evitar cuidadosamente no sean corrompidos por la introducción de doctrinas y de prácticas que no serían convenientes a toda la familia del género humano". El manual que expone los dogmas de los teofilántropos expresa este deseo: "¡Pueda este código hacer la felicidad del mundo entero!" Sus dogmas se reducen a dos: la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. Pero lo que es Dios, lo que es el alma, cómo Dios recompensa a los buenos, castiga a los malos, los teofilántropos no lo saben y no llevan hasta allí sus indiscretas investigaciones; ellos están convencidos que hay demasiada distancia entre Dios y la criatura, para que esta pueda pretender conocerlo.

Si sus dogmas son simples, su moral no lo es menos. Ella se limita a esta regla, a esta única regla:

"El bien es todo lo que tiende a conservar al hombre o perfeccionarlo.

"El mal es todo lo que tiende a destruirlo".

No es sin razón que damos alguna extensión a la exposición de lo que era y de lo que quería ser la teofilantropía al establecerse sobre la ruina de la religión revelada, que la Revolución se vanagloria de haber operado.

En el libro titulado *Théoremes de Politique Chrétienne*, monseñor Scotti tiene un capítulo en el cual establece que el culto de los teofilántropos, que no es, dice él, sino el deísmo o naturalismo, es el GRAN SECRETO DE LAS SOCIEDADES SECRETAS.

Es exactamente eso. La misteriosa operación que los alquimistas masones quieren hacer al género humano sufrir y transformar el oro de la gracia, el oro de la gloria ofrecido y dado a la humanidad por el amor infinito, en aquello que bien se podría llamar de plomo vil de naturalismo. Fue esto lo que ellos persiguieron desde el Renacimiento hasta la Revolución. Ellos creen haberlo conseguido; lo creen más que nunca. La esperanza de ellos es vana y lo será. El alma cristiana a pesar de la corrupción de las ideas intentada sobre ella hace vario siglos y a pesar de las masacres de los últimos tiempos, se ha mostrado tan viva, que Napoleón se vio obligado a devolver el culto católico. Nosotros tenemos la convicción invencible que aún será así después del reino de nuestros Blocarts.

CAPÍTULO LVIII

III. – TENTACIÓN FUNDAMENTAL Y GENERAL

(continuación)

II. – DE LA REVOLUCIÓN A NUESTROS DÍAS

Ni Satanás ni su raza renunciarían a sus designios después de la derrota sufrida por el Concordato. Desde que la francmasonería se reorganizó, ella retomó la persecución con un nuevo ardor y en base a un plan más vasto y más bien estudiado. Podríamos contentarnos en rogar a nuestros lectores que se atuviesen a lo que fue dicho precedentemente, pero es bueno recordar los principales puntos, a fin de que los hechos citados, encontrándose así juntos, reciban, unos de los otros una luz que ponga en evidencia más manifiesta la tentación a la cual está sometida la cristiandad.

En la primera fase, esto es, desde el Renacimiento hasta la Revolución, la conjuración anticristiana empleó varios siglos en la perversión de las ideas, haciendo suceder unas a las otras las opiniones opuestas a los datos de la fe, y dependiendo del tiempo necesario a hacerlas penetrar de una región a otra, desde las clases superiores a las inferiores. Ella consideraba que estando así preparados los espíritus, un vigoroso impulso bastaría para desmoronar el edificio eclesiástico.

Llegado el momento, el golpe fue producido con una impetuosidad, con un furor al cual nada resistió.

Esa rapidez y esa violencia fueron la propia causa de la reacción que se impuso.

Esclarecida por esa experiencia, la secta juzgó que para tener éxito en su segunda empresa debían caminar lentamente para llegar con seguridad, no solamente con el trabajo de los intelectuales sobre la opinión pública, sino también con el trabajo preliminar que otros de sus agentes deben buscar en el orden de los hechos, la destrucción de la institución temporal de la Iglesia. “El trabajo que vamos a emprender – dicen la instrucciones secretas que fueron dirigidas con ocasión de la reorganización de la francmasonería – no es obra de un día, ni de un mes, ni de un año; puede durar varios años, tal vez un siglo; pero en nuestras filas el soldado muere y el combate continúa”.

La primera cosa que se hizo en el momento mismo en que el culto católico era restablecido, fue desconsiderarlo a los ojos de las poblaciones, hacerlo decaer del nivel que le confirió su institución divina. Para eso fue empleada la igualdad civil de los cultos. Vimos la tenacidad de Napoleón de establecerla en el Concordato y en darle en los artículos orgánicos estabilidad y medios para imponerse. Oímos el lamento de Pío VI: “Bajo esa igual protección de los cultos se esconde y se disfraza la más perniciosa y la más astuta persecución que sea posible imaginar contra la Iglesia de Jesucristo, con el escopo de que las fuerzas del infierno puedan prevalecer contra ella”.

Del Concordato y de la legislación francesa, la máquina desorganizadora fue transportada para la Convención europea llamada “Santa Alianza”. Si el espíritu que produjo esa pieza hubiese hablado con claridad, observa J. de Maistre, leeríamos en lo alto: Convención por la cual tales y tales príncipes declaran que todos los cristianos son una sola familia que profesa la misma religión y que las diferentes denominaciones que las distinguen nada significan”.

La igualdad fue conferida hasta entonces apenas a los cultos cristianos; la secta se aprovechó de la revolución de 1830 para introducir a los judíos, y del Segundo Imperio para hacer entrar a los musulmanes.

De la misma forma, desde el día siguiente al Concordato, en lugar de permitir a la Iglesia de Francia reconstruir su patrimonio, como había sido estipulado, se adoptaron providencias, multiplicadas con el tiempo, cuyos efectos sólo fueron percibidos cuando concluida la expoliación que se siguió a la separación entre la Iglesia y el Estado. Las compras de tierras no fueron más autorizadas, las fundaciones tuvieron que ser hechas con rentas del Estado, las iglesias, los presbiterios, los obispados fueron poco a poco declarados propiedades de los municipios, de los departamentos, del Estado. Querían ver que había llegado el momento en que pudieren quitarle a la Iglesia de Francia todas sus propiedades, y con eso no dejarle más ningún contacto con la tierra, Ella que, no obstante, no es una sociedad de puros espíritus. Al mismo tiempo se expulsó al clero católico de todas las administraciones escolares, hospitales, etc., en las cuales podía mantener relaciones con la sociedad y ejercer alguna influencia.

Pero la secta tenía objetivos más altos. La Iglesia de Francia es apenas una Iglesia particular. Ella se aplicó mucho en obtener que el ejemplo de Francia fuese seguido por otras naciones. Pero lo que más importaba a la realización de sus designios era volatilizar también la institución temporal de la Iglesia, jefe de todas las Iglesias, *caput omnium Ecclesiarum*, como ella hacia ir por los aires las iglesias particulares. Fue la primera de las misiones confiada a la Gran Logia. Ella lo consiguió a través del poder que ejercía más o menos directamente sobre los gobiernos. El Piamonte, con el auxilio de Napoleón y la connivencia de los gobiernos de los otros países, consiguió hacer desaparecer los Estados de la Iglesia, quitó a los Papas el prestigio el prestigio y la autoridad que ellos detentaban en calidad de soberanos temporales, iguales a los reyes y los emperadores, e incluso superiores a todos en razón de la antigüedad y de la eminencia de su dignidad.

Cuando todos esos puntos de apoyo terrenos que los siglos, la sabiduría de los hombres y la Providencia de Dios le habían dado a la Iglesia le fueron quitados, vino la separación entre la Iglesia y el Estado, operada primeramente en Francia para servir de ejemplo y preparación para las otras naciones católicas.

Sabemos con qué perfidia la secta planeó esa operación. Al mismo tiempo en que cortaba el último cabo que aún ligaba la Iglesia y la sociedad e imposibilitaba de allí en adelante todas las relaciones entre esos dos mundos, ella pensaba en cortar, a través de los atractivos de los bienes temporales, el otro cabo, aquel que une la Iglesia de Francia a la Iglesia madre y maestra. Ella prometía una fruición precaria de esos bienes a quien quisiese desconocer la jerarquía, su autoridad y su existencia.

Por intermedio de esos medios progresivos y tan sabiamente dispuestos, la Iglesia de Francia debía, en el pensamiento de la secta, desaparecer.

Todo eso era apenas la primera parte del programa, el trabajo de destrucción necesario para el establecimiento de una religión natural.

No basta, en efecto, que la Iglesia, órgano de lo sobrenatural en el mundo, desaparezca; es preciso que la religión revelada sea sustituida por la religión natural. Es por esta que Satanás puede tomar posesión de su imperio, sin dejar de dar satisfacción a la necesidad religiosa que inquieta a toda criatura intelectual que no llegó al final de su degradación.

Satanás no manifiesta el objetivo que busca a aquellos que usa para alcanzarlo. Él empuja a éste por un camino y a aquél por otro. Bajo ese impulso, él deja a varios ir más allá de los límites que él marcó. Pero él sabe lo que quiere, y no podemos ignorarlo cuando consideramos el conjunto de los movimientos que imprime. Ellos convergen para el naturalismo, tienden a establecer una religión humanitaria sobre las ruinas de la religión traída del cielo por el Hijo de Dios.

Los instrumentos de los cuales se sirve, y que vemos en acción hace un siglo, tienen de él, sino la evidencia, por lo menos un sentimiento instintivo.

¿Qué dijo Waldeck-Rousseau cuando inauguró en Toulouse la actual fase de la persecución? Mostró dos sociedades en conflicto: "la democracia traída por la gran corriente de la Revolución, y la católica, que él no nombró, pero designó suficientemente al decir que ella sobrevivió al gran movimiento del siglo XVIII. Tomando partido de ese conflicto, anunció que atacaría inicialmente las primeras filas del ejército del divino Redentor y santificador: las congregaciones y las órdenes religiosas.

"Es necesario acabar con eso, dijo antes de él Raoult Rigault, hace ciento ochenta años que eso dura". En efecto, hacía entonces ciento ochenta años perdió su imperio y que se esforzaba en reconquistarlo.

Hablando más francamente que Waldeck-Rousseau, Viviani declaró que el objetivo de la guerra que nos hacen es "oponer a la religión divina la religión de la humanidad". Antes de él Gambeta dijo: "La lucha entre los agentes de la teocracia romana y los hijos del 89". Bourgeois: "Es preciso buscar la victoria del espíritu de la Revolución, de la Filosofía y de la Reforma sobre la afirmación católica". Viviani subió de nuevo a la tribuna para decir: "Estamos frente a frente con la Iglesia católica" y eso para "la dirección a ser dada a la humanidad". La Iglesia la conduce al cielo, nosotros queremos traerla de vuelta para la tierra. En esa misma sesión, Pelletan fue aún más explícito: "El gran conflicto está empeñado entre los derechos de Dios y los derechos del hombre"; el derecho de Dios, el derecho de su amor, el derecho de su naturaleza, que es el bien, de difundirse, de comunicar hasta el don de una participación de su naturaleza divina; y el derecho del hombre de oír a su egoísmo, de confinarse en sí mismo y ahí triunfar sobre Dios y su amor. "La Revolución, dijo Lafargue, es el triunfo del hombre sobre Dios".

"Ha llegado la hora de optar entre el antiguo orden que se basa en la revelación y el nuevo orden que no conoce otros fundamentos más allá de la ciencia y de la razón humana"[1]. "El esfuerzo debe ser supremo"[2]. "Es el gran duelo entre la religión y el libre pensamiento"[3].

Cuando sobrevino en la masonería la querella a respecto de mantener o dispensar el Ser Supremo, el *Monde Maçonnique* intervino para decir: "Existe solamente una religión, una sola verdadera, una sola natural, la religión de la humanidad". Diciendo eso, el *Monde Maçonnique* apenas observaba cuál era la doctrina constante de la masonería. Gustave Bord, uno de los que mejor la estudiaron, pudo resumir así sus verificaciones: "La francmasonería es una *secta religiosa* que, después de algunos intentos, se organizó, sobretodo en Europa por cerca de 1723, profesó una doctrina humanitaria y se sobrepuso a las otras religiones".

Todo eso confirma las palabras de monseñor Scotti: "El gran arcano de las sociedades secretas es el naturalismo"; y las de León XIII: "El designio supremo de la francmasonería es destruir de alto a bajo toda la disciplina religiosa y social nacida de las instituciones cristianas y sustituirla por una nueva, cuyo principio y leyes fundamentales son sacados del naturalismo". "Viniendo a buscar la luz, debe decir el aspirante en el día de su iniciación, porque mis compañeros y yo estamos perdidos en la noche que cubre el mundo", desde el tiempo que él está envuelto por las tinieblas de la *superstición*; quiere decir, desde que las superfluidades místicas vinieron a imponerse a la razón, desde que los deberes empíricos desviaron a las conciencias, desde que las falaces promesas de más allá de la tumba redundaron en el abandono de la búsqueda de los verdaderos bienes, aquellos que la naturaleza nos ofrece tan liberalmente.

[1] Boletín de la Gran Logia Simbólica al día siguiente a la publicación de la encíclica de León XIII sobre la francmasonería.
[2] El orador de la Convención de 1902.
[3] *Action*, por ocasión del caso Ferrer.

Es, pues, la insinuación del naturalismo que es la insinuación madre, aquella de la cual derivan o aquella con la cual se relacionan todas las insinuaciones que la francmasonería esparce por el mundo desde sus orígenes. Y el naturalismo es exactamente la tentación suprema a la cual Satanás somete a la Cristiandad desde que él continua en nuestro mundo el combate, el mismo combate que levantó en el cielo en las primeras horas de la creación del mundo y que se apresuró nuevamente en suscitar en los primeros días de la existencia del género humano. El ciudadano Sibrac tenia el sentimiento de esa continuidad cuando, en 1866, en el Congreso del librepensamiento realizado en Bruselas, convocaba a las mujeres a la Gran Obra diciendo: "Fue Eva quien lanzó el primer grito de rebelión contra Dios". Y los instituidores de la francmasonería bien señalaban que esa perspectiva no les era desconocida cuando dieron a las logias como grito de admiración y de aprobación esa exclamación: ¡Eva, Eva!

La secta, por ella misma o por aquellos que de cerca o de lejos sugestiona, ha desempeñado el papel que le fue asignado con una amplitud, una perseverancia y una eficacia cuyos resultados llenan de asombro incluso a aquellos que a ella pertenecen. Que nuestros lectores recuerden de lo que dijimos a respecto de las asociaciones creadas en todos los puntos del mundo para derrumbar las barreras doctrinarias, en el seno del catolicismo como en todas las sectas, y así preparar el terreno religioso para el establecimiento de la "religión del futuro", del "judaísmo de los nuevos días"[4].

Esa religión ya toma forma en América. "La religión americana, dice Bargy[5], tiene dos características que la definen; ella es *social* y ella es *positiva*, es decir, se preocupa más de la sociedad que de los individuos; positiva, es decir, más curiosa relativamente a lo que es humano de a lo que es sobrenatural". Y Strong, al comenzar su discurso oficial para la Exposición de 1900: "Hoy la religión se involucra menos con el futuro de que con el presente. La religión, sirviendo al progreso terreno, confunde su objetivo con el de las ciencias morales y sociales", es decir, se humaniza, se naturaliza.

En el libro que acabamos de citar, Bargy tiene un capítulo titulado: *Una parroquia americana*, que puede ser presentado como el tipo, perfectible, de los futuros grupos religiosos basados en el naturalismo.

La parroquia está dividida en clubes: club de los hombres, club de los jóvenes, club de las señoritas. Admiten que no pueden organizara a las mujeres casadas en clubes porque los cuidados de la casa las retienen en sus hogares. No obstante, existen algunas instituciones para ellas.

En el club de los hombres: Hay tres sesiones de gimnasia por semana; todos los martes una reunión para discutir las cuestiones sociales; y todo el jueves, baile.

En el club de los jóvenes: todos los lunes clases de aritmética, ortografía, lectura y caligrafia; tres veces por semana sesión de gimnasia y baños; martes, baile; jueves, ejercicios militares y otros.

En el club de las señoritas: todos los días clases de costura, moda, culinaria; tres veces por semana, clases de cultura física; dos veces por semana, clases de lectura; cinco veces clases de estenografía y dactilografía.

Los pastores favorecen el baile. Conciertos, piezas representadas por los miembros sirven así para crear una atmósfera social… La vida interna e íntima de la parroquia reside en los clubes. Pero su acción se extiende para fuera de los clubes a través de la clínica, de la oficina de auxilios, y, sobre todo, a través de dos obras de mutualidad: la agencia de empleos y la de préstamos.

---

[4] Sintetizamos en esta obra lo que a respecto relatamos en *Problème de l'Heure Présente*. Y cuántos hechos nuevos vinieron en confirmación desde la publicación de aquel libro.

[5] *La Religion dans la Société aux Etats-Unis*.

Las iglesias así organizadas del punto de vista de la acción social son llamadas, “iglesias institucionales”. La iglesia institucional creó un nuevo tipo de pastor: el pastor hombre de negocios. “El director de una fábrica, dice el *Evening Post*, no necesita de más talento para la acción de que el jefe de una iglesia moderna con una multiplicidad de sus obras. No hay lugar para la teología en un hombre que preside seis comisiones en una tarde. La Iglesia institucional no formará a ningún Tomás de Aquino”.

¿Un despliegue tan grande de actividad y de dinero tendría, por lo menos, una finalidad espiritual? Bargy se pregunta al respecto. Él responde: “Las iglesias de Europa llevan el dogma tan a serio que todo lo que ellas hacen de humano parece a sus adversarios un camino secreto que lleva al dogma; pero casi nunca viene al espíritu de un americano vislumbrar en una buena obra un sentido oculto dogmático. Las obras sociales se transforman en la propia existencia de esas iglesias. Para los jóvenes ministros de la nueva escuela son las obras las que constituyen el encanto de su trabajo. En el pensamiento del clero, la obra humanitaria no está subordinada a la obra eclesiástica; cuando el equipo de futbol comparece al servicio (religioso) de la noche, él se alegra, pero cuando la colecta de la noche proporciona dinero para el futbol él no se alegra menos. De la misma forma, los miembros de las obras las aman por sí mismas; es la única forma de religión que muchos aman; los americanos tienen una tendencia a no comprender otro culto que no sea la acción; las obras no son para ellos un auxilio para la religión, ella son la propia religión”.

Existe en Nueva York una “Conferencia Religiosa del Estado de Nueva York”; ella estimula a los otros Estados a constituir confederaciones semejantes. Todo el año ella realiza una asamblea genera. La sesión de 1900 reunió representantes de once sectas, entre ellas la de los judíos. Sus sesiones de la mañana se realizan en el “Edificio de las Caridades Reunidas”, y las de la tarde en diversas iglesias, turnándose. En la sesión de 1900 los conferencistas discutían, entre otras cuestiones, estas que bien muestran el espíritu y las tendencias de esas asociaciones: “posibilidad de un culto común”, “la religión, principio vital de una democracia”. Un rápido servicio religioso ocurre en las sesiones de la tarde; y una comisión formada por dos pastores y un rabino propuso un “Manual de Culto Común”, compuesto de oraciones sacadas de los oficios judíos, fragmentos de la liturgia cristiana, antigua y moderna, y extractos de las Sagradas Escrituras adoptados por los judíos, cristianos y sociedades morales”.

Stanley-Root, encargado, por el periódico de Nueva York más preocupado con las cuestiones religiosas, de una investigación sobre la Iglesia moderna, observó de cerca a esos ministros del nuevo modelo y concluyó así: “PERMUTA ES LA PRIMERA Y LA ÚLTIMA PALABRA DEL CRISTIANISMO…”.

Esa mentalidad de los americanos explica por qué ellos ponen tanto ardor en su trabajo, en la conquista de la fortuna, una especie de sentimiento que ellos llaman religioso.

“Se cree, dice Bargy, que los americanos tienen el gusto por el bienestar. Absolutamente no es eso, ellos tienen el gusto por la religión. El culto de ellos por la civilización material tiene todas las características de la ilusión religiosa. Ellos se inmolan verdaderamente a Maloch, como los mártires voluntarios de Cartago”[6].

Tal es el esbozo actualmente existente de la religión natural. Ese culto naturalista encontrará ciertamente mejor acogida de que aquel inventado por los seguidores de Robespierre y por los teofilántropos.

[6] Véase, para más detalles, el libro *Le Problème de l’Heure Présente*, capítulo XLVIII.

Se diría: fue entre los protestantes que nació, no saldrá del medio de ellos. Que nadie se engañe. Más de una parroquia católica en América la adoptó, más o menos enteramente. Y entre nosotros, ¿la democracia cristiana no empuja al clero en ese sentido?

El ex abad Hérbert se permitió decir: "¿No es verdad que en los días actuales la fe activa y viva no es encontrada más en una Casa del Pueblo de que en una catedral, en un laboratorio, en un almacén cooperativo de que en numerosos conventos? Ex una exageración que llega a los límites de la mentira. ¿Pero no podría él citar tendencias y hechos que cubrirían esa mentira con una cierta apariencia de verdad?

Al lado del culto humanitario tomarán lugar los cultos propiamente liciferinos que así vimos formarse, como en la Iglesia Católica se encuentran las órdenes y las congregaciones religiosas más directa y plenamente dedicadas al culto de Dios.

CAPÍTULO LIX

TENTACIÓN FUNDAMENTAL Y GENERAL

(continuación)

III. – EN EL MOMENTO ACTUAL

Ad' Estienne, tratando del problema religioso en la *Revue Moderniste Internationale*[7]*,* dice: "El admirable progreso de las ciencias naturales e históricas, reduciendo cada día más el dominio de lo sobrenatural, acabó por eliminarlo completamente y por crear un mentalidad hostil a toda idea religiosa que se presuma estar basada en él… Esa crisis no podía ser apaciguada sino bajo la condición de hacer que sea aceptable la concepción religiosa, recreándola e interpretándola de nuevo según las exigencias de la ciencia moderna. Creamos la ciencia que precisábamos, crearemos la religión que necesitamos… En el perco tiempo en discutir la concepción materialmente exterior de la religión, fundada sobre una revelación más o menos directa y personal de Dios; esa concepción doravante extraña a nuestra actual mentalidad… Aquello de que el hombre tiene necesidad en este momento, no es más de confianza en un ser infinito, sino de confianza en *su naturaleza capaz de evolucionar y de progresar al infinito*… El estado actual de nuestra mentalidad religiosa exige una expresión *completamente desvinculada de cualquier apanágio sobrenatural*… Así como la filosofía, también la religión se debe humanizar… Es todo un mundo de teocracia, mundo milenario, que se esboroa, pero es un nuevo ser que nace: el hombre fuente de su propia fuente, finalidad de su propia finalidad, luz de su propia conciencia, y creador eterno de sí mismo: el Hombre-Dios".

Basta lanzar una mirada en torno de sí para convencerse de que las cosas no están en ese punto para todos. Pero que este es el resultado muy nítidamente marcado de la tentación que Lucifer hace a la Cristiandad sufrir desde el siglo XIV, que muchos hallan llegado a ese límite, y que la masa sea arrastrada para eso, nada de más cierto.

La tentación que trabaja, que perturba el mundo hace cinco siglos jamás fue tan nítidamente expuesta como en esas palabras: el mundo de la teocracia, mundo milenario, se debe esboroar. Él es doravante extraño a nuestra actual mentalidad, hostil a cualquier idea religiosa que estuviere basada en lo sobrenatural. Ese esboroamento causa o causará un vacío en el alma humana naturalmente religiosa. Ese vacío clama ser llenado. ¿Cómo? Haciendo aceptable la concepción religiosa. ¿Cómo la concepción religiosa puede volverse aceptable a la mentalidad moderna? Recreándosela, interpretándosela de nuevo según las exigencias de la ciencia moderna. Creamos la ciencia de la que necesitábamos; crearemos la religión de la que necesitamos. ¿Cuáles son las exigencias de esa creación? La nueva religión no puede ser más una religión exterior, es decir, una Iglesia, y sobretodo una Iglesia fundada en una revelación más o menos directa y personal de Dios. Nuestra mentalidad exige una expresión completamente desvinculad de cualquier vestigio de sobrenatural. Así como la filosofía se humanizó, también la religión debe humanizarse. Ella no debe más estar hecha de confianza en un ser infinito, sino de confianza en la naturaleza humana capaz de evolucionar y de progresar hasta el infinito a partir de ese nuevo ser que la ciencia creó para nosotros, de ese ser desvinculado de lo sobrenatural, fijado en el naturalismo: el hombre fuente de su propia conciencia, creador eterno de sí mismo; y por eso convertido en Hombre-Dios.

[7] Número de marzo de 1910.

Es, en algunas palabras, todo el fondo del modernismo del cual nuestro Santo Padre el Papa Pío X dice en la encíclica *Pascendi dominici gregis*: "Quien podrá espantarse que Nos lo definamos como la síntesis de todas las herejías. Si alguien se hubiese impuesto la tarea de recoger todos los errores que existieron contra la fe y de concentrar su substancia como en un sumo, en uno sólo, verdaderamente no habría tenido mejor éxito. Aún no es bastante decir: los modernistas no arruinan solamente la religión católica, sino toda la religión para llegar a la 'identidad del hombre y de Dios, es decir, al panteismo'".

Lo que hace que esa tentación sea tan radical, infinitamente peligrosa, como observa S.S. Pío X, "es que no hay por qué buscar hoy a los artífices del modernismo entre los enemigos declarados. Ellos se esconden, y esto es objeto de aprensión y de angustia muy vivas, en el propio seno y en el corazón de la Iglesia, enemigos tanto más temibles cuanto lo son menos declarados. Hablamos de un gran número de católicos legos y, lo que es aún más deplorable, de sacerdotes que, bajo la apariencia de amor a la Iglesia, absolutamente faltos de filosofía y de teología serias, impregnados, por el contrario, hasta las entrañas de un veneno de error bebido junto a los adversarios de la fe católica, asaltan, audazmente, en falanges cerradas, todo lo que hay de más sagrado en la obra de Jesucristo… No es de afuera, sino desde adentro que ellos traman su ruina… Reuniendo en ellos al racionalista y al católico, ellos lo hacen con tal refinamiento de habilidad que seducen fácilmente a los espíritus inadvertidos".

El Padre Weiss, en su libro *Le Péril Religieux*, muestra la extensión y el imperio que el modernismo conquistó en el mundo de los "intelectuales". Él termina el penúltimo capítulo de su obra con estas palabras, que constituyen la conclusión de todas las citas que él tomó de entre una multitud de autores y de entre todos los hechos que él relata: "El hombre moderno considera a la "humanidad" como su propio Dios, y se comporta como su propio maestro y señor, no solamente en relación a los otros hombres, sino en relación a Dios, y se comporta como su propio maestro y señor, no solamente en relación a los otros hombres, sino en relación a Dios. Si se desea indicar el lugar que el hombre ocupa en el pensamiento del hombre moderno, no existe otra palabra a emplear sino *homoteísmo*, empleada por Léo Berg, o entonces *egoteísmo*, empleada por Kircher. No se puede imaginar mayor contraste con la concepción cristiana del hombre". Acrecentemos que no podemos concebir nada más perfectamente idéntico a la actitud de los ángeles rebeldes en frente de Dios en el día de la gran tentación.

De ningún modo se piense que ese estado de espíritu y de corazón esté confinado al círculo de los "intelectuales". La literatura derrama ese veneno en silencio, gota a gota, en las venas del público, de todo el público. No pasa un día sin que los periódicos, revistas y magazines etc., insinúen ese veneno en el corazón de millones de individuos, aquí en un artículo de fondo, allí en una novela, allá en una correspondencia o nota breve.

"No cabe duda, escribía recientemente un publicista, Maurice Talmeyer, que, desde el siglo XVIII, siempre ha habido, permanentemente, una conjuración filosófica y literaria —sea extremadamente prudente, sea extremadamente audaz— para arrancar de nuestros espíritus no solamente toda especie de catolicismo, sino toda creencia en cualquier sobrenatural. Es igualmente cierto que esa conjuración, en el momento actual, alcanza su máximo, siempre midiendo su acción no los medios en que ella debe ser ejercida".

La acción de la literatura sobre la opinión pública, no obstante se ejerza todos los días sobre la multitud, no fue juzgada suficientemente rápida por los conjurados, ni suficientemente decisiva, y por eso fue instituida la escuela pública. Gracias a ella, dice Payot en su *Cours de Morale* (p. 199), "toda la idea sobrenatural luego habrá desaparecido". La imagen empleada para expresar ese pensamiento está bien elaborar para inspirar al profesor y a través de este al alumno el más profundo desprecio por cualquier objeto de la fe cristiana:

"Es solamente en el mar, donde el río mezcla sus aguas a las aguas de los otros ríos, que el barro que transporta caerá en el fondo. Así ocurre con las civilizaciones, las filosofías y las religiones, que perderán sus creencias turvas y se decantarán apenas en la religión universal que reunirá las consciencias superiores liberadas de las estrechas hipótesis y de los dogmas que dividen".

En otra parte, en el prefacio de ese mismo libro:

"En cuanto la creencia en lo sobrenatural, ella atenta contra la educación del juicio de la causalidad, ya lento en despertarse; ora el juicio de la causalidad y la característica de los espíritus sanos y vigorosos. Si cada cual observase las causas reales de sus fracasos, de sus sufrimientos, ¡cuántos progresos en el arte de vivir! Así, la creencia en lo sobrenatural, que, teóricamente, es una doctrina de nada, es peligrosa para la educación, porque expone al espíritu a perder el contacto con la realidad, es decir, con el rarefeito conjunto de las leyes cuyo conocimiento garantiza nuestra libertad. Ella da alas y autoridad a la imaginación engañosa, maestra del error y de la falsedad, poderosa enemiga de la razón"[8].

"La escuela, dijo Spuller por ocasión de la institución de la escuela neutra y cuando él mismo fue Ministro de Educación[9], la escuela, es, de ahora en adelante, el templo de la fe de los nuevos tiempos", de los tiempos en que todo pensamiento sobrenatural estará ausente de los espíritus, en que no habrá otra fe más allá de aquella concebida por los dichos de lo doctos, de esos doctos que hacen de la naturaleza el único Dios cognoscible.

Es inútil insistir. La cuestión de la neutralidad escolar, de su finalidad y de sus consecuencias, fue tratada abundantemente demás, por ocasión de la discusión de las últimas leyes educacionales, para que no estuviera presente en el espíritu de nuestros lectores. Observemos, entretanto, que si la enseñanza actualmente dada a la infancia llega hasta arruinar los fundamentos de la propia religión natural, hasta negar la existencia de Dios, la espiritualidad del alma, etc., aquel que inspira nuestros legisladores sabe que un día u otro se habrá infaliblemente una reacción, porque el hombre está hecho de tal manera que no puede quedar sin religión. Pero él espera que, estando enteramente extirpada del espíritu humano la propia noción del estado sobrenatural al cual fuimos llamados, los hombres no retornarán a ella, no podrán volver a ella, y que, estando sumergidos en la miseria o en el ateísmo, no tendrán otras aspiraciones sino aquellas que pertenecen a la naturaleza, a la inteligencia y al corazón confinados en sus límites naturales. Ellos habrán entonces conducido a la humanidad al punto en que el tentador quiso, para que pueda de nuevo reinar sobre ella, y eso de allí para siempre, habiendo sido despreciada la Redención y rechazado el Redentor.

Cuando J. de Maistre, en los primeros momentos de la Revolución que fue el punto culminante de la primera fase de la tentación naturalista, decía de ella: "Ella es satánica", él absolutamente no veía la razón de esa invasión de Satanás en nuestro mundo; él observaba el hecho, él veía a los jacobinos movidos por los espíritus infernales, él no tenía el término de la intervención de ellos, no conocía el último pensamiento de Lucifer: atacar a Francia, y con ella a la Cristiandad, en el naturalismo para readquirir así el imperio sobre la humanidad decaída una segunda vez.

La obra avanza, esa obra de la suprema iniquidad y de la infidelidad radical. El apóstol San Pablo nos previno contra el "misterio de iniquidad". ¿Esa palabra misterio no designaba una trampa secreta? Nosotros la hacemos remontar l siglo XIV porque entonces ella comenzó a manifestarse; pero el apóstol San Pablo ya la veía formarse a sus ojos divinamente esclarecidos. Ese misterio de iniquidad era por él también llamado la gran apostasía. Ella se consuma delante de nuestros ojos.

---

[8] 2ª edición, página XI.

[9] Discurso pronunciado en Lille, en 1889.

Ferdinand Bouisson la percibió en estos términos: “El Estado sin Dios, la escuela sin Dios, la prefectura sin Dios, el tribunal sin Dios, así como la ciencia y la moral sin Dios, es simplemente esta la concepción de una sociedad *humana* que quiere basarse exclusivamente en la noción humana, en sus fenómenos y en sus leyes. Separar de la Iglesia la nación, la familia, los individuos – empujada por un maravilloso instinto de sus necesidades y deberes próximos, se prepara la democracia.

Asistimos a la secularización absoluta del gobierno y de las leyes, del régimen administrativo y de la economía social, de la política interna y de las relaciones internacionales. Todo eso se liberó de la Iglesia, del Redentor y del cielo. Es el hecho dominante de la nueva sociedad.

Y a ese hecho se unen numerosos católicos. Ellos dicen que las sociedades, hasta entonces cristianas, pueden eliminar de la vida pública todo elemento sobrenatural y recolocarse en las condiciones que creen ser el derecho de la naturaleza. Ellos hasta ven en eso un progreso. ¡Ellos lo llaman “El progreso”, el mejoramiento por excelencia!

Y eso que aplauden fuera de ellos, a eso tienden ellos mismos, por su propia cuenta.

¿Puede ser de otra manera? “Los ciudadanos permanecen siempre grandemente expuestos a esa dolencia del naturalismo en los países en que el naturalismo fue admitido como estado normal y legítimo de las instituciones y de las sociedades públicas”[10].

El cardenal Pie recogió de los labios de una de las victimas de ese estado social estas palabras que pretenden ser una justificación del naturalismo individual:

“¡A Dios no le agrada que yo me relacione, por lo menos deliberadamente, a esa vida grosera de los sentidos que asimila el ser inteligente al animal sin razón! Esa vida innoble es indigna de un espíritu educado, de un corazón noble y bien formado: repudio el materialismo como una vergüenza para el espíritu humano. Profeso abiertamente las doctrinas espirituales; quiero, con toda la energía de mi voluntad, vivir la vida del espíritu y observar las leyes exactas del deber. Pero vos que habláis de una vida superior y sobrenatural; vos que desenvolvéis todo un orden sobrehumano, basado principalmente en el hecho de la encarnación de una persona divina; vos me prometéis, para la eternidad, una gloria infinita, la visión de Dios cara a cara, el conocimiento y la posesión de Dios, tal como Él se conoce y se posee a sí mismo; como medios proporcionados a ese fin, vos me indicáis los diversos elementos que forman, de alguna manera, los instrumentos de la vida sobrenatural: fe en Jesucristo, preceptos y consejos evangélicos, virtudes infusas y teologales, gracias actuales, gracia santificante, dones del Espíritu Santo, sacrificio, sacramentos, obediencia a la Iglesia. Admiro esa elevación de vistas y de especulaciones. Pero, si me avergüenzo de todo cuanto me coloque debajo de mi naturaleza, también no tengo ningún atractivo por aquello que tienda a elevarme encima de ella. *Ni tan bajo, ni tan alto*. No quiero pasarme *por animal, ni por ángel*; quiero permanecer hombre. Además aprecio muchísimo mi naturaleza; reducida a sus elementos esenciales y tal como Dios la creó, y la considero suficiente. No tengo pretensión de llegar, después de esta vida, a una felicidad tan inefable, a una gloria tan trascendente, tan superior a todos los datos de mi razón; y, sobre todo, no tengo el coraje de someterme aquí debajo de todo ese conjunto de obligaciones y de virtudes sobrehumanas. Seré, pues, reconocido a Dios por sus generosas intenciones, pero no aceptaré ese favor, que sería para mí un fardo. Es de la esencia de todo privilegio poder rehusarlo. Y puesto que todo ese orden sobrenatural, todo ese conjunto de revelaciones es un don de Dios, gratuitamente acrecentado por su liberalidad y por su bondad a las leyes y a los destinos de mi naturaleza, me restringiré a mi condición primera”.

[10] Cardinal Pie, t. II, p. 402.

Así habla el "hombre de bien".

Tal había sido, por lo menos de modo equivalente, el raciocinio de Adán, cuando el tentador le dijo: "Seréis como dioses, encontraréis vuestra suficiencia en vosotros mismos". Tal fue el raciocinio de Lucifer.

Como observa el cardenal Pie, la pretensión de aquel que quiere enclaustrarse en el naturalismo, vivir la vida de la razón sin participar de la vida sobrenatural, es una pretensión prácticamente quimérica e imposible; porque, después del pecado del primer padre, el hombre fue herido en su naturaleza; él está enfermo en su espíritu y en su voluntad. Él no es capaz por sí mismo ni conocer toda la verdad, ni practicar toda la moral, incluso natural, menos aún de sobrepujar todas las tentaciones de la carne y del demonio sin una luz y una gracia de lo alto.

Pero, además de eso, ese raciocinio no reconoce al demonio soberado de Dios, el cual, después de haber sacado al hombre de la nada, conservaba el derecho de perfeccionar su obra y elevarla a un destino más excelente de aquel que es inherente a su condición natural. Destinándonos a una vocación sobrenatural, Dios practicó un acto de amor, pero también practicó un acto de autoridad. Él dio, pero, dando, quiere que se acepte. Su favor se convierte en un deber para nosotros. La calidad de hijo de Dios, el don de la gracia, la vocación para la gloria, es una nobleza que obliga; todo aquel que falta a ese deber es culpable.

Acrecentemos que aquello que obliga a los individuos obliga a las naciones. Creando al hombre esencialmente social, Dios no puede querer que la sociedad humana fuese independiente de Él. Desde que la plenitud de las naciones entró en la Iglesia, el orden sobrenatural se impone a ellas, como se impone a cada uno de nosotros. Ellas no tienen el derecho de volverse apóstatas. Si lo hacen, tal no reconocimiento de los derechos de Dios no pueden pretender la impunidad. *Peccatum peccavit Jerusalem; propterea instabilis facta est*. Francia cometió el pecado de abandonar a Dios, y por causa de eso no sabe más como mantenerse de pie; siempre tambaleante, rodando de caída en caída, de abismo en abismo, de catástrofe en catástrofe, procura en vano sus condiciones de equilibrio y de estabilidad. Todos los que la glorificaban vinieron a tomarla en conmiseración, si no en desprecio, viendo esas humillaciones. *Omnes qui glorificabant eam, spreverunt illam quia viderunt ignominiam ejus*.

¿Será necesario hacer oír una voz más humana?

Ya en 1834 Guizot hacía esta advertencia:

"¿Imaginamos lo que se convertiría el hombre, los hombres, el alma humana y las sociedades humanas, si la religión fuese efectivamente abolida, si la ley religiosa realmente desapareciese? No quiero expandirme en quejas morales y en presentimientos siniestros; pero no dudo en afirmar que no hay imaginación que pueda representarse, con suficiente verdad, lo que nos acontecería y a nuestro alrededor, si el lugar ocupado por las creencias cristianas quedase vacío de repente, y su imperio aniquilado. Nadie conseguiría decir en qué grado de rebajamiento y de desarreglo caería la humanidad".

Gladstone dice lo mismo:

"Desde el día en que el divorcio entre el pensamiento humano y el cristianismo fuere consumado datará el irremediable inicio de la decadencia radical de la civilización en el mundo"[11].

[11] Discurso en la Universidad de Glasgow, 1879.

LA DERROTA DEL TENTADOR

CAPÍTULO LX

LA MUJER QUE GUERREA EN NOMBRE DE DIOS

Desde el fin de la Edad Media, existe en la Cristiandad un impulso continuo ejercido no solamente sobre los individuos, sino también sobre los pueblos en cuanto pueblos, y que visa mudar la finalidad que la actividad humana se propusiera alcanzar, basada en la palabra de Cristo. Esa finalidad era la vida eterna. Los usos, las costumbres, las leyes e instituciones se fueron formando poco a poco bajo ese principio. Desde el Renacimiento existe una tendencia contraria que se fortifica y desarrolla cada día: dar como finalidad a toda la actividad social y personal la mejoría de las condiciones de la vida presente para llegar a un gozo más pleno y más universal. "El siglo XIV abrió el camino, dice Taine, y después, cada siglo sólo se ocupó en preparar en el orden de las ideas nuevas concepciones, y en el orden político nuevas instituciones (correspondientes al nuevo ideal). Desde aquel tiempo la sociedad no rencontró más su guía en la Iglesia y la Iglesia su imagen en la sociedad".

¿Las naciones jamás se recolocarán bajo la conducción de la Iglesia? ¿La Iglesia jamás verá nuevamente los pueblos dar oídos y abrir los corazones al Sermón de la Montaña? ¿O será preciso que en adelante Dios se contente en escoger almas en medio de una sociedad que se apartará cada vez más de Él? La idea de la civilización cristiana subsiste siempre en numerosos espíritus, ella despierta en diversos de ellos, y la Iglesia está siempre presente para mantenerla y recordarla. ¿Terminará ella por retomar la ascendencia sobre la idea de la civilización naturalista?¿Y después de una lucha de varios siglos conseguirá triunfar sobre la tentación satánica y retomar su marcha ascendente por un periodo de tiempo que no podemos determinar, pero que bien podría ser más largo de aquel del desreglamento en el cual estamos extraviados, pobre de nosotros, hace tanto tiempo?

¿Quién osa esperar eso?

Y, entre tanto, sabemos que Dios muy frecuentemente deja a las pasiones humanas desencadenadas y al propio demonio el cuidado de ejecutar sus voluntades y cumplir sus designios eternos. "Tal es, si no me engaño, dice el cardenal Pie, la parte ordinaria de la Providencia en la historia de los siglos: el hombre se mueve, se agita, en la esfera de sus pensamientos, de sus deseos frecuentemente culpables; y Dios, hábil en sacar el bien del mal, convierte los obstáculos en medios, y del propio crimen forja para sí una arma poderosa. Entonces el resultado es de Dios y es siempre admirable"[12].

Dios, entre tanto, no quiere absolutamente actuar solo. Él nos dio la libertad, y la gran ley del mundo sobrenatural es que hagamos uso de ella a fin de merecernos por nuestras obras y Él nos pueda dar la recompensa.

El primer empleo de la libertad, en la tentación, es defenderse. Desde el Renacimiento del naturalismo, la Iglesia, y con ella sus fieles, no cesaron de hacerlo. No es nuestra intención recordar lo que los católicos, en el curso de esos cinco a seis siglos, opusieron a la invasión del naturalismo en la Cristiandad. No hablaremos de las luchas teológicas que esa invasión suscitó en mil terrenos y por las cuales el error refutado sirvió para dar a la verdad una precisión más exacta y un brillo más potente. Tampoco relataremos la historia de los esfuerzos hechos para sustentar y mantener las

[12] Elogio de Juana de Arco.

instituciones sociales concebidas y realizadas en el espíritu de la civilización cristiana. Esos dos órdenes de defensa y de ataque exigirían desarrollos infinitos, que no entran en el objetivo propio de este libro.

Aquello que el tema de que él trata pide, en el punto en que llegamos, lo siguiente:

Expusimos la acción secreta de los francmasones, dirigidos por los judíos, guiados ellos mismos por Satanás, para substituir la civilización cristiana por una civilización humanitaria y naturalista. La contrapartida exige que procuremos la existencia de otra acción secreta, aquella de las santas almas esclarecidas, dirigidas para el cielo, que contrariaría, entrabaría la obra del infierno y acabaría por destruirla. La sentencia pronunciada por Dios en el comienzo del mundo: —"Pondré enemistad entre ti y la Mujer, entre tu descendencia y la descendencia de Ella; Ella te aplastará la cabeza y tu pondrás acechanzas a su talón"— nos da a entender que nuestra búsqueda no debe ser en vano.

"Tú" es Satanás; la "Mujer" es María. La raza de la serpiente comprende la multitud de los que la siguen, ángeles y hombres. Ella les comunica alguna cosa de su poder: *Dedit illi virtutem suam et potestatem magnam* (Apoc. 13, 2). La raza de la Mujer es la multitud de los fieles[13].

San Máximo de Turín hace la siguiente observación: "Dios no dice: **pongo**, para que no se entienda que Él habla de Eva. La promesa se refiere al futuro: **pondré**, significando así la mujer de la cual debe nacer el Salvador". Por otra parte, por las palabras *semen tuum, semen illius*, Dios no puede querer significar una generación carnal. Satanás no la tiene y no puede tenerla. Entre los seres inmateriales solamente Dios engendra un Hijo. Se trata, pues, de otra paternidad y de otra filiación: la paternidad y la filiación morales basadas en la semejanza y en la adopción. Existen hijos del demonio que de él proceden en cuanto arrastrados para el pecado, y que son sus hijos en razón de la semejanza que el pecado les da con él. "Tenéis al diablo como padre, les dice nuestro Señor a los judíos, y cumplís los deseos de vuestro padre". Existen también los hijos de María, que la aman y que son por Ella amados, que la admiran y que, en esa admiración, se vuelven, con su auxilio, semejantes a Ella.

María los concibió en su corazón en el día de la Anunciación y cooperó para el nacimiento espiritual de ellos en el Calvario. Concibiendo al Salvador según la carne, Ella nos concibió en espíritu, porque Ella concebí nuestra Redención[14].

Las dos razas están pues cara a cara y la causa que las coloco em combate es del cielo y de la tierra; los campeones de allá de lo alto están hoy en nuestro campo de batalla.

El apóstol San Juan vio bien la unidad de esa guerra. Él describió los dos frentes que se desarrollaban, uno y otro, delante de la Mujer, y, si así podemos decir, bajo el generalato de Ella.

En el capítulo 12 del Apocalipsis él nos muestra la Mujer revestida del sol de la divinidad. "El Verbo, recibiendo de María su revestimiento de carne, dice San Bernardo, la hace brillar con la gloria de su majestad". La luna, imagen del mundo inestable que Ella domina y gobierna con su Hijo Jesús, está a sus pies. Sobre su cabeza está una corona con doce estrellas, símbolo de sus prerrogativas, que le dan un esplendor superior al de las criaturas más sublimes.

Es la Madre de Cristo, la Madre de Dios que está aquí representada.

---

[13] Corpus Ecclesiae mysticum non solum consistit ex hominibus sed etiam ex angelis... Totius autem hujus multitudinis Christus est caput. De ejus influentia non solum homines receperunt sed etiam angeli. *Sum. Theol.*, parte II, q. VIII, a. 4.

[14] Quando supervenit in eam Spiritus sanctus operata est mundi salutem et concepit redemptionem. S. Ambrósio, Ep. 49 ad Sabinum.

Ella va a convertirse la Madre de los hombres, *Clamabat parturiens et cruciabatur ut pariat*. Ella está en el Calvario. "Me parece, dice Bossuet, que oigo a María hablarle al Padre Eterno con un corazón simultáneamente abierto y cerrado: cerrado por u extremo dolor, pero abierto al mismo tiempo a la salvación de los hombres por la santa dilatación de la caridad". Es en medio de esos dolores excesivos, por los cuales Ella entra en la participación de los suplicios de la Cruz, en que Jesús la asocia a su fecundidad; "Mujer, he ahí a tu hijo. He ahí a tu Madre".

El dragón que arrastró con su cola la tercera parte de las estrellas del cielo, se coloca delante de la Mujer y quiere devorar a ese Hijo. De ahí el combate hasta el día en que se hará oír en el cielo la voz que dirá: "Ahora la salvación de nuestro Dios está consolidada, y su poder y su reino, y el poder de su Cristo, porque el acusador de nuestros hermanos, que los acusaba día y noche delante de nuestro Dios, fue precipitado"[15].

Ese canto de triunfo se hizo oír en el cielo después de la victoria del arcángel San Miguel, y se hará oír nuevamente en la tierra cuando el dragón fuere precipitado de nuevo en los infiernos para no salir más. Los profetas misturan en sus oráculos las escenas distanciadas por el tiempo y los lugares, pero que la relación de causa o de ideas les permite aproximar. San Juan habla al mismo tiempo del gran combate que aconteció en el cielo y de aquel que se desarrolla en la tierra, porque la causa es la misma. El propio nuestro Señor así procedió cuando anunció la ruina de Jerusalén y la del mundo.

Después que la primera derrota lo lanzó en los infiernos una primera vez, el demonio vino a la tierra a desencadenar un nuevo combate. Ahí fue vencedor y, con el pecado original inundó la tierra de corrupción. "La serpiente, dice San Juan, lanzó de su goela como que un gran río, detrás de la Mujer, para sumergir en sus aguas" a aquella que le fue mostrada como debiendo recuperar su realeza en el cielo y en la tierra. Él pensó que el río de iniquidad que vomitó en el paraíso terrestre alcanzaría a María. Dios absolutamente no lo permitió, la Madre de Cristo nació Inmaculada en medio de la suciedad universal. "Y el dragón se irritó contra la Mujer y fue a hacer la guerra contra sus hijos que guardan los mandamientos y que dan testimonio de Jesucristo"[16].

Aquellos que dan testimonio de Jesucristo y así demuestran ser hijos de María, son aquellos hombres que confiesan que Jesucristo es el Hijo de Dios, el Redentor de los hombres, el Restaurador del orden sobrenatural. Satanás y los suyos, los del infierno y los de la tierra, quieren, contra los predicadores del Evangelio, mantener bajo la dependencia de Lucifer a aquellos que la fe y el bautismo no regeneraron, y traer de vuelta a él los que rentraron en el orden sobrenatural: y la Mujer y sus hijos luchan contra él y contra ellos para arrancarles sus victimas, entregarlas a Dios, mantenerlas en la inocencia y en la fidelidad. Lucha de todos los días, sin cesar renovada por una enemistad que Dios hizo perpetua.

Es, pues, no solamente entre María y la serpiente, sino también entre los secuaces de Satanás y los hijos de María que fue establecida la enemistad y anunciada la lucha desde el comienzo del mundo, enemistad absoluta y lucha incesante, porque la palabra divina no fija ni tiempo ni medida. Es hasta el juicio final que Satanás tratará someter a los hombres y arrastraros para su dominio; y es igualmente hasta la segunda venida del divino Salvador que María se esforzará en aplicarles los méritos de la Redención y con eso hacerlos entrar en el reino de los cielos. Porque si la Redención del género humano fue operada por el sacrificio de Jesús, ella no lo fue sino en principio y de derecho; es necesario que la santificación se cumpla en cada uno de nosotros individualmente. Ahora, esa santificación exige que el hombre sea primero arrebatado de las manos de Satanás, después que le sea sustraído cada vez que él tiene la flaqueza o la locura o la perversidad de retornar a su tirano. De ahí esa lucha perpetua, en la cual la Santísima Virgen, refugio de

[15] Apoc. 12, 10. Ya recordamos que el nobre "diablo" significa acusador. El diablo lo acusa de dejarse seducir por él.

[16] Apoc. 12, 15-17.

los pecadores, auxilio de los cristianos, Madre de la divina fe y de la divina gracia, desempeña el papel que Dios le destinó en los primero días del mundo.

Esa lucha es universal. Por todas partes la vemos de individuo contra individuo entre los hombres, de cristianos contra demonios entre espíritus, y al mismo tiempo de ciudad contra ciudad, de la ciudad de Dios contra la ciudad del mundo, de la cual Lucifer es el príncipe. Siempre y por todas partes el objeto de la lucha es lo mismo: lo sobrenatural.

Es necesario exponer aquí, más explícitamente de que lo hicimos, lo que es lo sobrenatural, a fin de propiciar la comprensión de la extraordinaria elevación de esa guerra, *magnum prœlium*, y la sublimidad de los intereses que de ella dependen.

El Mesías prometido en el propio día de la caída de nuestros primeros padres no debía ser solamente nuestro Redentor, nuestro Salvador, nuestro Jesús; Él debía ser también nuestro Cristo; en Él está la plenitud de la divinidad, por Él recibimos la participación en la naturaleza divina. “El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y a todos que lo recibieron dio el poder de ser hijos de Dios”[17]. “Dios, que es rico en misericordia, dice el apóstol San Pablo, consultando apenas el excesivo amor con que nos amó, cuando estábamos muertos por el pecado, nos dio la vida en Cristo”[18]. “Vine, dice el propio Cristo, para que tengáis vida en abundancia”[19]. No una vida cualquiera, sino la “vida eterna”[20]. Esa vida eterna se nos comunica por el bautismo. Ella nos injerta en Cristo, dice San Pablo, hace de nosotros miembros vivos de su cuerpo místico[21]. Dios no nos dejó ignorar a qué sublimidad esa incorporación nos conduce: “Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, formado por la Mujer, para redimir a los que estaban bajo la ley, para que recibiésemos su adopción. Y porque sois sus hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: Abba, Padre. Ninguno de vosotros es, pues, más esclavo, sino hijo; y se es hijo y heredero de la parte de Dios”[22].

Ex magno genere ex tu, dice Tobías al ángel Rafael; es lo que pueden decir a cada uno de nosotros los ángeles, tanto a los decaídos como a los santos. Ellos saben de qué raza somos, la mayor parte puede existir, porque somos de la raza de Cristo, que es Hijo de Dios.

Dios, por un acto libre de su amor, estableció un lazo (elo) trascendente entre nuestra naturaleza y la suya, entre nuestras personas y su persona.

Ese lazo(elo) no era necesario en sí, no era ordenado ni incluso formalmente reclamada por ninguna exigencia de nuestro ser; se debe a la caridad inmensa, a la liberalidad gratuita y excesiva de Dios por su criatura. Pero en consecuencia de la voluntad divina, ese lazo se hizo obligatorio, indeclinable, necesario. Él subsiste eminentemente y subsistirá eternamente en Jesucristo, simultáneamente Dios y hombre, naturaleza divina y naturaleza humana siempre distintas, pero irrevocablemente unidas por el vínculo hipostático: él se debe extender, según las proporciones y por los medios divinamente instituidos, a toda la raza de la cual el Verbo encarnado es jefe, y ningún otro ser mortal, sea individual y particular, sea público y social, puede rechazarlo o romperlo, no todo o en parte, sin faltar a su finalidad, y,

[17] Ju. 1.
[18] Ef. 2, 3-6.
[19] Ju. 10, 12.
[20] Ju. 3, 14-15.
[21] Nuestro Señor Jesucristo es el nuevo Adán. Él fue, como el antiguo, establecido por Dios como Jefe de la humanidad; estamos contenidos en Él como estábamos en el primer hombre. De donde se sigue que Cristo y los cristianos forman un solo todo, una sola persona mística, así como la cabeza y los miembros.
[22] Gal. 4, 4-5.

consecuentemente, sin perjudicar mortalmente a sí mismo, y sin incurrir en la vindita del Maestro soberano de nuestros destinos.

Satanás, no cesa de actual sobre cada uno de nosotros y sobre las naciones en cuanto naciones para obtener de ellas y de nosotros ese grito de rebelión: “Rompamos su yugo y sacudamos para lejos de nosotros sus cadenas”[23]. De su parte, Dios no cesa de difundir en nuestros corazones su gracia y de dar a las sociedades los socorros naturales y sobrenaturales para mantenernos en su amor.

De esos socorros y de esas gracias María es la dispensadora. Es, pues, entre Ella y Satanás que en último análisis el combate es trabado: *Inimicitias ponam inter te et mulierem et semen tuum et semen Ipsius*. “Ella te aplastará la cabeza, y tú le herirás el calcañar”. Es bien la lucha ordinaria entre el hombre y la serpiente: esta ataca fácilmente el calcañar del hombre, que camina derecho, en cuanto el hombre procura aplastar la cabeza de la serpiente que rastrea. Pero por cruel que pueda ser la herida que ella cause en el calcañar, ella no es incurable, al paso que su cabeza, una vez aplastada, la mata. El vencedor está, pues, claramente indicado; será la Virgen, será la Iglesia por la protección de María será todo hombre de buena voluntad que la invocare y se pusiere bajo su protección.

Toda la historia del género humano, todo el conjunto de la religión se condensa en un misterio de amor, en un misterio del mal, en un misterio de triunfo: el amor debe tener la última palabra. El término final de la historia universal será el amor triunfante y glorioso, así como en el inicio había sido el amor creador.

[23] Sal. 2, 3.

CAPÍTULO LXI

¿CON QUÉ ARMAS COMBATIR AL TENTADOR?

¡Penitencia! ¡Penitencia! ¡Penitencia! Tal fue el clamor de la Santísima Virgen, en su gemir, en Lourdes, en los días 25, 26, 27 y 28 de febrero de 1858. Doce años antes, el 19 de septiembre de 1846, la Mujer del Génesis prometida al mundo vino a excitar a sus tropas al combate, diciéndoles que empleasen las mismas armas. Ella les pidió que retomasen la práctica de la abstinencia y del ayuno, y de retornar al mismo tiempo a la mortificación y a la oración, en particular a la santificación del domingo. También en Lourdes María pidió que la oración estuviese unida a la penitencia. Ella recomendó particularmente la recitación del rosario y mostró con qué respeto debe ser rezado.

Veinte años antes de las censuras y advertencias de María en la Salette, el propio Dios había llamado la atención, a través de una gran manifestación en los aires, para el gran símbolo del sacrificio. En Migné, el 17 de diciembre de 1826, la cruz apareció a los ojos de las poblaciones espantadas, como en tiempos de Constantino, haciendo un primer apelo a Francia por su conversión. Oración, conversión, penitencia, son las condiciones divinamente deseadas de todas las misericordias.

¿Cómo fue recibido ese triple apelo? Si paseáramos los ojos por la superficie de las cosas, no podríamos quedar sino infinitamente desolados. Por todas partes y en todas las clases de la sociedad, el amor al placer, al lujo, a la lujuria no cesaron de hacer todos los días progresos crecientes. La lección de 1870 dio a esos progresos algunas horas de parada. A partir del día siguiente ellos retomaron su curo con furor. No es necesario decir a qué punto llegamos hoy.

En cuanto a la oración —por lo menos la oración pública— ¿no oímos siempre extinguirse más su murmurar en nuestras ciudades? ¿Sabéis, pregunta el cardenal Pie, por qué el primero de todos los pueblos, aquel que el Espíritu Santo denominó un pueblo de gigantes, sabéis por qué desapareció de la tierra? La Escritura nos lo cuenta: *Non exoraverunt antiqui Gigantes, qui destructi sunt confidentes virtuti suæ,* y esos hombres que confiaron en sus fuerzas fueron destruidos. Queremos prestar justicia a nuestro siglo; por más de un aspecto es un siglo de gigantes. Pero, en medio a todas esas maravillas y a toda esa gloria, la religión mira en torno de ella con ansiedad. Porque ¡oh dolor!, si la oración enmudeciere entre nosotros; el espíritu dejare de purificar, de vivificar la materia; si los hombres, creyéndose autosuficientes, dijeren a Dios que se retire; si la desgracia que Mardoqueo suplicaba al Señor apartase de su pueblo cuando decía: "No cerréis la boca de aquellos que cantas vuestras alabanzas" cayera sobre nosotros; no tardará en venir el día en que, sobre las ruinas humeantes de nuestra patria, y sobre los escombros dispersos de nuestra civilización, las generaciones dirán: "Esos hombres gigantes no rezaron, y en cuanto confiaban en sus fuerzas fueron destruidos".

Gracias a Dios, bajo las superficies suceden cosas más consoladoras y más tranquilizadoras. Restan millares y millares de almas santas que todos los días y cien veces por día elevan para el cielo estas súplicas: Perdona nuestras ofensas, las nuestras y aquellas de vuestro pueblo; no lo dejéis sucumbir a las tentaciones que lo asaltan de todos lados; líbranos del mal en el cual está sumergido el mundo contemporáneo. Y a esas conjuraciones juntan los deseos de un mayor poder sobre el corazón de Dios, porque estos proceden del puro amor: Padre, que vuestro nombre sea santificado, que vuestro reino venga, que vuestra voluntad sea hecha así en la tierra como en el cielo. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, así como era en el principio. Que esa gloria sea tal como la deseó el pensamiento creador, el pensamiento redentor y el pensamiento santificador en el primer día del mundo; que ella sea dada en su plenitud a la

Trinidad divina, ahora, en la hora en que estamos, y para siempre hasta el fin del mundo terrestre, para realizar por los siglos de los siglos, en la eternidad de los cielos, todo el pensamiento de la predestinación.

A esas oraciones dirigidas a Dios se unen aquellas a la Santísima Virgen. De cuántos millones de bocas, y cuántas veces por día, se elevan hasta el trono de María estas palabras de veneración, de admiración, de confianza y de amor: "Ave María, llena de gracia". Sé que puedo hacer subir hasta vos mis más confiadas oraciones porque Dios está con vos, vos sois la bendita entre todas las mujeres, mostrada al género humano en la desolación y en el terror de su caída como el canal de bendición por el cual nos vendría la salvación. Además, vuestro fruto, el fruto de vuestras entrañas, es el bendito, en el cual reside la plenitud de las misericordias y de las bondades divinas.

Cuántas oraciones se juntan todos los días a esas sobre toda la faz de la tierra, variadas al infinito, como lo es la diversidad de los estados de alma, y cómo lo pide la vicisitud de los acontecimientos del mundo, pero todas terminando por confundirse en un mismo deseo: el reino de Dios sobre la tierra a través del desenvolvimiento de la vida sobrenatural en las almas.

Después viene, de tiempo en tiempo, las oraciones extraordinarias indicadas por los Papas. Entonces, de todas partes del universo, del seno de todas las multitudes, desde el fondo de los monasterios, al pie de todos los altares, súplicas ardientes son dirigidas al trono de Dios.

A las oraciones privadas es necesario acrecentar la santa liturgia —el oficio divino y la misa— de un poder bien mayor, porque es la oración de la Iglesia, la oración de la Esposa que habla a su Esposo. Por eso la secta masónica hizo de todo para suprimirla. Ella pensó haber tenido éxito en el 93, al cerrar las iglesias, masacrar a los padres y a los religiosos; y en los días actuales, fue a través del exilio de las personas consagradas al servicio divino, fue a través de las tentativas del nuevo cierre de las iglesias y de la expoliación de los vasos sagrados que ella reabrió la era de las persecuciones.

"No digáis, es el cardenal Pie quien habla, que teniendo la Iglesia promesas de inmortalidad, parezca inútil rezar por Ella. Existen gracias muy importantes, muy necesarias, que Dios no concede a su propia Iglesia sino en virtud de las oraciones de sus hijos. Cuánta luz, fuerza, santas inspiraciones, resoluciones generosas pueden descender al corazón del Vicario de Cristo y de toda la jerarquía superior por las preces, invocaciones y suspiros de los sacerdotes ardientes, de los humildes levitas, de las vírgenes consagradas, de los piadosos fieles; nadie puede decir cuánto eso debe ser conocido y comprendido. Si tenemos una Iglesia santamente gobernada y maravillosamente conservada en medio de tantos elementos de anarquía y de disolución; si tenemos un Papa (Pío IX) heroicamente firme en una época de transacciones y compromisos universales, un episcopado y todas las órdenes eclesiásticas sólidamente unidas al Vicario de Jesucristo, no dudéis, esto se debe a las oraciones de la gran familia cristiana".

Concomitantemente a la oración existe en la Iglesia el exorcismo. Porque, desde el segundo periodo de la guerra declarada a lo sobrenatural y a la civilización cristiana, en los primeros días de la Reforma, el ángel del Apocalipsis gritó: "¡Desgracia!, ¡desgracia!, para los que habitan la tierra". Y un ángel ministro de las venganzas del Señor recibió las llaves del pozo del abismo. Él lo abrió y los demonios escaparon, numerosos como una invasión de gafanhotos. Ellos tenían en su comando, como rey, al ángel del abismo que se llama en hebreo Abaddon (*perdición*, *ruina*, por oposición a Cristo salvador) y Apolión, esto es, *destructor*. Era, en efecto, el inicio de las destrucciones y de las ruinas, el inicio de la

perdición a través del anticristianismo. El Papa Gregorio VI, en la encíclica Mirari vos, en la cual condenó la doctrina de Lamennais, dice: *Vere apertum dicimus puteum abyssi*[24].

Esos demonios huidos del infierno en los días de la Reforma aún no fueron repelidos para el abismo. La prueba de eso —es el pensamiento de los soberanos pontífices— está en el exorcismo que los Papas León XIII y Pío X hacen rezar por todos los padres que acaban de celebrar la misa y por los fieles que unes sus voces a la del ministro de Dios: "San Miguel Arcángel, defiéndenos en el combate: venid en nuestro socorro contra la malicia y las celadas del demonio. Que Dios le haga sentir (a Satanás) su imperio, nos lo pedimos incesantemente. Y vos, príncipe de la milicia celestial, por la virtud divina, precipitad en el infierno a Satanás y a los otros espíritus malignos que recorren el mundo para perder las almas".

Aquello que da al exorcismo, así con la oración, su pleno poder es la unión que la persona que reza o que exorciza tiene con el divino Redentor, en cuanto víctima de expiación. Cuanto más íntima fuere esa unión, más favorablemente es acogida la mediación entre Dios y el mundo. La gran medianera, María, se asoció en el Calvario al sacrificio de Jesús y al dolor de su alma, atravesada por la espada predicha por Simeón, tuvo, como dice la santa liturgia, la profundidad y la infinita extensión de los mares.

Aquellos que combaten bajo sus órdenes, por lo menos aquellos que se encuentran en las primeras filas, comparten su martirio y es por intermedio de ese martirio que reparan la iniquidad y atraen la misericordia.

Adimpleo ea quæ desunt passionum Christi in carne mea. ¡Palabras misteriosas! Explicándolas San Agustín dice: Jesucristo, sufrió todo lo que debía sufrir. Levantado en la cruz, Él dice: "Todo está consumado", es decir, nada falta a la medida de mis sufrimientos. Todo lo que fue escrito a mi respecto está ahora cumplido. Los sufrimientos de Jesús están, pues, completos. Sí. Pero solamente en el Jefe. Su Cuerpo Místico y los respectivos miembros deben aún padecer los sufrimientos de Jesús. Somos, en efecto, el cuerpo y los miembros de Jesucristo. El apóstol era uno de sus miembros; esta es la razón por la cual dijo: Cumplo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Jesucristo.

En el último capítulo del Apocalipsis se leen otras misteriosas palabras: "El momento está próximo. Que el injusto practique aún el mal, que el impío se manche aún. Que el justo practique aún la justicia y que el santo aún se santifique". En la terrible amenaza hecha a los endurecidos en la primera parte de ese versículo y en la insistente exhortación hecha a los justos en la segunda, algunos autores ascéticos vieron una ley de la Providencia, en virtud de la cual, en las grandes épocas de la historia del mundo, cuando Dios se dispone a mostrar el poder de su brazo, se hay frecuentemente entre los hombres una recrudescencia de la malicia y de corrupción, hay también una recrudescencia de justicia y de santidad.

La adorable Providencia, para la cual todos los caminos son justicia y misericordia, gusta de hacer superabundar el bien donde sobreabunda el mal. Ella espera que los méritos, así como los deméritos de la pobre humanidad, suban

[24] El humo que en nuestros días sale del pozo del abismo y obscurece el sol son "esas ideas modernas", que borran, en casi todos los espíritus, las verdades sobrenaturales. Y esos gafanhotos son los demonios que, de una lado, excitan a los francmasones y a los periodistas, a los oradores y a los romancistas, que se colocaron al servicio de ellos, y emplean todos sus talentos en propagar el librepensamiento y las ideas revolucionarias, y que, de otro lado, llevan a los lectores y oyentes a acogerlos con simpatía y a hacer de esas sugestiones la regla de su conducta pública y privada. Las encíclicas de Pío IX y particularmente su *Syllabus*, las cartas de León XIII, *Humanum genus* e *Immortale Dei*, confirmando y desarrollando la encíclica de Gregorio XVI, no pudieron aún quitar las ilusiones de los hombres de nuestro tiempo acerca de los errores salidos del abismo desde el siglo XVI, contra los cuales Pío VI, Pío VII y León XII ya los habían prevenido.

bien alto para descender con sus misericordiosas severidades. Y esos méritos Ella suscita en las almas privilegiadas a las cuales Ella concede una vocación de expiación y de sacrificio.

Esa convicción mantiene en la esperanza contra toda la esperanza al alma filialmente abandonada a Dios. En el peor de los días de maldad, ella se pregunta si el mal que transborda no sería secretamente compensado por el aumento del bien oculto en la intimidad de las almas con Dios.

Es preciso que nos detengamos un poco largamente sobre este punto, porque es aquí que se manifiesta la lucha entre la luz y las tinieblas, entre las potestades de este mundo y las virtudes de lo alto.

CAPÍTULO LXII

VÍCTIMAS DE EXPIACIÓN Y SALVACIÓN

Nuestro Señor Jesucristo, que sin cesar vive a fin de interceder por nosotros, también incesantemente muere sobre el altar a fin de aplacar a justicia infinita. Él no es el único en realizar ese sacrificio de expiación. Los monjes, las monjas, encierran sus vidas junto al tabernáculo, y cada día mezclan la pequeña gota de agua de sus sacrificios al vino del sacrificio del Redentor, para, como dice San Pablo, cumplir en la carne de ellos lo que es necesario acrecentar a los sufrimientos de Cristo para la Iglesia, que es su cuerpo. Tomemos por ejemplo la Cartuja; estas son algunas de las mortificaciones que la regla le impone: levantarse a la noche para la recitación del oficio divino, el cilicio continuamente llevado en el cuerpo, los golpes, las marcas de la disciplina, la perpetua abstinencia de carne, el ayuno desde el 15 de septiembre de cada año hasta la Pascua, la abstinencia de lácteos durante el Adviento y la Cuaresma y todas los viernes del año, la abstinencia a pan y agua una vez por semana, etc.

En nuestra época, estamos habituados a considerar el ingreso en los conventos de hombres y mujeres inclinados a la contemplación y a la penitencia como obra egoistica de salvación individual. Es bueno recordar a esta época, a las almas capaces de heroísmo, que ahí reside la primera obra social, porque es ahí que está y que siempre estará el gran poder contra el autor de todos los males que afligen a la sociedad[25]. Como dice San Pablo, no tenemos que luchar solamente contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes, contra las potestades, contra las dominaciones de este mundo de tinieblas, contra los espíritus malignos esparcidos por los aires[26]. Y es por eso que nuestro Señor nos dio esa advertencia: los grandes demonios no son expulsados sino por el ayuno y por la oración.

Hay en la vida de mortificación de los religiosos y de aquellos que los imitan más o menos de cerca en el mundo una influencia capital sobre la marcha de los acontecimientos; el infierno no la ignora y los políticos sectarios la sienten. Parece que un espíritu satánico les sopla al oído: ahí están vuestros más temibles adversarios. Así, su primera obra al asumir el poder es cerrar los asilos de oración y de penitencia. Felizmente para nosotros, los carmelos, las trapas, las cartujas no son destruidas por el exilio; continúan funcionando en el exterior, y siempre por la Francia y por la Iglesia. “Una de las consideraciones más dignas de excitar toda la inteligencia del hombre, dice Joseph de Maistre, a pesar de que el común de los hombres se ocupe muy poco del hecho, es que el justo, sufriendo voluntariamente, no satisface solamente por él, sino por el culpable, por la vía de la reversibilidad. Es una de las mayores y más importantes verdades del orden espiritual”. En sus *Eclaircissements sur les Sacrifices*, él dice aún: “Ninguna nación ha dudado de que exista en la efusión de sangre una virtud expiatoria. Ahora, ni la razón ni la locura pudieron inventar esa idea, menos aún hacerla

---

[25] En el discurso que pronunció en la consagración de la iglesia del Sagrado Corazón en Bethléem-les-Anvers, monseñor Mermillod dice muy bien a las hijas “Hijas del Corazón de Jesús” encargadas de rezar en aquel santuario: “Sin las almas victimas y consoladoras que unen sus sacrificios al de Jesús sobre el altar el mundo se hundiría. Vi en Alemania un cuadro sublime: *La última misa se celebra sobe la tierra*. En el cielo, el Padre eterno aguarda que ella termine; los ángeles del juicio, apoyados en sus trompetas, se disponen a ejecutar las órdenes del Altísimo y a convocar al mundo para el gran juicio de la eternidad. Y mientras tanto, la Hostia y el Cáliz elevados por el sacerdote suspenden aún la realización de la sentencia suprema. Cuando la última gota del Cáliz ha sido bebida, Dios dirá: “La sangre de mi Hijo paró de correr sobre la tierra; las inmolaciones de las almas justas, unidas a la gran víctima de los altares están terminadas. Todo está acabado, no hay más tiempo”. Así, en unión con Jesucristo, las almas justas inmoladas sustentan el mundo.

[26] Ef. 6, 12.

adoptar en general. Ella tiene su raíz en las últimas profundidades de la naturaleza humana, y la historia, a ese respecto, no presenta una sola disonancia en el universo. Se creía, como se creyó, como siempre se creerá, que el inocente podía pagar por el culpable… Tal ha sido la constante creencia de todos los hombres. Ella se modificó en la práctica, según el carácter de los pueblos y de los cultos; pero el principio siempre está presente. Encontramos especialmente todas las naciones concordes con la eficacia maravillosa del sacrificio voluntario de la inocencia que se entrega ella misma a la divinidad como una víctima propiciatoria. Los hombres siempre atribuían un precio infinito a esa sumisión del justo que acepta los sufrimientos; es por ese motivo que Séneca, después de haber pronunciado la famosa frase: "Ved al gran hombre en lucha contra el infortunio; esos dos combatientes son dignos de atraer las miradas de Dios", y enseguida añade: "sobre todo si el hombre provocó el infortunio".

Orígenes, hablando del *Cordero de Dios que quita los pecados del mundo*, dice: "Él sirvió de expiación según ciertas leyes misteriosas del universo, habiendo querido mucho someterse a la muerte en virtud del amor que tiene por los hombres, y nos rescató por su sangre de las manos de aquel que nos había seducido y al cual estábamos vendidos por el pecado". De esa Redención general operada por el gran sacrificio, Orígenes pasa a esas redenciones particulares, que podríamos llamar de *diminutas*, pero que están ligadas siempre al mismo principio. "Otras víctimas, dice él, se relacionan con aquella. Quiero hablar de los generosos mártires que también derraman su sangre… La muerte de ellos destruye las potestades maléficas, propicia a un gran número de hombres auxilios maravillosos en virtud de una cierta fuerza que no puede ser denominada".

El cristianismo reposa por entero sobre el dogma de la expiación, de la redención por el dolor. El Salvador de los hombres actuó poco, observa el cardenal Pie, sufrió mucho. El Evangelio es conciso sobre su vida, prolijo sobre su pasión. Su gran obra fue morir; fue por su muerte que Él vivificó el mundo. Ahora, si tal es la primera y la más fundamental verdad del símbolo cristiano, es, pues, la primera ley moral del cristianismo que los discípulos, y sobre todo, los apóstoles del Crucificado, continúen el misterio de sus dolores.

Todos, religiosos o legos, pueden llevar su parte, pequeña o grande, a esa obra de expiación y de salvación, si bien que ni todos de la misma manera. Todo cristiano debe vivir una vida verdaderamente cristiana; ora, la vida cristiana no va sin mortificación, y, en virtud de la comunión de los santos, toda mortificación, todo sacrificio tiene repercusión en el cuerpo de la Iglesia, para la expiación del pecado, y también para retirar de las tentaciones la fuerza de la seducción.

Encima de la vida simplemente cristiana, existe un estado místico, en el cual no se debe querer entrar por sí mismo, sino solamente por el llamado de Dios, controlado y reconocido por un sabio director.

Esa recomendación es importante. No es raro que veamos almas dirigir al divino Maestro el pedido de sufrimiento en un impulso entusiasmado de fervor. Dios no siempre responde. Él sabe, en su presciencia, que, a pesar tal vez de la sinceridad del pedido, esas almas no están a la altura de convertir sus deseos en actos. Además, esos deseos pueden dar al alma la ilusión de haber llegado a la perfección.

En el estado místico que viene de la predestinación divina, el alma queda estrechamente unida al divino Cordero inmolado por la salvación del mundo; ella sufre con Él, sea infligiendo al cuerpo las torturas que le son inspiradas por Dios, sea aceptando, sufriendo con corazón amoroso, aquellas que Dios le inflige directamente. Las vidas de los santos están llenas de hechos que se refieren a uno y otro de esos casos.

Relativamente al primer caso, tomemos este ejemplo, entre mil, Santa Coleta, que nuestro Santo Padre el Papa Pío X acaba de colocar en el calendario de las fiestas a ser celebradas por la Iglesia universal. Llamada a reformar la Orden de los Franciscanos, ella se entregó a expiaciones cuyo recuerdo hace temblar. Su lecho se componía de algunos

sarmientos; su almohada era un bloque de madera. "Ella se revestía, dice el manuscrito de Thonon, con un cilicio duro e inhumano; ceñía su débil cuerpo con tres cadenas de hierro que mortificaban dolorosamente su inocente carne".

La venerable Catalina de Emmerich, que vivió de 1774 a 1824[27], nos proporciona un ejemplo reciente de expiación pasiva. Nos detendremos en este asunto porque esa extática tuvo como misión particular, como veremos, combatir la francmasonería y sus obras.

En el día de su primera comunión, Jesús le inspiró el pensamiento de ofrecerse como víctima por la Iglesia. Al recibir el sacramento de la confirmación, fue instruida que la gracia del Espíritu Santo venía a traerle el don de la fuerza para ser fiel a la resolución que tomara después de esa inspiración, de sufrir todo lo que Dios le diese para sufrir con el objetivo de expiar los crímenes de que se hacen culpables los pueblos cristianos. Desde luego, ella se puso a ofrecer a Dios sus acciones y sus sufrimientos por tal o cual fin que interesaba al catolicismo. Así, por ejemplo, cuando arrancaba las hierbas dañinas del campo de su padre, conjuraba al Señor a extirpar la hierba dañina que el hombre enemigo sembró en el campo de la Iglesia. Cuando las ortigas que ella tomaba le dejaban en las manos un violento ardor, suplicaba al Señor que no permitiese que los pastores de las almas se dejasen desanimar por las fatigas y sufrimientos que encontrarían al cultivar la viña del Señor.

Pero esas cosas eran apenas ensayos de aprendizaje. Poco después ella conjuró al Señor a sobrecargarla con las expiaciones que la justicia divina reclamaba. Aceptó su sacrificio, ella sufrió, en todo el curso de su vida, con una paciencia increíble, sufrimientos indecibles y de toda naturaleza. Cuando completó veinte años, Jesús la hizo participar del suplicio de la corona de espinas. Fue en 1798, en el momento en que Bonaparte mandó a apresar al Papa Pío VI y se apoderó de los Estados de la Iglesia. Ella recibió en seguida los otros estigmas de la Pasión, que cargó durante toda su vida.

Esa pequeña campesina de aldea de Flamske completó el pensamiento de esos dos genios, Orígenes y de Maistre, que acabamos de mencionar arriba, y eso en un estilo no menos noble de que el de ellos: "Vi, dijo él un día, la gracia del Espíritu Santo que perpassava las obras de los apóstoles, de los discípulos, de los mártires, de todos los santos; vi como ellos sufrían por amor a Jesús, como ellos sufrían en Jesús y en la Iglesia, que es su cuerpo; vi como por esa razón ellos se volvían canales vivos del río de la gracia de su Pasión reconciliadora. Mucho más, como ellos sufrían en Jesús, Jesús sufría en ellos y de Jesús venían los méritos que ellos transmitían a la Iglesia. Vi qué cantidad de conversiones fueron operadas por los mártires; eran como canales abiertos por el sufrimiento para llevar millares de corazones la sangre viva del Redentor". En esas palabras ella resumía todo el misterio de su propia vida y de las de tantas otras esposas de Cristo.

---

[27] Catarina Emmerich era hija de pobres y piadosos campesinos de la aldea de Flamske, cerca de Coesfeld, ciudad de la diócesis de Munster. Ella tuvo diversos historiadores, todos alemanes. Las obras de ellos fueron traducidas para el francés: el Dr. Krobbe, deán de la catedral de Munster; o Revmo. P. Thomas Wegener, postulante del proceso de beatificación; o Revmo. P. Schmoeger, redentorista; a obra de ese último tiene tres volúmenes en-8°.

Dom Guéranger prestó acerca de esa sierva de Dios y de la misión que le fue entregada este testimonio: "Leyendo esas visiones, cuyo conjunto es de gran belleza y que cargan frecuentemente el vestigio de una luz sobrehumana, no podemos evitar de reconocer una acción providencial que se ejerció primeramente en los países de Europa en que el naturalismo hizo mayores estragos, para llegar en seguida a nosotros y ayudarnos poderosamente a revivir esa fe piadosa que definhava hace tanto tiempo".

El 9 de mayo de 1909 se realizó en el Vaticano la reunión de la Sagrada Congregación de los Ritos para el examen de los escritos de la venerable Catarina Emmerich, con vistas a su beatificación.

En la época en que ella vivió, es decir, en el comienzo del último siglo, para no hablar sino de nuestro tiempo, otros recibieron la misma vocación. Ella misma nos dice: "La Madre de Dios repartió ese trabajo (de lucha contra los secuaces de Satanás y de expiación por sus crímenes), entre siete personas, la mayoría de sexo femenino. Vi entre ellas a la estigmatizada de Cagliari, así como a Rosa María Serra y otros que no puedo nombrar, un franciscano del Tirol y un padre que vive en una casa religiosa situada en medio de las montañas, el cual sufrió más allá de toda expresión por causa del mal que se hace en la Iglesia". En otro lugar: "Vi trabajar conmigo, de la misma manera como trabajo, seis personas, tres hombres y tres mujeres. Era la estigmatizada de Cagliari, Rosa María Serra y una persona muy enferma, afligida por grandes enfermedades corporales; el franciscano del Tirol, que frecuentemente vi unido a mi por las intenciones; después un joven eclesiástico que vive en una casa en la cual residen varios otros padres, en un país de montañas. Este debe ser un alma de elite; él está en una aflicción inexpresable por causa del estado de la Iglesia, y él debe sufrir dolores extraordinarios con que Dios lo favorece. Todas las noches, él le dirige una fervorosa oración, a fin de que Él se digne de hacerlo sufrir por todo lo que se hizo de mal en aquel día en la Iglesia. El tercero es un hombre de clase elevada, casado, que tiene muchos hijos, una mujer mala y extravagante y excelente situación de morada. Él vive en una gran ciudad en la cual hay católicos, protestantes, jansenistas y librepensadores. Todo está perfectamente arreglado en la casa de él: él es muy caritativo con los pobres y soporta noblemente todo lo que le hace sufrir la mujer mala"[28]. Catalina agrega: "Veo aún cien miel verdaderos creyentes cumpliendo sus deberes con simplicidad".

Aquello que la venerable dice al respecto de esos cien mil y particularmente de ese rico, que contribuían con ella en la reparación de las iniquidades del mundo y en el aplacamiento de la justicia divina, es muy notable y consolador. Ella no dice que ellos se impongan penitencias, sino que cumplen fielmente sus deberes y soportan pacientemente las miserias que la Providencia les administraba. Con eso obtenían que Dios los mantuviese en el número de aquellos que no solamente se justificaban a sí mismos, sino que satisfacían por otros, y venían en socorro de la Santa Iglesia en las dificultades que los malos suscitan contra ella.

En todas las horas de probaciones para la Iglesia, Dios difundió ese espíritu de reparación, y siempre él fue acogido por numerosos fieles en la medida de su caridad y también en la de la gracia que les era dada. Siempre también, en los momentos de crisis, Él encontró almas más generosas, más heroicas, que correspondieron al llamado divino y aceptaron la misión de víctimas. El autor de la vida de Santa Luduína, Huysmans, dice con mucho acierto: "Dios siempre encontró a través de las épocas santos que consintieron en pagar, por sus dolores, el rescate de los pecados y de las faltas. Esa ley del equilibro a guardar entre el bien y el mal es simplemente misteriosa, cuando se piensa en eso; porque, al establecerla, el Todopoderoso parece haber querido Él mismo fijar límites y poner un freno a su todo poderío. Por esa regla, es necesario, en efecto, que Jesús haga un apelo al concurso del hombre y que este no se rehúse en prestarlo. A fin de reparar la perversidad de unos, Él reclama las oraciones y las mortificaciones de otros; y ahí reside verdaderamente la gloria de la pobre humanidad: jamás Dios fue logrado". El autor de esas líneas contó, para estupefacción de los hombres de nuestro tiempo, la terrible y larga agonía de la Virgen de Schiedam y tuvo el cuidado de antes describir el pavoroso estado en el cual se encontraba Europa, en el tiempo en que esa santa consintió en ser víctima por esa misma Europa, esto es, a fines del siglo XIV e inicios del siglo XV, cuando la Cristiandad comenzaba a salir del buen camino.

En la misma época, un poco antes, Santa Brigite probó de manera diferente las necesidades de la Iglesia. Ella tuvo que combatir públicamente, ella simple mujer, la corrupción del siglo, a través de la palabra y de la acción. La veían

[28] San Juan de la Cruz hace esta observación: "Las penitencias escogidas por el alma no pueden producir en ella los mismos frutos que la cruz de la Providencia: vemos personas de gran austeridad no poder sufrir una contradicción".

recorrer todos los países de Europa, exhortar a los pueblos a la paciencia, dictar a los obispos, príncipes y reyes reglas de vida indicadas por la sabiduría divina. Durante treinta años ella exhortó a los Papas de Avignon a romper sus cadenas y retornar a Roma. Su vida nos parece más activa que pasiva; entre tanto, la enumeración de sus penitencias, dice Vastovius, produciría en nosotros escalofríos y haría creer tratarse de invenciones, si o se supiere que el amor divino eleva al alma por encima de sí misma. Ella experimentaba dificultades casi insuperables para presentarse públicamente y para reprender, como le era ordenado, los crímenes de los príncipes y de los pueblos. "Ve a Roma, le dijo nuestro Señor, y permanece en aquella ciudad hasta que hubieres hablado con el Papa y con el emperador y comunicado a ellos lo que te diré". La Santísima Virgen le anunció a Brigite el cisma de Occidente y le ordenó que trasmitiera al cardenal Albani lo que Ella le dictaba: "Informo al cardenal por tu intermedio que, del lado derecho de la Santa Iglesia el fundamento está considerablemente enflaquecido, de tal manera que la parte superior de la cúpula está agrietada en varios lugares y amenaza de tal manera con colapsar que muchos de los que pasan por debajo pierden la vida. La mayor parte de las columnas, que debería mantenerse derechas, ya se inclinan hasta el suelo, y el piso tan deteriorado que los ciegos caen al entrar. A veces esto sucede también a los que ven claramente: caen como ciegos, tropezando en los hoyos del piso. Este estado de cosas hace que la situación de la Iglesia sea muy peligrosa; y el resultado de eso aparecerá en un futuro próximo: porque ella (la parte derecha) sufrirá un desmoronamiento completo si no fuere reparada. La caída hará tanto estruendo que será oído a través de toda la Cristiandad. Pero es preciso comprender estas cosas en el sentido espiritual", es decir, no relativamente a una iglesia material, sino a la Iglesia.

¡Cuántas otras víctimas voluntarias podríamos evocar en todo el curso de la historia de la Iglesia! En nuestros días, vimos entre varias otras a Louise Lateau, cuyos éxtasis muchos de nuestros lectores pudieron contemplar, cuyos estigmas pudieron tocar. La hermana María Teresa fundó una congregación cuya única obra, podríamos decir, es la adoración reparadora.

En vista de los monstruosos excesos del mal, la gracia de Dios suscitó un cierto número de corazones fieles un inmenso deseo de compensar, por la dedicación del amor, los ultrajes de la impiedad. Así, otras obras nacieron de ese gran pensamiento de reparación. Cada una tiene su finalidad, ¡son tantos los géneros de crímenes a expiar! Cada una tiene su carácter particular, que aparece en el lugar y en la hora deseados por Dios en ese admirable yacimiento de las almas donde las flores se multiplican al infinito sin jamás ser absolutamente semejantes. Nuestro Señor permite que todas esas asociaciones reparadoras tomen parte activa en sus sufrimientos, y todas juntas, unidas a la Iglesia, dice San Pablo, reproducen en su plenitud el misterio de su vida y de su muerte.

Mientras unos blasfeman, otros rezan y lloran: *unus orans et unus maledicens*. Mientras unos ultrajan a Cristo y su Iglesia, otros se inmolan al lado de la santa víctima.

La patrona de todas esas almas expiatorias es la Virgen de los Siete Dolores. El 29 de diciembre de 1819, Jesús dio a Catalina Emmerich la intuición de los dolores de su Madre en el momento de la Pasión y le dijo: "Si quieres ayudar, sufre así". Después del retorno de su Hijo al cielo, María permaneció en la tierra hasta que, bajo su tutela, la Iglesia estuviese fortalecida y pudiese sellar con la sangre de los mártires la victoria de la Cruz.

Después, y hasta la última venida del Señor, Ella no deja que en la Iglesia falten, en ninguna época, miembros que, caminando en sus pegadas, volviéndose, por su sacrificio voluntario, fuente de perdón y de bendición para la comunidad cristiana. Y, pues, esa Madre de misericordia que, según las necesidades y los méritos de la Iglesia, destina a los instrumentos escogidos la tarea que deberán cumplir para luchar victoriosamente contra Satanás y aquellos que se colocan bajo sus órdenes: *Inimicitias ponam inter te et mulierem et semen tuum et semen Illius*.

CAPÍTULO LXIII

UNA ANTAGONISTA DE LA FRANCMASONERÍA

Tuvimos que preparar a nuestros lectores para la comprensión y la aceptación del papel señalado a la venerable Ana Catalina Emmerich en la actual probación de la Iglesia, la guerra de muerte que la francmasonería hace a la Esposa de Cristo. Deben haber visto que, si existe una acción subterránea e incluso infernal que influye en los acontecimientos de este mundo, hay otra que viene del cielo y que tiene sobre estos una eficacia no menos cierta. Es llegado el momento de decir con qué poder y con qué éxito una simple monja puede colocarse en frente de la secta masónica y oponerse a su obra. Existen hoy, sin duda, los que la sucedieron en esa tarea y la realizan con el mismo heroísmo; incluso en su tiempo, es decir, en la primera parte del siglo XIX, ella absolutamente no estuvo sola, y si nos restringimos particularmente a ella es porque en ningún otro la oposición a la francmasonería pareció tan directa. Algunos se sorprenderán con lo que diremos, así como aquello que precedió puede haberlos sorprendido, mas, según el pensamiento de un gran cristiano, "es llegada la hora de mostrar osadamente a nuestro mundo envenenado por siglos de escepticismo y de materialismo el milagro y la obra visible de Dios cada vez que e presente la ocasión. Nuestra sociedad descendió al fondo del abismo, ella sólo se levantará mirando hacia lo alto.

En sus contemplaciones, Ana Catalina asistía al desarrollo del misterio de iniquidad. Todo lo que interesaba en todos los lugares a la Santa Iglesia le era mostrado. Los sufrimientos y las opresiones de la Cristiandad, los peligros que corría la fe y las heridas que le eran abiertas, la usurpación de los bienes eclesiásticos, la profanación de las cosas santas les eran colocadas delante de los ojos, y la obligación de expiación que de eso resultaba para ella a veces la absorbía por tanto tiempo que los días y las semanas se pasaban sin que ella pudiese retornar, con el uso de sus sentidos exteriores y de sus facultades intelectuales, a este mundo visible que la rodeaba. A la vista de ese desbordamiento de impiedades y de crímenes, ella entraba en lucha con las potestades del mal; ella resistía a los ataques de Satanás, particularmente aquellos que tenían por objetivo corromper el espíritu y el corazón del clero, que, como vimos, fue la principal tarea designada a la alta masonería. Ella se oponía, por sus sufrimientos y sus sacrificios, a todo lo que veía en peligro en la Iglesia, en su jerarquía, en la integridad de la fe, de la moral, de la disciplina. Todo lo que la falsa ciencia, todo lo que la convivencia con los errores del tiempo, con las máximas y proyectos del príncipe de este mundo, en una palabra, todo lo que amenazaba el orden establecido por Dios le era manifestado en visiones de una simplicidad maravillosa, que le hacían comprender lo que tenía que hacer y de sufrir para llevar socorro a los que combatían, consolación a los que estaban tristes, para expiar y desviar los males que esos atentados atraían.

"Vi, dijo ella un día, la justicia de Dios pesar sobre el mundo, vi bajo la forma de rayos el castigo y la desgracia de descender sobre muchos; y vi también que en cuanto yo estaba tomada de piedad y rezaba, torrentes de dolores se desviaban de la masa, penetraban en mí y me atormentaban de mil maneras". "Sobre esa pobre virgen, dice su historiador, Dios puso todas las tribulaciones de la Iglesia, como tal vez no habían jamás ocurrido desde su fundación".

El infierno intentó obstaculizar su misión.

En marzo de 1813, el prefecto de Munster, acompañado del delegado de policía, fue hasta junto de ella, en Dulmen. Al día siguiente él envió ocho médicos y cirujanos del ejército, con orden de emplear todos los medios para cicatrizar los estigmas de la Pasión que ella cargaba en el cuerpo. El día 22 de ese mes fue iniciado una investigación eclesiástica sobre el estado místico de la venerable, presidido por el vicario general Clément-Auguste, de Droste, que más tarde hizo tan célebre como arzobispo de Colonia. Esa investigación continuó el día 28 del mismo mes y el 7 de abril. Del 10 al 20 de junio, Ana Catalina estuvo vigilada por veinte ciudadanos de Dulmen, para garantizar que la sangre de los estigmas no venía de ninguna causa natural. Seis años más tarde, en 1819, el gobierno nombró una nueva comisión, compuesta por *landrath,* dos médicos y tres eclesiásticos. El día 2 de agosto ellos quisieron transportar a Ana Catalina para la casa del consejero del Tribunal de Cuentas de Mersmann. Ella se rehusó. Un alto graduado de la francmasonería, Borges, vino para arrancarle el consentimiento. Él no lo obtuvo. Entonces la llevaron a la fuerza; sus historiadores cuentan largamente las probaciones que le hicieron sufrir y las indignidades a las cuales se entregaban a vista de ella. En el decir de un médico que la vio al retornar a casa, el 29 de agosto, sus ojos estaban apagados, su cuerpo de un frío cadavérico no pasaba de un esqueleto. Todavía ella conservaba la fuerza de alma y la vivacidad de espíritu. Durante todas esas probaciones los designios y los actos de los personajes que trabajaban contra la Iglesia no dejaban de serle mostrados, a fin de que ella los interfiriera por el mérito atribuido a sus sufrimientos y a la energía y santidad de sus oraciones.

La Iglesia estaba entonces, como aún está hoy, en una de las horas más críticas de su historia. 1820, como vimos, fue el año en que la Gran Logia entró en plena actividad, y sabemos cuál misión le fue dada. “Ahora, dice uno de los historiadores de nuestra heroína, lo que Ana Catalina hacia, en el estado de contemplación, contra esa conjuración infernal, era una obra tan real, acompañada de resultados tan positivos cuanto todo lo que se hace en la esfera de la vida habitual. El martirio al cual se sometía no era solamente una pasión, sino también una acción, como en nuestro Señor Jesucristo el sacrificio del Calvario fue una obra, la obra de la Redención. Un día ella pensó sucumbir al peso de los dolores que la crucificaban; su ángel la exhortó a la resignación diciéndole: “Cristo aún no descendió de la Cruz. Es necesario perseverar con Él hasta el fin”.

Y a través de la participación en los sufrimientos de la divina Pasión que, en el momento en que el infierno hace más esfuerzos para retomar la posesión del mundo, las personas escogidas por Dios triunfan sobre él y obtienen la victoria para la Iglesia, después la paz en un crescendo de gloria.

Clément Brentano[29], en su diario, con fecha 2 de enero de 1820, después de haber escrito una escena más conmovedora que nunca, recogió de ella estas palabras:

---

[29] Clément Brentano se convirtió al catolicismo en 1818. Fue, en aquella época, uno de los que intentaban regenerar la poesía impregnándola con la fe religiosa de la Edad Media. Fue presentado a Catalina Emmerich por el venerable Overberg, que era su confesor extraordinario, y por monseñor Saïler, obispo de Ratisbonne.
De 1818 a 1824 él siempre se mantuvo cerca de la extática como su secretario, anotando, día a día, lo que ella contaba de sus éxtasis. Como repugnase a la hermana hacer esas declaraciones, su guía celeste le decía: “Tú no imaginas cuántas almas, leyendo estas cosas, quedarán edificadas y practicarán la virtud”. Fue solamente, pues, en los últimos años de su vida que pudo dar testimonio de todo aquello por el cual Dios la hizo pasar y de todo aquello que Él le diera a conocer. Sus comunicaciones siempre le fueron difíciles, y un año antes de su muerte, en los primeros días de febrero de 1823, nuestro Señor precisó decirle: “No te doy esas visiones para ti; pero ellas te son conocidas para que tu las hagas útiles. Debes comunicarlas como te las doy, a fin de mostrar que estoy con mi Iglesia hasta la consumación de los siglos”.

"Cuando estaba a punto de sucumbir y gemía, perdiendo el coraje, vi en seguida, en su realidad, los mismos sufrimientos experimentados por Él. Así, fue flagelada, coronada de espinas, amarrada con cuerdas, caí por tierra, fui tendida y clavada sobre la cruz. Fue por la Iglesia que sufrí así".

"Tuve la visión de una gran iglesia[30]. Junto a ella vi muchas personas distintas, entre las cuales varios extraños, con aventais e colheres de pedreiro. Parecían enviados para demoler esa iglesia. Ya comenzaban a destruirla por intermedio de las escuelas que se entregan a la incredulidad. Toda especie de personas se juntaban a ella. Había hasta sacerdotes ahí, e incluso religiosos. Eso me causó tal aflicción que llamé a mi divino Esposo en socorro. Le supliqué que no dejase esta vez triunfal al enemigo".

Ana Catalina ve a la francmasonería encarnizada en destruir la Iglesia de Alemania. La secta envía para allá extranjeros que conjuran contra ella, en parte con las autoridades del país, en parte con las logias; ella ve al pueblo escucharlos y seguirlos, seducidos por las ideas que los propios sacerdotes y religiosos difunden.

En esa misma visión tuvo la consolación de ver a cinco personajes, tres de los cuales revestidos de hábitos sacerdotales, venir en auxilio de la Iglesia de Viena, y el cielo cooperar con la obra de ellos. "Pero, acrecienta, esta Iglesia sólo será salvada después de una gran tempestad". ¿Qué quiso decir ella con eso? ¿Quiso hablar de la gran crisis que pondrá fin a la actual Iglesia universal, a la gran tentación del naturalismo? No lo sabríamos decir. Ella vio una llama que salía de la tierra envolver a la iglesia de San Esteban, objeto de su visión, envolverla y alcanzar a aquellos que estaban en el trabajo de demolición. El historiador de la venerable interpreta ese incendio como "un gran peligro seguido de un nuevo esplendor después de la tempestad".

No sabemos si, en aquella fecha, hubo una conspiración masónica en Viena; pero esto es lo que pasaba en Francfort-sur-le-Mein. Los príncipes de Alemania habían convocado una asamblea en la cual varios sacerdotes católicos se mostraban animados de los mismos sentimientos de los legos que la componían. Lo más peligroso, en el decir de Catalina, era el vicario general de Wessenberg, de Constance. Esa asamblea dirigió dos proyectos de organización interna y externa de la Iglesia. Catalina vio en la sala de las deliberaciones al demonio bajo la forma de un can que le dijo: Esos hombres ahí hacen verdaderamente mi obra. Catalina se ofreció como víctima de expiación y Dios le impuso una obra de reparación que duró quince días.

La acción de la masonería junto a los poderosos, para obtener, a través de leyes y reglamentos, la alteración de la constitución que nuestro Señor dio a la Iglesia, no era su única preocupación. Ella no estaba menos atenta a los esfuerzos hechos para corromper el espíritu de la juventud.

"Tuve una visión, dijo ella en abril de 1823, sobre la situación deplorable de los jóvenes estudiantes de hoy. Los vi en Munster, así como en Bonn, corriendo por las calles. Tenían en las manos paquetes de serpientes, cuyas cabezas sudaban, y oí estas palabras: 'Son serpientes filosóficas'. El racionalismo de Kant, Fichte, Schilling y Hegel envenenaba, en efecto, a los estudiantes de las universidades alemanas. Ella acrecentaba: "Vi que muchos pastores se dejaban tomar por ideas peligrosas. Oprimida de tristeza, desvié los ojos de esa visión que me llenaba de angustias y recé por los obispos". Fue de Alemania que nos vino la falsa ciencia en filosofía, teología, Sagrada Escritura, todo ese modernismo que Pío X solemnemente condenó en la encíclica *Pascendi*. La hermana Emmerich ve esa falsa ciencia en sus comienzos

[30] La Iglesia espiritual se presenta frecuentemente a los extáticos bajo la figura de una iglesia material: la basílica de San Pedro como toda la Iglesia católica, un templo particular como una diócesis. Aquí, la descripción hecha muestra que se trata de la iglesia de San Esteban en Viena, capital de Austria.

apoderarse del espíritu de los estudiantes y seducir incluso a los clérigos. A esa visión, ella reza y sufre para obtener que los obispos ejerzan aquel de entre sus deberes el primero y más importante, puesto que vinculado al propio nombre *Επισχοποσ*, el de la vigilancia.

Hablando de esos innovadores, dijo ella un día: “Los veo en una cierta relación con la venida del anticristo. Porque también ellos, en sus colusiones, cooperan para la realización del misterio de iniquidad”. Ella veía esa cooperación hasta en los detalles. Así, deploraba el arte, que acabamos de señalar arriba, con que la francmasonería sabe inventar palabras seductoras y los estragos que esas palabras producen por intermedio de la perturbación que producen en las ideas. “Ella vio, dice su historiador, todas las cosas secarse y morir delante del *progreso de las luces* y bajo el régimen de la *libertad* y de la *tolerancia*”.

La acción ejercida por es humilde religiosa a través de sus oraciones y expiaciones no quedaba absolutamente circunscrita a los límites de su propio país, ella se extendía a toda la Iglesia.

En el fin del Primer Imperio[31], la convocación el conciliábulo de París y los esfuerzos hechos por el emperador para arrebatarle al Papa la nominación de los obispos, tuvieron en su alma y en su cuerpo un doloroso reflejo[32]. En los tiempos que se siguieron hasta su muerte, ella tuvo participación en todas las probaciones por las cuales la conjuración anticristiana hizo pasar a la Santa Iglesia. Su ángel la transportaba en espíritu para el lugar donde las potestades del mal actuaban.

En julio de 1820 ella contó lo que sigue: “Me fue dicho que yo precisaba hacer un viaje en el cual vería la desgracia del mundo… No tuve (en ese viaje) ninguna alegría, sino la de ver que la Iglesia tiene sus fundamentos en la roca… Cuando llego a un país, veo los principales centros de perdición. Y de esos centros ella se difunde a través del país como a través de canales envenenados. Sin el auxilio de Dios no se puede contemplar tantas miserias y abominaciones sin morir de dolor”.

Ella se ve inicialmente en la “patria de San Francisco Javier” (Navarra). “Vi muchos santos y tranquilo ese país comparativamente a la patria de San Ignacio” (España). En Francia ella ve a Santa Genoveva, San Denís, San Martín y muchos otros santos que rezan por nosotros. Pero ella también ve “grandes miserias, una corrupción espantosa y abominaciones horribles en la capital”. Le parece que esa ciudad está a punto de desaparecer. “Me pareció que minaban debajo de esa gran ciudad, en la cual el mal está en el punto máximo. Había varios demonios ocupados en ese trabajo. Ellos ya estaban bien adelantados y yo creía que con tantos y tan pesados edificios ella luego iría a colapsar”[33].

“En seguida entré en España. Vi por todo el país una larga cadena de sociedades secretas. Y mi ángel me dijo: “Hoy Babel está aquí”.

---

[31] El Primer Imperio va desde 1804 a 1814, bajo Napoleón I.

[32] Conocemos lo que ocurrió, dentro del mayor secreto, entre Pío VII y los “cardenales negros”, en razón de la protesta contra el sedicente “Concordato” del 25 de enero de 1813, arrancado del pontífice aislado y atormentado. Pío VII hizo suyas las palabras de su predecesor Pascual II al emperador de Alemania y la repitió al emperador de los franceses:
“Reconociendo nuestra conciencia nuestra mal escrito, nos lo confesamos malo, y, con la ayuda del Señor, deseamos que sea anulado por entero, a fin de que no resulte ningún daño para la Iglesia, ni ningún perjuicio para nuestra alma”.

[33] Esto fue escrito por Clément Brentano bajo dictado de la venerable en 1820. El padre Schmoeger, que escribió su vida, la publicó en 1867, en alemán, y la versión francesa apareció en 1868. En 1820, las alcantarillas que surcan el subsuelo de París no habían sido cavados, en 1867, el metro no estaba construido.

"De ese desdichado país fue conducida para una isla en que nació San Patricio (Irlanda). Ahí los católicos estaban muy oprimidos. Ellos mantenían relaciones con el Papa, más en secreto.

"De la isla de San Patricio fue conducida a otra gran isla (Inglaterra). Vi ahí la opulencia, los vicios, muchas miserias y numerosos navíos".

En seguida ella visita los reinos en el Norte, después el Oriente, pasa por la China y por las Indias, llega a América y retorna a Europa. "Ella queda completamente perturbada con ese viaje, dice su historiador, como si estuviese lista a morir". Nosotros apenas indicamos las principales etapas de ese viaje místico; debemos demorarnos en aquello que ella dice de Roma: "Llegué a San Pedro y San Pablo. Vi un mundo tenebroso, lleno de desgracia, pero como que atravesando por rayos de luz, por las innumerables gracias emanadas de los millares de santos que ahí reposan. Vi a San Pedro en una gran tribulación y en una gran angustia. Yo lo vi rodeado de traiciones[34]. Vi que en casos extremos de desgracia él tiene visiones y apariciones[35]. Vi a michos y piadosos obispos, pero eran débiles y el mal partido tomaba la delantera. Vi la Iglesia de los apostatas tener mucho crecimiento. Vi las tinieblas que salían de ella esparcirse por los alrededores, y vi mucha gente desertar de la Iglesia legítima y dirigirse para otra diciendo: "Aquello todo es más natural".

"Vi de nuevo las artimañas del hombre negro. Tuve el cuadro de los demoledores que atacaban la Iglesia de San Pedro. Vi, al final, cómo María extendía su manto sobre la Iglesia. San Pedro y San Pablo también intervinieron, y cómo los enemigos de Dios fueron expulsados".

---

[34] Él vuelve frecuentemente a los traidores que rodean al Papa y las celadas que le son armadas. "Veo tantos traidores. Exclamó ella un día. Ellos no pueden soportar que se diga: eso va mal".
Monseñor Battandier, en la correspondencia que envía a la *Semaine de Montréal* dijo hace un año: "… Me limitaré a reproducir esta frase de una larga conversación que un obispo tuvo hace cerca de diez días con el soberano pontífice. — "Vos os espantáis de lo que me decís, pero no sabéis que tal y tal van habitualmente a la casa de Barrère. Ese embajador consigue pagar mucho más, y largamente, a mi personal para que continúe junto a mi en la función de espías". — Es exactamente el *periculum ex falsis fratribus*, que San Pablo denunciaba como el más grave de entre los que él tuvo que superar.
— ¿Pero por qué el Papa no aparta a esos servidores indignos? Responderé la pregunta con una anécdota que ocurrió con León XIII. Un día un alto prelado subió corriendo las escalas de la Secretaría de Estado y se precipitó para junto del cardenal. Él llegó casi sin aliento y, en una frase cortada por la necesidad de respirar, hace saber al cardenal que él acaba de tener conocimiento, por casualidad, de que tres empleados del Vaticano son pagados por el gobierno italiano para espiar y relatar al Quirinal todo cuanto sea importante. Él esperaba agradecimientos, una explosión de indignación y medidas severas contra esos traidores. El cardenal se limitó a responderle con calma: "Reconozco, monseñor, que vuestras informaciones son perfectamente exactas, pero no son completas. No son tres, sino cuatro, las personas que el gobierno italiano paga por ese servicio. Por otra parte, si desaparecieren del Vaticano, serían substituidas inmediatamente por otras, y mi situación quedaría bien más delicada, porque precisaría descubrirlas".
[35] Un mes más tarde, el 10 de agosto de 1820, ella dijo: "La aflicción del Santo Padre (Pío VII) y de la Iglesia es tan grande que debemos implorar a Dios noche y día. El Santo Padre, sumergido en la aflicción, se encerró para sustraerse a las exigencias peligrosas. Él está muy débil y completamente agotado por la tristeza, por las preocupaciones y por la oración. La principal razón para mantenerse encerrado es que no puede más fiarse sino en pocas personas. Pero hay cerca de él un viejo sacerdote muy simple y muy piadoso que es un amigo y, por causa de su simplicidad, se considera no valer la pena ser apartado. Él ve y observa muchas cosas que comunica fielmente al Santo Padre. Le informé en cuanto él rezaba a propósito de los traidores y de las personas mal intencionadas existentes entre los altos funcionarios que viven en la intimidad del Santo Padre, a fin de que le sea dado conocimiento de eso".

Esa visión ocurrió, como dijimos, en 1820, es decir, bajo el reinado de Pío VII, que ocupó el trono pontificio desde 1800 a 1823. Los cinco últimos años de su pontificado fueron aquellos en que Catalina Emmerich fue favorecida con las revelaciones más importantes relativamente al tema que estamos tratando. Esta es una de las principales. Catalina vio al Papa en una gran tribulación y en una gran angustia. En efecto, en ese momento Él estaba sometido a pruebas más penosas de lo que había sido su prisión por los satélites de Napoleón y aquello que se siguió. Ella dice que en momentos de gran aflicción él fue favorecido por visiones. Vemos en su historia que ella misma fue frecuentemente conducida por su ángel junto a él, como también junto a su sucesor, León XII. Ella iba cerca de ellos, no corporalmente, sino a la manera de los espíritus. Ella les trasmitía los consejos e incluso a veces las amonestaciones que su guía celeste le sugería. ¿Esas comunicaciones eran producidas a través de las iluminaciones de espíritu a espíritu, como nos muestra Santo Tomás relativamente a los ángeles que se comunican entre sí, o a través de palabras habladas y oídas? No lo sabemos; pero ese conocimiento no debe hacernos rechazar la posibilidad de esos mensajes. Puesto que Dios aceptaba las oraciones y los sufrimientos de su sierva para el bien de la Iglesia, podemos admitir que Él la enviase junto al Pastor supremo para esclarecerlo, alentarlo y hacer con que evitase los peligros que sus enemigos y los traidores a su servicio le armaban, sin que, entre tanto, ella dejase su lecho de dolores. Ella misma, al mencionar un mensaje del cual fue incumbida junto a un eclesiástico, nos da la idea del modo como esas comunicaciones son recibidas. "Tuve que ir hasta Munster, junto al vicario general. Tuve que decirle que él obstaculizaba muchas cosas por causa de su rigor, que él debía dispensar más cuidados a su rebaño y permanecer más en casa para aquellos que tenían necesidad de verlo. Fue como si él hubiese encontrado en su libro un pasaje que le inspirara esos pensamientos. Quedó disgustado consigo mismo". Görres, en el capítulo XXVI del libro IV de la *Mystique Divine*, habla de esa acción a distancia, relata numerosos ejemplos y procura explicarla.

Distingue tres formas y da como ejemplos del primer tipo a Rita de Casia, Pedro Regala, Bennon, obispo de Meissen, Alfonso de Balzana, S. Anchieta; del segundo tipo, la bienaventurada Liduína, Catalina Emmerich ; del tercer tipo, San José de Cupertino, San Antonio de Padua, San Francisco Javier, María de Ágreda, San Lorenzo Justiniano, Ángela de la Paz.

Se permite creer que no sea cosa muy rara venir a nuestro Señor Jesucristo con esta forma de auxilio a su Vicario por vías extraordinarias. El autor de la vida de Catalina Emmerich habla en esa ocasión de la asistencia que Gregorio XVI y Pío IX recibieron de otra mística, Maria Moerl, en los momentos de particular peligro. Más recientemente, en 1897 y 1898, una religiosa del Buen Pastor, nascida condesa de Drotz zu Vischering, tuvo la misión de informar a León XIII acerca del deseo que nuestro Señor tenía de ver al género humano consagrado a su divino Corazón[36].

---

[36] Los "Anales del Monte Saint-Michel" también mencionan una visión que León XIII habría tenido cuando celebraba la misa, visión de la cual él habría dado conocimiento a monseñor T., consultor de la Congregación de los Obispos y Regulares. Se le abría así recomendado prescribir las oraciones y el exorcismo que son rezados después de todas las misas comunes. Así es cómo los anales relatan el hecho: "La tierra le apareció como envuelta en tinieblas; y de un abismo entreabierto él vio salir una legión de demonios que se esparcían por el mundo para destruir las obras de la Iglesia y atacar a la propia Iglesia, que él vio extremadamente reducida. Entonces San Miguel apareció y repelió a los malos espíritus para el abismo". No en ese momento, sino más tarde, cuando la multiplicidad y el fervor de esas oraciones produjeron su pleno efecto.

CAPÍTULO LXIV

EN EL CUAL VEMOS A NUBIUS REAPARECER

Varias veces Ana Catalina habla de la iglesia de los apostatas, que también llama Iglesia de las tinieblas y cuyos progresos ella muestra. Ella también señala en esa iglesia la presencia y la influencia de ciertos cómplices de los principales jefes de la francmasonería. ¿Qué es esa iglesia? Ella no lo especifica, sino por la frase que leímos arriba: “Aquí todo es más natural”, y que parece indicar que con eso ella comprendía los propósitos de aquellos que desertan del orden sobrenatural para ponerse más a gusto en el naturalismo.

Ella dice que la flaqueza, que la tolerancia del clero permitió la expansión de esa llaga. Ella dice haber estado en Roma, como siempre en espíritu, para sustentar al Papa, solicitado por sus asesores a hacer demasiadas concesiones. Ya en las *Soirées de Saint-Pétersbourg*, J. de Maistre hacía al senador ruso decir al conde y al caballero católicos: “Examinaos a vosotros mismos en el silencio de vuestros preconceptos y sentiréis que vuestro poder se os escapa”. Y anotaba la siguiente causa: “Ni siquiera tenéis esa conciencia de la fuerza que reaparece tan frecuentemente bajo la que reaparece tan frecuentemente bajo la pluma de Homero, cuando él nos quiere sensibilizar la nobleza del coraje. “No tenéis más héroes, NO OS ATREVÉIS A NADA Y TODO SE ATREVE CONTRA VOS”. Catalina Emmerich enseña en sus visiones que esa “conciencia de la fuerza” renacería en el clero y esto le fue presentado bajo una bella imagen: “… La gran Señora (la jerarquía eclesiástica así figurada) carga consigo un tabernáculo en el cual existe un tesoro, una cosa santa, que ella conserva, pero que ella ya no conoce bien: ese tesoro es la autoridad espiritual y la fuerza secreta de la Iglesia que aquellos que están en la casa de las nupcias (los católicos) no quieren más, no soportan más. Pero ese poder crecerá de nuevo en el silencio. Los que resisten serán entonces expulsados de la casa, y todo será renovado”[37]. ¿No asistimos en nuestros días, bajo el pontificado de Pío X, al cumplimiento de esa profecía?

“Vi de nuevo las maquinaciones del hombre negro”.

Catalina Emmerich ya había hablado de las maquinaciones del HOMBRE NEGRO en la corte de Roma y varias veces todavía el asunto será retomado en la secuencia de su historia.

Nuestros lectores recuerdan sin duda que precisamente en esa época en que la venerable Catalina Emmerich sufría por la Iglesia la francmasonería, que acababa de reorganizarse, había establecido en la misma Roma lo que ella llamó Gran Logia, y que a la cabeza de esa logia de retaguardia ella colocó un personaje, miembro de una de las embajadas acreditadas junto a la Santa Sede. Ese personaje tomó por pseudónimo dentro de esa sociedad secreta el nombre de NUBIUS, el hombre nublado, el hombre de las tinieblas y del misterio. La misión especial que el Poder Oculto le asignó consistía en preparar el asalto final a la Santa Sede. Gracias a su situación en la diplomacia, a la nobleza de su familia, a su fortuna, a su seducción natural, él era recibido en todos los lugares, tenía tránsito libre entre los superiores de las órdenes, los prefectos de las congregaciones, los cardenales, y gracias a su extrema prudencia no levantaba la menor sospecha en ningún lugar.

¿Era él a quien Ana Catalina seguía con los ojos de vidente y calificaba de hombre negro, así como él se decía hombre-nublado? No es temerario creer en esto.

[37] Vida por el P. Smœgher, II, p. 360.

Durante la octava de la fiesta de San Juan Evangelista de aquel año de 1820 en que la Gran Logia estaba en plena actividad, la venerable tuvo visiones que decían a respecto de la Iglesia y a los asaltos que le iban a ser infligidos. “Vi, dice ella, la basílica de San Pedro (figurando, como ya observamos, la Iglesia romana, la Iglesia católica) y una enorme cantidad de hombres que trabajaban para derrumbarla”. Sabemos que a inicios del siglo XIII, Inocencio III tuvo una visión simbólica muy parecida. Las paredes de la basílica de Letrán, madre y maestra de todas las iglesias, le parecían agrietarse. Santo Domingo y San Francisco vinieron a sustentarlas. Catalina Emmerich dirá más tarde que vio también al lado de los demoledores otros hombres ocupados en hacer reparaciones en la Iglesia de San Pedro. Aquí ella acrecienta: “Hileras de trabajadores ocupados en el trabajo de destrucción se extendían *a través del mundo entero*, y quedé espantada con la coordinación con que todo era hecho. Los demoledores arrancaban grandes pedazos del edificio. Esos sectarios son numerosos y entre ellos hay apóstatas. Realizando el trabajo de destrucción ellos parecían seguir ciertas directrices y ciertas reglas. Vestían delantales blancos, ribeteados con una franja azul y provistos con bolsillos. Tenían colheres de pedreiro fixadas na cintura. Además, tienen vestimentas de todo tipo. Entre ellos existen personajes distintos de otros, grandes y corpulentos[38], con uniformes y cruces, los cuales, sin embargo, no trabajaban directamente, sino que marcaban las paredes de la iglesia, com a colher de pedreiro, lo que era preciso demoler. Vi con horror que había también entre ellos sacerdotes católicos (ella dijo otro día que captaba de los labios de esos eclesiásticos las solemnes palabras masónicas: luz, ciencia, justicia, amor). Frecuentemente, cuando los demoledores no sabían bien cómo actuar, ellos se aproximaban, para instruirse al respecto, a uno de los suyos, que tenía un gran libro en el cual estaba trazado todo el plano a seguir para las destrucciones, y este marcaba exactamente, com a colher de pedreiro, el punto que debía ser atacado; y luego un pedazo caía bajo las marteladas. La operación proseguía tranquilamente su ritmo y caminaba infaliblemente, pero sin despertar la atención y sin ruido, teniendo los demoledores los ojos à espreita”[39].

El lector no debe perder de vista que esto fue escrito por Clément Brentano en 1820, bajo el dictado de Catalina Emmerich. ¿Se podría describir mejor lo que nadie entonces sospechaba? ¿Era posible ver y decir de mejor manera por quién y cómo sería conducida la guerra contra la Iglesia? Vemos hoy que fue trazado un plan de destrucción con antecedencia con una sabiduría diabólica. Vemos que los obreros encargados de la ejecución se encontraban divididos por todos los países del mundo, que los roles fueron distribuidos y que cada cual recibió el significado de la tarea que le incumbe. Ellos cavan en el lugar que les fue señalado; se detienen cuando las circunstancias los exigen, para retomar enseguida el trabajo con un nuevo ardor. En todos los países católicos el asalto es conducido simultáneamente o sucesivamente: contra la situación que el clero secular ocupaba en el Estado y en las diversas administraciones; contra los bienes que le permitían vivir, rendir a Dios el culto que le es debido, enseñar a la juventud y aliviar la miseria; contra las órdenes religiosas y las congregaciones. En lo que respecta a Francia, el plan general de la guerra que debía ser librada contra los católicos fue presentado en la Cámara de los Diputados el día 31 de mayo de 1883, por Paul Bert. En la ejecución de ese plan, Ferry, Waldeck, Combes, Loubet, Briand, Clemenceau no tuvieron ninguna política personal. Ellos ejecutaban aquello cuyas líneas el jefe misterioso trazara, yendo a consultar a sus subalternos, los depositarios del pensamiento, cuando quedaban vacilantes o complicados. Después de los doce primeros años de ese trabajo, el

---

[38] Esa apariencia exterior les era dada, a los ojos de la vidente, sin duda para indicar el lugar más o menos importante que ocupaban en la secta.

[39] En el prefacio de sus Obras Pastorales, monseñor Isoard escribió en 1884: “Los hombres que trabajan para apagar todo vestigio de religión en Francia conocen muy detenidamente, muy exactamente, lo que quieren hacer. Nunca pierden de vista el objetivo execrable que se determinan alcanzar. Ellos tienen un plan de campaña. Las grandes líneas de ese plan están trazadas definitivamente hace más de cien años. Las operaciones particulares están fijadas hace más de cuarenta años. Los menores detalles de ejecución están definidos hace catorce años.

episcopado de Francia pudo decir: “El gobierno de la República ha sido la personificación de un *programa* de oposición absoluta a la fe católica”. Desde entonces, cada año han asaltado una nueva parte del edificio levantado por nuestros padres, la Iglesia de Francia. Catalina Emmerich veía a los francmasones y a sus colaboradores distribuidos en diversos equipos, cada cual con una tarea determinada. Fue lo que vimos. Gambetta fue encargado de la declaración de guerra. Paul Bert llevó la picota a la enseñanza, Naquet a la constitución de la familia, Jules Ferry al culto, Thévenet, Constants, Floquet, etc. expulsaron al clero de todas sus posiciones; Waldeck-Rousseau atacó las congregaciones religiosas; Combes, Clemenceau, Briand, concibieron y buscaron la separación entre la Iglesia y el Estado.

Para los trabajos de demolición en el interior de la Iglesia también hay ingenieros que podemos fácilmente nominar: uno ataca la Sagrada Escritura, otro la teología, un tercero la filosofía, este la historia, aquel el culto. Sobre todo, hay asociaciones internacionales encargadas, como vimos, de diseminar en el público, y particularmente en la juventud, el espíritu refractario al dogma.

Ana Catalina, que así veía a los francmasones y sus cómplices o sus “inocentes útiles” se ensañaron en demoler la Iglesia, de dentro y de fuera, también veía al clero y a los buenos fieles esforzarse para obstaculizar el trabajo de ellos e incluso reconstruir las ruinas ya hechas, pero, dice ella, “con poco celo”. Le parecía que los defensores no tenían ni confianza, ni ardor, ni método. Ellos trabajaban como si ignorasen absolutamente de qué se trataba y cuán grave era la situación. “Era deplorable”[40].

Catalina Emmerich no fue la única persona a quien Dios hizo ver las tramas de la francmasonería, para con eso involucrarla en el combate a la secta a través de sus oraciones y sacrificios. Había en Roma una pobre mujer, madre de familia, de nombre Ana María Taigi, cuya vida fue publicada por el P. Calixte, trinitario, vida esta declarada “conforme a las piezas del proceso apostólico”. El 27 de julio de 1909, se realizó en casa del cardenal Ferrata, la reunión preparatoria para su beatificación. Su historiador cuenta: “Ella veía sobrenaturalmente las reuniones de los francmasones en las diversas partes del mundo; asistía a sus conciliábulos, tenía conocimiento de sus planes; y, en razón de esa visión, ella dirigía a Dios fervorosas oraciones y generosas inmolaciones. Nuestro Señor le dijo: “Yo te escogí para colocarte en el nivel de los mártires… Tu vida será un largo martirio para la sustentación de la fe”. Ella aceptó. Y en más de una ocasión Dios frustró los proyectos de la secta en consideración a sus méritos. Así, en los primeros días del pontificado del Gregorio XVI (1831), una revolución tuvo su punto de partida en Bolonia y se extendió gradualmente hasta las puertas de Roma. La intención era colocar a la ciudad eterna en revolución. Testimonios oídos en el proceso de beatificación afirmaron que, desde los primeros días de esa rebelión, Ana María predijo que fracasaría. Ella tuvo la garantía de que su sacrificio fue aceptado.

El principal esfuerzo de los demoledores fue siempre dirigido contra la ciudadela de la catolicidad. Ahí vimos que el Poder Oculto estableció la Gran Logia y, en la dirección de ella, el hombre que se hacia llamar por sus cómplices de Nubius. A su vez, Catalina seguía las intrigas hechas en Roma por un hombre poderoso. “Vi, dijo ella un día, al Papa en oración. Él estaba rodeado de falsos amigos. Vi, sobretodo, a un hombre negro trabajar para la ruina de la Iglesia con gran actividad. Él diligenciaba en cautivar a los cardenales a través de adulaciones hipócritas”. Nuestros lectores sin

[40] El 4 de diciembre: “Ella tuvo una visión y una advertencia relativamente a los varios sacerdotes que, no obstante eso dependiese únicamente de ellos, no daban lo que habrían podido dar con la ayuda de Dios; ella también vio que ellos habrían de prestar cuentas de todo el amor, todas las consolaciones, todas las exhortaciones, todas las instrucciones relativas a los deberes de la religión que ellos no nos dan, de todas las bendiciones que no distribuyen aun cuando la fuerza de la mano de Jesús estaba con ellos, de todo lo que dejan de hacer a la semejanza de Jesús (II p. 358).

duda recuerdan que, en la carta al prusiano Klauss, Nubius decía: "Algunas veces paso una hora de la mañana en la casa del viejo cardenal Somaglia, el Secretario de Estado; cavalgo, sea con el duque de Laval, sea con el príncipe Cariati, ocasión en que frecuentemente encuentro al cardenal Bernetti. De ahí corro para la casa del cardenal Palotta; después visito en sus células al Procurador General de la Inquisición, el dominicano Jabalot, el teatino Ventura o el franciscano Orioli. A la noche, comienzo en las casas de otros esa vida tan bien ocupada a los ojos del mundo". En esas visitas, en esas conversas, él jamás perdía de vista la misión que recibió, el objetivo que quería alcanzar y a respecto del cual decía a uno de los suyos: "Sobrecargaron nuestros hombros con un pesado fardo, querido Volpe".

El 15 de noviembre de 1819 la venerable dijo: "Tuve que ir a Roma (en espíritu, como siempre). Vi al Papa hacer demasiadas concesiones en importantes negocios tratados como heterodoxos. Existe en Roma un hombre negro que sabe obtener muchas cosas mediante adulaciones y promesas. Él se esconde detrás de los cardenales; y el Papa, en el deseo de obtener una cierta cosa, consintió en otra cosa que será explotada de manera nociva. Vi esto bajo la forma de conferencias e intercambio de escritos. Vi en seguida al hombre negro vanagloriarse lleno de jactancia delante de su partido. "Yo lo vencí, dijo él, luego veremos lo que le ocurrirá al Papa sobre el cual está construida la Iglesia". Pero él se vanaglorió temprano demás. Tuve que encontrarme con el Papa. Él estaba de rodillas y rezaba. Yo le dije (de la manera como ella misma ya explicó) aquello que yo estaba encargad de hacerle llegar a conocimiento. Y lo vi súbitamente levantarse y tocar la campaña. Mandó llamar a un cardenal a quien encargó retirar la concesión que hizo. El cardenal, oyendo eso, quedó completamente perturbado y preguntó al Papa de dónde de venía aquel pensamiento. El Papa respondió que nada tenía que explicar sobre eso. "Basta, dijo él, debe ser así". El otro salió enteramente estupefacto".

"Vi a muchas personas piadosas muy afligidas con las intrigas del hombre negro. Él tenía el aspecto de un judío".

En otro lugar ella habla aún de ese mismo personaje: "El pequeño hombre negro, que veo tan frecuentemente, *tiene a muchas personas que hace trabajar para él sin que ellas conozcan el objetivo*. Hay también cómplices suyos en la nueva Iglesia de las tinieblas", es decir, si no me engaño, en aquello que se llamó catolicismo liberal, después democracia cristiana y, finalmente, modernismo.

Otro día, hablando también del hombre negro, la venerable dijo: "Yo lo vi realizar muchas substracciones y falsificaciones". Ella lo veía, acrecienta su historiador, hacer desaparecer ciertas piezas, adulterar otras, conseguir la destitución de los hombres que lo incomodan en la realización de sus tentativas. Ella veía a consejeros del Papa engañados por las seducciones favorecer los planes de la secta. Ellos diligenciaban sustraer del conocimiento del pontífice las providencias adoptadas en un sentido hostil a la Iglesia, por ejemplo, aquellas destinadas a unir las creencias católicas, luterana y griega en una misma Iglesia, de la cual el Papa, destituido de todo poder secular, sería apenas el jefe aparente. Nuestros lectores saben que hoy la secta dilató sus ideas. Lo que ella quiere ahora no es solamente la fusión de las confesiones cristianas, es la destrucción de todas las barreras, dogmáticas y otras, para permitir a todos los hombres unirse en un catolicismo que, para contener a todos, no profesaría más nada, no exigiría más la adhesión a ningún dogma. "De un lugar central y tenebroso, decía además Ana Catalina (sin duda el lugar que el hombre negro presidía, o en el cual la Gran Logia deliberaba), veo partir mensajeros que llevan comunicaciones a diversos lugares (vimos en la correspondencia de uno de los miembros de la Gran Logia que ella mantenía, a través de los judíos que a ella pertenecían, relaciones con todos los países). Veo esas comunicaciones salir de la boca de los emisarios como un vapor negro que cae en el pecho de los oyentes y enciende en ellos el odio y la rabia".

Ella observó un día, en estos términos, los efectos de esa conspiración y de esa propaganda hasta en el clero: "Veo que en ese lugar se mina y se sofoca la religión tan hábilmente que resta apenas una centena de sacerdotes que no están seducidos (por las ideas modernas que los judíos declararon tener interés en propagar). No puedo decir cómo eso

es hecho, pero veo la neblina y las tinieblas esparcirse cada vez más". Ella acrecienta: "Espero poder ayudar a los que resisten a esas seducciones tomando sobre mí los dolores de la Pasión de Cristo". Y cuando ella dijo eso, se vio su cuerpo tomar la posición de una persona extendida sobre la cruz. Un sudor frío corrió por su frente, su lengua se entorpeció. Eso duró unos diez minutos y se repitió tres veces en el mismo día. Al fin, ella se abatió y quedó varios días en un estado de aniquilamiento del cual no salió sino a través de la bendición de su confesor. "Continúa, le dijo Jesús en una circunstancia semejante, continua rezando y sufriendo por la Iglesia. Ella arrebatará la victoria a pesar de sus momentáneas humillaciones, porque ella no es una institución humana".

Ana Catalina terminó el relato de su gran visión de 1820 con palabras de consolación. Después de haber dicho: "Tengo bajo los ojos el cuadro de los demoledores de la Iglesia de Pedro y las tramas del hombre negro", ella acrecentó: "Veo cómo al final María extiende su manto sobre la Iglesia y cómo los enemigos de Dios son expulsados". Acabamos de oír a nuestro Señor ponerle en el corazón la misma esperanza.

CAPÍTULO LXV

PREVISIONES DE LA ANTAGONISTA DE LOS FRANCMASONES

No pretendemos presentar las revelaciones de la venerable Ana Catalina Emmerich como artículos de fe; pero ninguno de nuestros lectores dejará de haber quedado espantado con la relación que ellas tienen, incluso en sus detalles, con los hechos conocidos más tarde; el que autoriza se concede cierta confianza en las predicciones que ella hace de los acontecimientos que aún están por venir[41]. “Yo veo, dijo ella un día, las tinieblas densificarse. Amenaza una gran tempestad, el cielo está cubierto de un modo pavoroso. Hay pocas personas que rezan y la aflicción de los buenos es grande[42]. Veo por todas partes las comunidades católicas oprimidas, humilladas, arruinadas y privadas de libertad. Veo muchas iglesias cerradas. Veo grandes miserias producirse en todos los lugares. Veo guerras y sangre derramada”.

Otro día: “Vi al pueblo feroz, ignorante, intervenir con violencia. Pero aquello no duró”. Otra vez, en la fiesta de San Miguel, en 1820: “Tuve la visión de una inmensa batalla. Toda la planicie estaba cubierta por un humo espeso. Los viñedos estaban llenos de soldados, de donde disparaban continuamente. Era un lugar bajo: se veían las grandes ciudades a lo lejos. Vi a San Miguel descender con una numerosa tropa de ángeles y separar a los combatientes. Pero eso sólo ocurrirá cuando todo estuviere perdido. Un jefe invocará a San Miguel y entonces la victoria descenderá”. Hablando en otro lugar de esa batalla que parece, en su pensamiento, debe poner fin al actual estado de cosas, ella también dice: “El arcángel San Miguel vendrá en socorro del generalísimo que lo invocará y le anunciará la victoria. Ya el 30 de diciembre de 1809 ella había dicho ver a San Miguel “suspendido sobre la iglesia de San Pedro, brillante de luz, usando una vestimenta roja sangre y sujetando en la mano un gran estandarte de guerra y asegurando en la mano un

---

[41] En las *Soirées de Saint-Pétersbourg*, el senador, después de haber recordado los presentimientos expresados por los paganos en los años que precedieron la venida del divino Salvador, dice:

“El materialismo, que mancha la filosofía de nuestro siglo, le impide ver que la doctrina de los espíritus, y en particular aquella del espíritu profético, es enteramente plausible por ella misma, y, además, la que es mejor fundamentada por la tradición más universal e imperativa que jamás hubo. ¿Pensáis que los antiguos hayan todos los estados de acuerdo en creer que el poder de la adivinación o profético era una característica innata al hombre? (En nota, numerosas referencias). Esto no es posible. Jamás un ser, y con más fuerte razón, jamás una clase entera de seres podría manifestar generalmente e invariablemente una inclinación contraria a su naturaleza. Ahora, como eterna enfermedad del hombre consiste en penetrar el futuro, es una prueba cierta de que él tiene derechos sobre ese futuro y que él posee medios de alcanzarlo, por lo menos en ciertas circunstancias…

“Si me preguntaseis qué es ese “espíritu profético”, responderé que “jamás hubo en el mundo grandes acontecimientos que no hayan sido predichos de alguna manera”. Maquiavelo es el primer hombre que conozco que ha anticipado esa proposición: pero si reflexionares en eso, vos mismo descubriréis que la afirmación de ese *piadoso* escritor está justificada por toda la historia. Tenéis un último ejemplo en la revolución francesa, predicha en todos los aspectos y de la manera más incontestable… ¿Por qué no queréis que sea de la misma manera hoy? El universo está a la espera. ¿Cómo despreciaríamos esa notable presunción? ¿Y con qué derecho condenaréis a los hombres que, advertidos por esas señales divinas, entregarse a sabias pesquisas?... Puesto que, de todos lados, una multitud de seres exclama en conjunto: ¡VENID SEÑOR, VENID!, ¿por qué censuráis a los hombres que se lanzan en ese futuro misterioso y se glorifican de adivinarlo…?”

Por encima de las *previsiones* de los hombres superiores por el genio, están las *profecías* de los santos, de los personajes que Dios favorece con comunicaciones sobrenaturales.

[42] En otro lugar: “Mi divino Esposo me muestra la tristeza del futuro. Veo cuán pocas personas rezan y sufren para desviar los males que están por venir”.

gran estandarte de guerra. Verdes y azules combatían contra los blancos que, parecían sufrir la derrota. Todos ignoraban por qué combatían. Entre tanto, el ángel descendió, fue a los blancos que yo vi varias veces al frente de todas sus cortes. Entonces ellos quedaron animados de un coraje maravilloso, sin que supiesen de dónde eso les venía. El ángel multiplicaba sus golpes entre los enemigos, las tropas enemigas pasaban para el lado de los blancos, otros huían para todos lados". El historiador de Ana Catalina acrecienta: "Ella ignoraba la época de esa batalla y de esa intervención celeste".

Así como la venerable Ana Catalina Emmerich previó, nos vimos las comunidades oprimidas. Asistimos a los inventarios de nuestras iglesias y a los progresos contra los padres que en ellas celebran la misa. Ellas no están cerradas, pero, legalmente, ellas no nos pertenecen más y el usurpador espera la hora propicia para expulsarnos. Las huelgas, que se multiplican por todas partes, presagian una insurrección general. Y la guerra está siempre amenazante, debiendo colocar en conflicto todos los pueblo y en cada nación la población entera está en armas.

Catalina Emmerich anuncia que cuando todo pareciere perdido, el arcángel San Miguel, invocado por uno de los generalísimos, vendrá a darle la victoria. Sería el inicio de las misericordias divinas.

En 1820, a finales de octubre, el estado de la Iglesia fue nuevamente mostrado a la venerable bajo la imagen de la basílica de San Pedro. Ella vio a las sociedades secretas extender sus ramificaciones por toda la tierra, y trabar contra ella una guerra de exterminio que le pareció tener relación con el imperio que establecerá el anticristo. Esa visión reproduce muchos aspectos semejantes a los que se encuentran en el Apocalipsis de San Juan. La pobre campesina no conocía, naturalmente, casi nada de la Sagrada Escritura, ni de cualquier otro libro. En ese éxtasis ella vio, como ya le había sido mostrado, la intervención de la Santísima Virgen. La Iglesia le pareció enteramente restaurada. Vio los trabajos de la secta destruidos y sus aventais y todos sus instrumentos quemados por la mano del verdugo en un lugar marcado por la infamia.

Tres meses antes ella había dicho: "Tuve de nuevo la visión de la Iglesia de San Pedro minada según el plan formado por la secta secreta. Pero también vi el socorro llegar en el momento de más extrema aflicción".

Varias veces sus visiones terminaron con la aparición de la Santísima Virgen que descendía del cielo y cubría con el mando de su protección a la Iglesia Católica figurada por la basílica de San Pedro. La principal de esas visiones es así relatada: "Ana Catalina vio la iglesia demolida por los francmasones y al mismo tiempo re erguida por el clero y por los buenos fieles, pero, dice ella, con poco celo". La parte exterior de la Iglesia ya estaba totalmente derrumbada. Sólo restaba de pie el santuario como el Santísimo Sacramento. "Yo estaba abrumada de tristeza y me preguntaba dónde estaba aquel hombre que yo había visto otrora permanecer sobre la Iglesia para defenderla, usando una vestimenta roja y asegurando una bandera blanca. Entonces vi a una mujer llena de majestad avanzar por la gran plaza que queda delante de la Iglesia. Ella tenía su amplio manto erguido sobre los dos brazos, y ella se levantó suavemente en el aire. Ella se posó sobre la cúpula y extendió sobre la iglesia, en toda su extensión, el manto que parecía faiscar de oro. Los demonios acababan de tomar un instante de reposo; pero cuando quisieron volver al trabajo les fue absolutamente imposible aproximarse del espacio cubierto por el manto virginal".

"Entretanto, los buenos se pusieron a trabajar con una actividad increíble. Vinieron hombres muy viejos, impotentes, olvidados, después muchos jóvenes fuertes y vigorosos, mujeres y niños, eclesiásticos y seculares; y el edificio fue luego enteramente restaurado. Vi todo renovarse y una iglesia que se erguía hasta el cielo. Cuando tuve ese espectáculo, no veía más al Papa actual, sino a uno de sus sucesores, dulce y severo al mismo tiempo. Él sabía unir a sí los buenos sacerdotes y apartar para lejos de sí a los malos".

"En cuanto a la época en que eso debe acontecer, no puedo indicarla".

En la fiesta de la Santísima Trinidad de ese mismo año, ella dijo: "Vi una imagen de ese tiempo *distante* que no puedo describir. Pero vi sobre toda la tierra la noche retirarse y la luz y el amor (la fe y la caridad) retomar una nueva vida. Tuve en esa ocasión visiones de toda especie sobre el renacimiento de las órdenes religiosas. El tiempo del anticristo no está tan próximo como algunos creen. Habrá aún precursores, y vi en dos ciudades doctores de escuela de los cuales podían salir esos precursores". De otra parte, la francmasonería no será completamente aniquilada. Oímos a Ana Catalina decir que ella prepara la venida del anticristo, aquí ella dice: "Los hombres de mandil blanco continuarán trabajando, pero sin ruido y con gran circunspección. Ellos están temerosos y tienen siempre el ojo a la espera". Después del triunfo de la Iglesia, después de la renovación de todas las cosas en Cristo, ellos continuarán existiendo, reclutando, como hicieron después del Concordato y la Restauración, pero en medio de un misterio mayor y más impenetrable que nunca, hasta la proximidad del día en que el hombre del pecado vendrá a coronar su obra, para ser enseguida el mismo vencido por el propio Cristo triunfante en medio de sus elegidos. La próxima victoria no será la última. Y esa gloria que esperamos, el divino Salvador quiso dejarla a su Madre, según lo que dijo en el primer día: *Ipsa conteret caput tuum.*

Hace más de veinticuatro años que Catalina Emmerich es favorecida con esas visiones sobre el futuro, que ella describe al salir de los éxtasis y que Clément Brentano consigna en sus notas bajo su dictado: ¿cuáles eran en eso los designios de Dios? No se ve otro que el sustentar el coraje en los días de la gran probación a través de la garantía dada de que ella terminará súbitamente cuando todo pareciere perdido, por la intervención de la Inmaculada.

Otras personas recibieron y nos dieron las mismas esperanzas. En 1830 una Hija de la Caridad, Catalina Labouré recibió de la Santísima Virgen la confirmación de una sucesión de acontecimientos futuros, unos infelices, otros felices.

En una primera aparición, el 18 de julio de 1830, la Virgen Inmaculada dijo que el mundo estaba amenazado de desórdenes generales. En la segunda, el 27 de noviembre del mismo año, Ella le mostró la causa: el mundo volverá a colocarse bajo el imperio de Satanás. Pero al mismo tiempo Ella mostró que intercedía por él y lo presentaba a Dios bajo la forma de un globo, con sus manos virginales. Su oración fue oída, porque abundantes gracias se derramaron de sus manos sobre el globo y particularmente sobre un punto de Francia[43]. Pero a su oración es necesario que se junte la nuestra y por eso fue mandado a la hermana Labouré hacer acuñar y difundir por todas partes una medalla con esta inscripción: "¡Oh María concebida sin pecado, ruega por nosotros que recurrimos a vos!".

Es, pues, para María que debemos dirigir la mirada y hacer subir nuestras oraciones. "Si Dios salva al mundo y Él lo salvará, dijo Dom Guéranger[44], la salvación vendrá por la Madre de Dios. Por Ella, el Señor extirpó los espinos y las espinas de la gentilidad; por Ella triunfó Él sucesivamente sobre todas las herejías; hoy porque el más está en su cúmulo, porque todas las verdades, todos los deberes, todos los derechos están amenazados del naufragio universal, ¿todo esto es razón para creer que Dios y su Iglesia no triunfarán una última vez? Es necesario confesar, existe materia para una gran y solemne victoria, y es por eso que nos parece que nuestro Señor reservó toda la honra de esa victoria a María;

[43] Después del relato de la gran batalla en que los buenos triunfan por el socorro de San Miguel, Ana Catalina acrecienta: "Cuando el ángel descendió desde lo alto de la iglesia vi, encima de él, en el cielo, una gran cruz luminosa a la cual el Salvador estaba atado; de sus llagas salían rayos resplandecientes que se esparcían por el mundo. Los rayos de las manos, del costado y de los pies tenían el color del arco iris; se dividían en líneas muy tenues, algunas veces ellas se reunían y alcanzaban las aldeas, las ciudades, casas sobre toda la superficie del globo. Los rayos de la llaga del costado se derramaban sobre la Iglesia colocada debajo, como una corriente muy abundante y larga. La Iglesia estaba toda iluminada, y vi a la mayor parte de las almas entrar en el Señor a través de esa corriente de rayos.
"Vi también en la superficie del cielo un corazón resplandeciente del cual salía un camino de rayos que se esparcían sobre la Iglesia y sobre muchos países. Se me dijo que ese era el corazón de María".

[44] Prefacio para la obra del P. Poiré, *La Triple Couronne de la Mère de Dieu*.

Dios no retrocede, como los hombres, delante de los obstáculos. – Cuando llegaren los tiempos, la serena y pacífica Estrella del Mar, María, se levantará sobre ese mar proceloso de las tempestades políticas y las ondas tumultuosas, espantadas por reflejar su suave brillo, se volverán calmas y sumisas. Entonces no habrá sino una voz de reconocimiento que subirá a Aquella que, una vez más, habrá aparecido como la señal de paz después de un nuevo diluvio. María es la llave del futuro, como Ella es la revelación del pasado".

Monseñor Pie, casi en la misma época, decía en la Iglesia de Notre-Dame de Poitiers:

"La propia magnitud de nuestros males es la medida de las gracias que nos están reservadas. María Inmaculada *fue colocada como un arco luminoso en la nube, y ese arco es una señal de la reconciliación, de la alianza entre Dios y la tierra*. Por negras que sean las nubes acumuladas sobre nuestras cabezas, y que son como una cortina que nos impide percibir cualquier claridad en el cielo, no me inquieto porque Dios declaró que a la vista del arco, Él se recordaría de su promesa y que ninguna inundación universal volvería a destruir la tierra… *Está en el destino de María ser una aurora divina*".

Mucho antes de que estos y tantos otros que hablaron en el mismo sentido, la propia María dijo a Santa Brígida: "Soy la Virgen de la cual nación el Hijo de Dios. Permanecía al pie de la cruz en el momento en que Él triunfó del infierno y abrió el cielo derramando la sangre de su divino Corazón… Vigilo al mundo e intercediendo junto a mi Hijo. Soy semejante al arco iris que parece descender de las nubes a la tierra para tocarla en sus dos extremidades; porque me inclino hacia los hombres y mi oración alcanza a los buenos y a los malos. Yo me inclino en dirección a los buenos para mantenerlo en la fidelidad a las enseñanzas de su Madre, y me inclino en dirección a los malos para sacarlos de su malicia y preservarlos de una perversidad mayor… El hombre que pone sus preocupaciones en fortalecer los fundamentos de la Iglesia puede contar en su flaqueza con la ayuda de la Reina del cielo"[45].

En el momento actual, todos los verdaderos hijos de María tienen su mirada vuelta para la Virgen Inmaculada. Es con ella que cuentan para fortalecer los fundamentos de la Iglesia y disipar la pestilencia que las logias masónicas y los antros de la cábala que se extiende por toda la tierra. Todas las almas que permanezcan verdaderamente cristianas están actualmente volcadas con invencible esperanza para la abogada del género humano, la todopoderosa medianera entre el divino Redentor y los redimidos. Todos sienten que, sola, María puede frustrar las gigantescas conspiraciones formadas contra Cristo y contra su Iglesia. Apresuremos, mediante las oraciones más fervorosas que nunca, la hora de esa liberación.

[45] Apoc. 4, 18 y 3, 10.

SOLUCIÓN DEL ANTAGONISMO ENTRE LAS DOS CIVILIZACIONES

CAPÍTULO LXI

I. PREMONICIONES DIVINAS

Algunos se habrán sorprendidos en vernos, en estos tiempos de escepticismo, proponerles que tomen atención a las palabras de una vidente. No deben perder de vista que la lucha trabada entre la civilización cristiana y la civilización pagana no debe ser encarada solamente en los hechos que registra la historia y de los cuales ella es testigo, sino en sus causas. Esas causas las mostramos en el propio origen del mundo, en el don de la vida sobrenatural que Dios quiso hacer a la humanidad, al igual que el mundo angélico, y en la oposición que los hombres, así como los demonios, dando oídos su orgullo y a las insinuaciones de Lucifer, hacen a las propuestas de la bondad divina. La lucha que vemos sobre la tierra no es sino el resultante de aquella trabada en las regiones misteriosas entre Satanás y sus secuaces, los cabalistas y los francmasones, de un lado, y del otro los santos y su reina, la Madre de la divina gracia.

Hemos tenido que abrir los ojos de nuestros lectores el capítulo doce del Apocalipsis de San Juan. Debemos volver a él.

En ese capítulo, dijimos, San Juan nos transporta simultáneamente a dos campos de batalla, uno sobre la faz de la tierra, otro en las profundidades del cielo. Él despliega a nuestros ojos la doble lucha que el dragón inició en lo alto contra Miguel y sus ángeles y aquella que sostiene contra la Mujer, Madre de Aquel al cual pertenece el gobierno de todas las naciones. La escena celestial y la escena terrestre parecen incluso confundirse, y lo que les imprime el trazo de unión es la Mujer, que aparece en una y la otra. En el cielo como en la tierra, el dragón se mantiene delante de Ella, esperando la hora del nacimiento del Hijo, el Hijo del cielo, nuestro Señor Jesucristo, el hijo de la tierra, la raza de los que se oponen acá abajo a Satanás bajo la bandera de María.

Varios aspectos de esa visión pueden ser aplicados a la Santísima Virgen, pero par poder tener en consideración todos los aspectos de la imagen simbólica que es presentada aquí, es preciso aplicarlo a la *Iglesia*: la Iglesia, que comenzó en el paraíso terrestre, se desarrolló a través de los periodos patriarcas y mosaico y alcanzó su forma definitiva en el catolicismo y es la *humanidad* (1° aspecto) *elevada* por Dios a una condición superior, al estado sobrenatural (2° aspecto). Ella nos es representada como dando a luz al Rey al cual el salmo 2, 9 promete la victoria sobre las naciones, es decir, Cristo. En efecto, la humanidad elevada y santificada, debe *producir al Cristo integral* (3° aspecto): primero el propio Jesucristo, que es verdaderamente *Hijo del hombre* y, como tal, pertenece a la *raza de la mujer*; después todos los elegidos, miembros del cuerpo místico de cual Él es la cabeza, con los cuales Él y su Madre deben aplastar la cabeza de la serpiente y reinar como vencedores sobre la humanidad rebelde a Dios[1].

Después de haber mostrado a la francmasonería en su organización, en sus obras, en sus aspiraciones, en sus maestros y en su jefe, debíamos, pues, trasportar el pensamiento de nuestros lectores para las regiones místicas en que las almas privilegiadas entran en lucha directa con Satanás y los suyos para oponerse a las obras de ellos y destruirles los efectos.

---

[1] Santa Biblia, versión francesa según los textos originales, t. VIII, *Apocalipsis*, P. Peffard, S.J.

La conclusión de ese estudio fue el anuncia discreto de acontecimientos formidables que terminarían con el triunfo de los Hijos de Dios y la renovación del orden cristiano perturbado desde el Renacimiento. Si meditáramos en la duración del periodo que deben contener y en la grandeza del objeto en litigio, no nos espantaremos, comprenderemos bien que esos acontecimientos deben estar enteramente fuera del orden ordinario de las cosas, y que ellos sean de aquellos con los cuales Dios juzgó deber prevenirnos.

Frecuentemente Él ha tenido la bondad de condescender al deseo del corazón humano impaciente en conocer sus destinos. En los largos siglos que precedieron la venida del Mesías, Él confortó la espera a través de promesas que eran renovadas sin cesar. Él anunció acontecimientos en los cuales ellas deberían concretizarse, determinó los tiempos y los lugares en que deberían realizarse.

Viniendo el Mesías, realizada la expiación, merecida la salvación, Dios podía dejar la Redención extenderse de pueblo en pueblo, ganar las generaciones una después de otras sin manifestaran el plan según el cua se realizaría la obra del divino Salvador. Entre tanto, Él lo hizo a través del libro que dictó en la isla de Patmos al apóstol bien amado.

Y ahora, muchos hechos nos permiten creer que después de esa revelación fundamental Él no se confinó a un silencio absoluto. Días oscuros y días terribles debían venir en los cuales el coraje de los hijos de Dios debería ser sustentando. En esas coyunturas, hombres, mujeres de rara virtud, cuya santidad, por lo menos relativamente a varios de ellos, fue testificada por decretos de canonización, dijeron: Dios me manifestó sus caminos y esto es lo que sucederá.

La Iglesia no nos dice, relativamente a ninguno de esos profetas, aquello que Ella dijo de los del Antiguo Testamento y de los apóstoles: el Espíritu Santo se apoderó de sus inteligencias y les dictó estas palabras[2]. Pero ella afirma que el don de la profecía, así como el don de los milagros, es permanente entre los hijos de Dios, que se manifestaron en el pasado y que continuarán manifestándose en el futuro. Podemos, por tanto, abrir los libros en que santos personajes consignaron aquello que vieron o creyeron ver acerca de los designios de Dios, da la conducta de su Providencia y procurar descubrir ahí lo que debe resultar de los acontecimientos que presenciamos.

En esa investigación, dos defectos deben ser evitados: confiar en cualquiera que se presente como profeta, ver en todo lo que es dicho en la revelación de lo que acontece en el tiempo en el cual se vive.

Jamás perdamos de vista en un estudio de ese género la palabra del salmista: “Dios existe desde toda la eternidad; mil años pasan delante de Él como el día de ayer que ya pasó o como la vigilia de la noche que llega”. Por consiguiente, no nos espantemos si, hablando a los suyos, Él los entretenga con acontecimientos que se realizarán a largo plazo, con acontecimientos que abarcarán a veces varios siglos. Es preciso hacer que los espíritus de ellos se eleven por encima de los tiempos, y es a esa altura que debemos elevarnos si queremos tener la comprensión de aquello que nos fue anunciado por ellos, ya desde el siglo XI.

Ellos vieron en espíritu el largo esfuerzo del naturalismo para implantarse en la cristiandad, esfuerzo de cinco siglos, cuyas últimas energías presenciamos.

¡Cinco siglos!

Si el hecho no estuviese ahí, tendríamos dificultad en creer en un combate tan largo. Sin embargo, ¿no se niega esa cosa que ultrapasa a todas las otras: el futuro de la humanidad, no solamente en el tiempo, sino en la eternidad?

[2] Según la doctrina de la Iglesia, las revelaciones hechas a un particular tienen apenas un valor privado, no comprometiendo la creencia de nadie, y sirven apenas para la edificación personal de los fieles, y la Iglesia, cuando las aprueba, no hace más que reconocer que en esas páginas no se encuentra nada que se oponga a la fe o moral cristianas.

Entre nosotros, uno de los principales elementos de la grandeza de una obra es el tiempo que ella exige, la duración necesaria a su realización. Pero ¿qué son nuestros cinco siglos de lucha ante la vista de las sublimidad del duelo establecido entre Lucifer y el Hombre-Dios y entre aquel que ve los ejércitos de satanás atacar a los ejércitos de Miguel para robarles el don que los diviniza? Y en cuanto a lo que sucedió en el Edén, sin duda la Sagrada Escritura nos presenta el relato en términos que lo colocaban a la altura de las inteligencias primitivas para las cuales fue inicialmente formulado; pero no tenemos dificultad en concebir cuál fue la magnitud del drama que debía tener tan grandes consecuencias para todo el género humano y para toda la secuencia de los siglos.

La probación a la que está sometida la cristiandad desde el siglo XIV, el cerco de la Iglesia por la secta masónica, la invasión progresiva del naturalismo en la ciudad de Dios a través del Renacimiento, después por la Reforma, después por el filosofismo, después por la Revolución, corresponde, en su amplitud, a la magnitud de los dramas precedentes.

Un pensamiento, sin embargo, se presenta. ¿Cómo Dios, en su infinita bondad, pudo dejar durar así un escandalo bajo el cual tantas almas tropezarán?

No existe otra respuesta que la del Espíritu Santo a través de la boca de Salomón en el Antiguo testamento y de la de San Pablo en el Nuevo:

"¿Qué hombre puede conocer los designios de Dios?
¿Quién puede penetrar en las determinaciones del Señor?
Tímidos son los pensamientos de los mortales,
E inciertas nuestras concepciones.
Mal podemos comprender lo que está sobre la tierra,
Difícilmente encontraremos lo que tenemos al alcance de la mano.
¿Quién, por tanto, puede descubrir lo que ocurre en el cielo?"[3].

Y el apóstol:

"¡Oh abismo insondable de la sabiduría y de la ciencia de Dios! Cuán impenetrables son sus juicios e incomprensibles sus caminos. ¿Quién puede comprender el pensamiento del Señor? ¿Quién jamás fue su consejero? De Él, por Él y para Él son hechas todas las cosas"[4].

Pero, si Él hizo todas las cosas para su gloria, Él también las hizo para nuestra salvación; y ¿quién osaría decir que el número de los santo, el número de aquellos que gozarán de la eterna beatitud habría sido mayor durante esos cinco siglos, y que sus virtudes hubieran sido más heroicas y su gloria más ilustre si sus vidas hubiesen transcurrido en una paz sin estímulos y sin combates? Y después, en la consideración de las obras de Dios es preciso saber no limitar sus horizontes. Qué son cinco siglos de luchas comparados con cincuenta, sesenta siglos, tal vez más, que tuvieron que esperar la venida del divino Redentor, comparados a esos, más numerosos de lo que podemos suponer, los que deben beneficiarse de los frutos de su Redención? Ese pensamiento no es temerario: ¿No nos enseñó el Espíritu Santo que Él gobierna todas las cosas con medida, número y peso?

Dios se cierne por encima del inmenso campo de batalla que abarca toda la creación, el único eterno, el único principio de todo el ser, de las substancias espirituales como de las materiales: autor de todo lo que hay de existente en los demonios como en todas las otras criaturas, Él domina a los combatientes desde los pináculos de la altura de su Ser

[3] Sab. 9.
[4] Rom. 9, 33-36.

infinito. Él no está comprometido en la lucha, cualesquiera que sean las vicisitudes; Él no puede ser perturbado por ellas, o mejor, Él las dirige para sus objetivos "con fuerza y suavidad", es decir, con un poder de un éxito infalible, no obstante respetando la libertad de todos.

Si es cierto que la lucha a la que asistimos hoy se remonta al Renacimiento, nada de espantoso que Dios haya desde aquella época trazado sus diferentes fases. El tiempo absolutamente no es para Dios lo que es para nosotros. Él existe desde toda la eternidad; mil años pasan delante de Él como el día de ayer que ya pasó o como la vigilia de la noche que llega. Esto es lo que el hombre no debe cesar de decirse a sí mismo cuando considera las revoluciones que transforman el mundo y cuando busca comprenderlas. Millares de años tuvieron que pasar antes que se pudiese cumplir la promesa de un Redentor hecha a Adán. ¡Cuántos otros millares, cuántas luchas y vicisitudes exige la Redención para llegar a su término, para triunfar de aquello que el pecado original colocó en el corazón del hombre, para cumplir en toda su extensión y perfección los designios de la bondad infinita!

Así, acojamos con naturalidad las palabras de esperanza y de reconforto que grandes servidores de Dios nos trajeron, y creamos de buen grado que ellos eran sus embajadores cuando, en la entrada de ese largo periodo de luchas, en que lo natural quería sofocar lo sobrenatural, en que Satanás quería triunfar sobre la Virgen, ellos vinieron a decir: Nada temáis, Dios está con vosotros, Él es el soberano Señor de todas las cosas, Él sabrá transmudar en ventajas para vosotros y para su gloria la maldad del demonio.

"Nuestro siglo, dice monseñor Roess, obispo de Estrasburgo, tiene particular necesidad de saber que Dios dirige todos los acontecimientos de este mundo por su divina Providencia, y que, si Él mucho quiere dar a conocer sus designios a la humanidad es a las almas humildes que Él los revela". Y monseñor Vibert, obispo de Saint-Jean-de-Maurienne: "Dios prueba por esas profecías, que todo está sometido a su gobierno; y para que la prueba sea más completa, Él casi siempre se sirve, para anunciar los mayores acontecimientos, de aquellos que son pequeños y sin valor según el mundo: *Revelasti ea parvulis*". Monseñor Marinelli, obispo de Syra, dice a su vez: "En el inmenso amor que Dios da a su Iglesia, obra de sus manos, y a los hombres, los cuales, en la mayor parte del tiempo, son ingratos, pero que no por eso son menos criaturas suyas, Él se dignó predecir y anunciar a los mortales, a través de la boca de sus profetas, desde el comienzo del mundo, y en el Antiguo Testamento, verdadera figura y tipo de su Iglesia y en el Nuevo Testamento, las vicisitudes de la Santa Iglesia, las tribulaciones y los males que, en todas las épocas y sobre todo, en el fin de los tiempos, debían castigar y oprimir el mundo, a fin de mantener a los hombres en vigilancia contra Satanás y sus emisarios, y disponerlos a prevenir, por la penitencia y por la humildad, los golpes suspendidos por la justicia divina sobre la cabeza de los malos. Fue así que, por una particular providencia, Dios quiso hacer preceder, en todos los tiempos, las grandes catástrofes del mundo y las grandes tribulaciones de la Iglesia, de señales precursoras y de predicciones, porque los golpes previstos por anticipación son menos terribles de soportar, dice San Gregorio Magno".

Hace cinco siglos que, bajo la dirección de Lucifer y a través de la acción de las logias, el judaísmo, el protestantismo y el modernismo, ayudados por todas las pasiones y por todos los vicios, asaltan la civilización cristiana. Hoy, reunidos, sus batallones realizan el supremo esfuerzo para substituir la religión divina por la religión de la humanidad y entregar a Satanás la dirección de las almas y de los pueblos.

Esta vez, piensan ellos, el compromiso es definitivo, porque el maestro de ellos conoce la palabra del apóstol: "Es imposible que aquellos que fueron una vez iluminados, saborearan el don celestial, participaran de los dones del Espíritu Santo, experimentaran la dulzura de la palabra de Dios y las maravillas del mundo venidero, y que, a pesar de eso cayeron en la apostasía, se renueven otra vez por la penitencia, visto que, de su parte, crucificaron de nuevo al Hijo de Dios y lo entregaron a la ignominia. El terreno que recibe lluvias frecuentes y provee al agricultor buenas cosechas es

bendecido por Dios; pero lo que produce sólo espinas y abrojos es juzgado de mala calidad y no tarda en ser maldecido y acabará siendo quemado”[5].

¿Sera esta la suerte de la actual generación? ¿Estamos siendo juzgados por haber “despreciado las riquezas de la bondad, de la paciencia y de la longanimidad divinas”?[6] Hay quienes piensan así y no son de los menos esclarecidos.

Después de la Revolución, el naturalismo se apoderó de todo el organismo social. Si él no puede gobernar todas las existencias individuales, él quiere ser la ley de los Estados y el principio regulador del mundo moderno. La noción secular del Estado cristiano, de la ley cristiana, del príncipe cristiano, noción tan magníficamente establecida desde los primeros tiempos del cristianismo, fue abolida, al parecer, para siempre. La secularización de todo el orden social es la palabra de orden dada, aceptado y cuya realización se busca con una perseverancia que jamás se cansa hace más de un siglo y que acaba de llevar a Francia a la separación entre la Iglesia y el Estado, esto es, a una especie de apostasía. Además, en todo lugar los gobernantes y los pueblos, impregnados de esa doctrina de que el elemento civil y social dependen sólo del orden humano, se levantaron contra Dios y contra su Cristo, quiebran sus lazos, sacuden el yugo de aquello que llaman superstición. Ellos llegaron no solamente a la negación de todo orden y de todo ser sobrenatural, sino que a la deificación del hombre que substituyó a Dios.

A través de la escuela ellos aprendieron el medio de hacer su obra perpetua e indestructible.

Ellos van más lejos que Satanás. Jamás Satanás negó a Dios. Él no podía: su naturaleza tan elevada y, por consiguiente, tan esclarecida, no lo permite. Ellos, abusando de la flaqueza intelectual del niño, no se contentan en introducirle en el alma el desprecio de la Iglesia, a sus enseñanzas, a sus sacramentos, a todo lo que constituye lo sobrenatural. Ellos niegan no solamente a Cristo, autor de la gracia, sino a la propia existencia de un Dios creador. Y como la idea de Dios no deja de estar presente en el espíritu humano, en las regiones superiores de la enseñanza ellos dan respuesta a ella. Dios, dicen ellos, no es otra cosa sino el mundo concebido por nuestro espíritu *bajo su forma ideal* y el mundo no es nada más que el propio Dios, percibido por nosotros *en su realidad*.

Fue en esa doctrina que desembocó el modernismo que su santidad el papa Pío X puso al desnudo en la encíclica *Pascendi*, persiguiéndolo, diezmándolo, anatematizando a todos y cada uno de sus instrumentos de erudición y de raciocinio.

¿Ya no alcanzamos el fondo del abismo? ¿Qué más tiene que suceder para temer las amenazas que San Pablo acaba de hacernos oír? La profecía de Daniel está realizada en toda su extensión: “*Et elevabitur et magnificabitur adversus Deum, et adversus Deum deorum loquetur magnifica*. El hombre se levanta contra el Señor; él proferirá contra el Dios de los dioses orgullosas insolencias, y veremos la apoteosis del hombre con exclusión de toda divinidad”.

¿Qué esperar en ese estado sino el rayo que aniquila? El mundo no tiene más razón de ser si pretende continuar así.

¿Se convertirá? ¿Se volverá a Dios para decirle la oración que Jeremías le dirigió después de sus lamentaciones?

“Tú, Jehová, reinas eternamente.
Tu trono subsiste de generación en generación.
¿Por qué nos olvidaríais para siempre?
¿Nos abandonaríais por toda la duración de nuestros días?

[5] Heb. 6, 4-8.
[6] Rom. 2, 4.

Haznos volver a ti, oh Jehová, y retornaremos;
Danos otros días como aquellos de otrora".

Este es el gran enigma del día de hoy. Los pueblos cristianos se convertirán y el mundo podrá gozar los largos siglos de prosperidad temporal y espiritual que algunos esperan; o él perseverará en su apostasía y entonces Dios castigará el mundo.

¿Cuál de las dos soluciones veremos realizarse en un futuro próximo?

¿Quién puede decirlo si consulta apenas a su propia sabiduría? Las misericordias de Dios son infinitas y la malicia del hombre excitada por la perversidad de Satanás son conoce límites. Entre tanto, Dios nos hace repetidos avisos, los más urgentes convites: el Sagrado Corazón, la Inmaculada Concepción y hoy la canonización de Juana de Arco. ¿Acabaremos por seguirlos, o seremos como las aguas que jamás vuelven a sus fuentes? ¿La historia presenta el ejemplo de un pueblo desviado que haya retornado al camino? Después de las reacciones, reacciones de un día que se sigue a las catástrofes, vemos los pueblos rencontrar aquello que eran antes de ellas.

Es nuestra realidad de ayer y de hoy.

¿Dios, en su predilección, haría por nosotros una excepción a la ley de la historia?

Hay quienes cargan esa esperanza en el corazón y que la manifestaron

"Para responder a las oraciones de los santos, dice Saint-Bonnet, Dios nos llamará de las fronteras de la nada, y el género humano, estupefacto por la iniquidad cometida al renegar de su Creador y su Redentor, esclarecido sobre la inutilidad de su largo querer, de sus esfuerzos inútiles para colocar el paraíso en la tierra, dejará caer su orgullo y retornará a las fuentes de la vida. Las generaciones que en seguida serán llamadas a completar el número de los electos permanecerán para siempre edificadas con la grandeza de ese triple espectáculo: una profundidad de la malicia humana que no tendrá como igual sino la impotencia a la que se verá reducida; al vacío en el cual habrá momentáneamente entrado la civilización que se desvinculó de la fe; después, como en los días de Noé, un milagro de la bondad que interviene para que el hombre aún subsista".

"Esto ocurrirá, dice el santo papa Pío X, a través de un prodigio que llenará al mundo de admiración".

J. de Maistre dijo bien antes de él: "No dudo de manera ninguna de algún acontecimiento extraordinario" para poner fin a la presente situación.

Extraordinario, e incluso prodigioso, no quiere decir fenomenal. ¿Qué hay de más extraordinario y de más prodigioso en la historia de Francia incluso, podemos decir, en la historia del mundo, de que la intervención de Juana de arco en el momento en que iba a comenzar para la cristiandad la gran tentación que terminará, quien sabe, con su glorificación sobre nuestros altares? ¿Y qué hay al mismo tiempo de más simple y de más fácil a Dios que tomar una pequeña campesina del medio de su tropa y darle sus luces para conducir a buen término la expulsión de los ingleses del suelo de Francia o para librarnos de la tiranía de los francmasones, de los judíos y de Satanás?

Si creemos en los santa, ese momento vendrá, ese momento está próximo.

CAPÍTULO LXII

II. VOCES DE LOS SANTOS

Ya en el siglo XII Dios se manifestó a Santa Hildegarda, abadesa benedictina, y gran profeta del Nuevo Testamento, como la denominaron sus contemporáneos, ese drama que debía ocupar cinco a seis siglos de la historia humana. San Bernardo, los papas Eugenio II, Anastasio IV y Adriano IV declararon, sucesivamente, que sus revelaciones tenían a Dios como autor. Sus obras fueron publicadas en la patrología de Migne, tomo CXCVII[1].

En una carta dirigida al clero de Colonia y en otras al de Tréveris, ella anunció el protestantismo, hijo del Renacimiento. Ella indicó sus causas y sus autores. "Esos impostores, dice ella en la primera de esas cartas, no son aquellos que deben preceder el último día, pero son su germen y sus precursores. Sin embargo, su triunfo tendrá sólo un tiempo. *Después vendrá la aurora de la justicia, y vuestro fin será mejor que el de vuestro comienzo. Instruidos por todo el pasado, resplandeceréis como oro muy puro, y permaneceréis así por muchísimo tiempo*". Es el clero al que ella le habla. Continua: "El pueblo espiritual será fortalecido en la justicia a través del terror de los flagelos pasados, así como los ángeles fueron confirmados en el amor de Dios por la caída del diablo… Y los hombres se admirarán de cómo una tempestad tan fuerte haya podido terminar en una tal calma… y es así que el resultado final de ese error será la confusión del siglo".

En la segunda carta ella anuncia igualmente una era de renovación en la cual la virtud reflorecerá como en los más bellos días de la Iglesia.

En el *Libro de las Obras Divinas*[2] ella anuncia la desintegración del Sacro Imperio Romano, la hostilidad creciente contra el jefe de la Iglesia por parte del poder secular y la ruina del poder temporal de los Papas. Después dice: "Cuando el temor de Dios fuese puesto completamente de lado, guerras atroces y crueles surgirán sin cesar, una multitud de personas será inmolada, y muchas ciudades se transformarán en un monte de ruinas. Hombres de una ferocidad sin igual, suscitados por la justicia divina, se burlarán del reposo de sus semejantes. Así ha sido desde el comienzo del mundo: el Señor entregará a nuestros enemigos el látigo de hierro destinado a vengarlo de nuestras iniquidades. Pero cuando la sociedad finalmente fuere completamente purificada por esas tribulaciones, los hombres, fatigados de tantos horrores, retornarán plenamente a la práctica de la justicia y se alinearán fielmente bajo las leyes de la Iglesia que nos hacen tan agradables a Dios… La consolación sustituirá entonces la desolación, los días de la cura harán olvidar, por su prosperidad, las angustias de la ruina… En ese momento de renovación, la justicia y la paz serán restablecidas mediante decretos tan innovadores y tan inesperados, que los pueblos arrebatados de admiración confesarán que nada semejante

---

[1] Santa Hildegarda tenía apenas cinco años cuando el Espíritu Santo la arrebató en una visión sobrenatural que sólo terminó con su vida. Treinta y seis años más tarde, el Espíritu Santo la inundó con luces e hizo de ella una doctora de la Iglesia. Sus primeras revelaciones forman el libro Scivias, sigla de *Scito vias (Domini). Aprende los caminos del Señor*. Es una especie de epopeya en la cual se desarrolla toda la historia de la humanidad desde la creación del mundo hasta la consumación final. Las tres primeras visiones consignadas en ese libro revelaron a la santa el final de los tiempos y la hicieron entrever el paraíso. A la edad de sesentaicinco años ella contempló y demoró durante siete años las visiones del *Liber divinorum operum* (*Libro de las Obras Divinas)*. La décima y última visión de la obra es otra revelación de los últimos tiempos del mundo. Además de esas obras, se tienen de ella un gran número de cartas, porque ella mantenía correspondencia con los papas, cardenales, obispos, doctores de París, reye, reinas, los grandes de toda Europa, hasta Constantinopla y Jerusalén. Ella nació por cerca del año 1100.

[2] Parte III, visión X, c. 25, 26.

se vio hasta entonces… Los judíos se reunirán a los cristianos y reconocerán con alegría la venida de Aquel que hasta entonces negaban haber venido a este mundo… Entonces surgirán santos admirablemente dotados del Espíritu de Dios, y se verá un superabundante florecimiento de todo género de justicia en los hijos y en las hijas de los hombres… Los príncipes rivalizarán en celo con sus pueblos para hacer reinar por todas partes la ley de Dios… Los judíos y los herejes no podrán límites a su entusiasmo. "Por fin, exclamaran, ha llegado la hora de nuestra propia justificación, las cadenas del error cayeron a nuestros pies, repelimos para lejos de nosotros carga tan pesada de prevaricación".

"Sin embargo, incluso en esos días, añade Santa Hildegarda, la justicia y la piedad tendrán a veces sus momentos de fatiga y languidez, pero para retomar luego su forma primitiva; la iniquidad levantará a veces la cabeza, pero será de nuevo postrada, y la justicia se mantendrá tan firme y tan fuerte que los hombres de ese tiempo retornarán con toda honestidad a las antiguas costumbres y a la sabia disciplina de los tiempos antiguos. Los príncipes y los poderosos, así como los obispos y los superiores eclesiástico, adoptarán el ejemplo de aquellos de entre ellos que observaren la justicia y llevaren una vida loable. Lo mismo ocurrirá entre los pueblos, que trabajarán para la mejoría uno de los otros, porque cada cual observará como éste o aquel se aplican en la práctica de la justicia y de la piedad".

A conjuração anti-cristã triunfará, no entanto, uma última vez, com o Anticristo, cuja vinda, reinado e extermínio Santa Hildegarde também descreve.

Esa sorprendente profecía de una santa del siglo XI aún no fue realizada. Ella se refiere evidentemente a nuestro tiempo, puesto que acaba de hablar de la ruina del poder temporal de los Papas. Ella parece venir en apoyo de nuestra tesis que considera lo que ocurre en la catolicidad desde el siglo XIV hasta nuestros días, Renacimiento, Reforma, Revolución, como una sola y misma probación, la tentación del naturalismo, el antagonismo entre la civilización humanitaria y la civilización cristiana, lucha que terminará con el triunfo del amor de Dios sobre el egoísmo de la criatura.

Por vuelta de fines del siglo XIV, es decir, en el momento em que el Renacimiento hacía entrar al pueblo Cristiano en los caminhos funestos que aún no acabamos de recorrer, Santa Catalina de Siena, que tuvo la gloria de llevar al papado de vuelta a la ciudad eterna, también previó la infidelidad de los pueblos cristianos, los castigos que atrae y la misericordia de Dios que nos haría salir de ellos[3]. Interrogada por Raymondo de Capoue, su confesor, ella dice: "… Pasadas esas angustias y tribulaciones, Dios purificará la Santa Iglesia y resucitará el espíritu de sus elegidos por un medio que escapa a toda previsión humana. Después de eso habrá en la Iglesia de Dios una reforma tan completa y una

[3] Los treinta y tres años de su vida, como aquellos de Ana Catalina Emmerich, transcurrieron en los sufrimientos y también en los desprecios y odios que el cumplimiento de su misión suscitaba alrededor de si. Desde la edad de 10 años ella experimentó el suplicio infligido a nuestro Señor sobre la cruz. Toda su vida estuvo asociada a la Pasión de Cristo. La Iglesia parecía doblarse bajo el peso de una de las más terribles probaciones que Ella tuvo que sufrir, el gran cisma. La virgen de Siena se lanzó a la arena para defenderla y el demonio desencadenó contra ella más pavorosas cóleras. En una de sus oraciones ella decía: "Ahora el mundo se abate en la muerte y mi alma no puede soportar ese doloroso espectáculo. ¡Qué medio adoptar, Señor, para reanimarlo, puesto que no descenderéis de los cielos para redimirnos, sino para juzgarnos! Señor, tenéis servidores que llamáis vuestros Cristos y con ellos podréis salvar al mundo y darle la vida. Dadnos, pues, Cristos, a fin de que ellos empleen sus vidas para la salvación del mundo en los ayunos, en las vigilias y en las lágrimas".
Dios tiene el hábito de escoger aquel que es débil a la vista del mundo para confundir a los fuertes (I Cor. 1-27). Para llevar a los papas desde Aviñón a Roma Él se sirvió de una pequeña vendedora, Catalina de Siena; para liberar a Francia, la pastorcita de Domrémy; para fundar, en nuestros días, la obra colosal de la Propagación de la Fe, Él recurre a una pobre obrera de Lyon; y fue a la humilde campesina de Lourdes que Él encargó de producir ese inmenso movimiento de los pueblos rumbo a las grutas del Gave.

renovación tan feliz de los santos pastores que al pensar en eso, mi espíritu se conmueve en el Señor. Así como os dije en otras ocasiones, la Esposa de Cristo está ahora como que desfigurada y cubierta de harapos; entonces Ella se volverá resplandeciente de belleza, estará ornada de joyas preciosas y coronada con la diadema de todas las virtudes. La multitud de los pueblos fieles se regocijará de verse dotada de tan santos pastores. A su vez, las naciones ajenas a la Iglesia atraídas por el buen olor de Jesucristo, retornarán al aprisco de la catolicidad y se convertirán al verdadero Pastor y obispo de sus almas. Agradeced, pues, al Señor, por esa profunda calma que Él se dignará conceder a la Iglesia después de esa tempestad"[4].

En el siglo XVI, en la segunda etapa del modernismo, una virgen italiana, la bienaventurada Catalina de Racconigi, viendo las primeras sesiones del concilio de Trento, dijo que las visiones de la Santa Iglesia no sería llevadas a buen término por aquel concilio: "No habrá, dice ella, concilio completo o perfecto antes del tiempo en que viniere el muy santo pontífice que esperamos para la futura renovación de la Iglesia. Entonces, los infieles se convertirán con gran fervor de espíritu a la santa religión".

En el siglo XVI, el bienaventurado Grignion de Montfort, así como la venerable Ana Catalina Emmerich, anunció que la renovación de la Iglesia sería hecha por las manos de María y por los santos apóstoles que Ella suscitaría. "Ella producirá las mayores cosas que acontecerán en los últimos tiempos: la formación y la educación de los grandes santos, que estarán en el fin del mundo, está reservado para Ella… Ellos sobrepujarán tanto en santidad a la mayoría de los otros santos cuanto los cedros del Líbano superan los pequeños arbustos. Las grades almas combatirán con una mano, derrumbarán, aplastarán a los herejes y sus herejías, los cismáticos y sus cismas, los idolatras y sus idolatrías, los pecadores y sus impiedades; y con la otra edificarán el verdadero templo de Salomón y la mística ciudad de Dios… Fue por María que la salvación del mundo comenzó, es por María que se debe consur".

San Leonardo de Puerto Mauricio marca como punto de partida de esa intervención de la Santísima Virgen la definición de la Inmaculada Concepción.

El venerable Holzhauser, en su interpretación del Apocalipsis, anuncia un monarca poderoso y un pontífice santo que serán los grandes instrumentos de las misericordias divinas.

"En cuanto todo está devastado en la tierra, los católicos son oprimidos por los herejes y malos cristianos, la Iglesia y sus ministros son hechos dependientes, los reinos son derrumbados, los monarcas muertos, los súbditos atormentados y todos los hombres conspiran para erigir republicas, se da una mudanza espantosa por la mano de Dios todopoderoso, de tal manera que nadie puede humanamente imaginar. El monarca poderoso que vendrá como enviado de Dios destruirá las republicas de alto a bajo, someterá todo su poder y empleará su celo a favor de la verdadera Iglesia de Cristo. Todas las herejías son deportadas para el infierno. Todas las naciones verán y adorarán al Señor su Dios en la verdadera fe católica y romana. Muchos santos y doctores florecerán en la tierra. La paz reinará en todo el universo porque el poder divino atará a Satanás por varios años, hasta que venga el hijo de perdición que de nuevo lo desencadenará… Las ciencias serán multiplicadas y perfectas en la tierra. La Sagrada Escritura será comprendida unánimemente, sin controversia y sin error de las herejías. Los hombres serán esclarecidos tanto en las ciencias naturales como en las ciencias celestes". Debe notarse que esto fue escrito a mediados del siglo XVII, cuando no se podría tener idea del desarrollo de las ciencias naturales a que asistimos. El venerable Holzhauser dice además: "Habrá un concilio ecuménico, el mayor que jamás hubo, en el cual, por un favor particular de Dios, por el poder del monarca anunciado, por la autoridad del santo pontífice, y por la unidad de los príncipes más poderosos todas las herejías y el

[4] Bolandistas. *Acta Sanctorum*, 29 de abril.

ateísmo serán barridos de la tierra. Se declarará el sentido legítimo de la Sagrada Escritura, la cual será creída y admitida por todo el mundo, porque Dios habrá abierto la puerta de su gracia".

Se habla frecuentemente en otras profecías acerca del gran rey y del santo pontífice que deben actuar de común acuerdo para restablecer todas las cosas en la verdad y en la justicia. No referiremos lo que ellas dicen al respecto, ni tampoco de los detalles de los acontecimientos que anuncian; existen en esas predicciones particulares demasiada probabilidad de acierto y de error para que nos atengamos a ellas. Lo que nos propusimos fue únicamente mostrar cómo Dios parece haber querido sustentar el coraje de sus hijos en medio de las calamidades que todo anuncia como estando próximas, diciéndoles: durante esos castigos estaré siempre con vosotros y después del ejercicio de la justicia vendrá una manifestación de misericordia y de amor tan grande como nada aún hubo de semejante.

La venerable María de Agreda, autora de la *Mística Ciudad de Dios*[5], cuenta que, estando en el coro, en un día de la Inmaculada Concepción para rezar maitines, fue arrebatada en éxtasis. Ella vio un dragón hediondo de siete cabezas salir del abismo acompañado de millares de otros, los cuales recorrían, todos juntos, el mundo, procurando y señalando a los hombres de los cuales se servían para oponerse a los designios del Señor, y para tratar de impedir la gloria de su Santísima Madre y los beneficios que iban a ser depositados en sus manos en favor de todo el universo. El gran dragón y sus satélites esparcían ondas de humo y de veneno para envolver a los hombres en las tinieblas y en los errores e infestarlos de malicia. "Esa visión de los dragones infernales me causó, dice ella, un punzante dolor. Pero luego después vi que dos ejércitos bien ordenados se disponían en el cielo para combatirlos. Uno de esos ejércitos era el de nuestra gran Reina y de los santos; el otro era el de San Miguel y sus ángeles. Supe que el combate sería encarnizado de ambas partes; pero el resultado de la lucha no era incierto".

Una religiosa franciscana del monasterio de las urbanistas de Fougères, nacida en 1731 y fallecida en 1798, predijo la Revolución, la tercera etapa del modernismo, aquella que aún recorremos, señalando las causas; los nuevos principios (principios del 89) darían a Francia una nueva Constitución de la cual saldrían los mayores infortunios. Después ella agregó: "No debo esconder las esperanzas que Dios me da acerca del restablecimiento de la religión y de la recuperación de los poderes de nuestro Santo Padre, el Papa. Veo en la luz del Señor una gran potencia conducida por el Espíritu Santo y que, a través de una *segunda confusión*[6], restablecerá el buen orden. Serán abolidos todos los falsos cultos, es decir, todos los abusos de la Revolución serán destruidos y los altares del verdadero Dios restablecidos. Las antiguas costumbres serán revigorizadas, y la religión, por lo menos según algunos aspectos, se volverá más floreciente que nunca… Después que Dios haya satisfecho su justicia, derramará gracias en abundancia sobre su Iglesia. Ella verá cosas deslumbrantes incluso de parte de sus perseguidores, que vendrán a lanzare a sus pies, la reconocerán y pedirán perdón a Dios y a ella de todas las iniquidades y de todos los ultrajes que le hicieron".

Una romana, Elizabeth Canori-Mora, de la orden tercera de la Santísima Trinidad (1774-1825), en el momento en que la Gran Logia se estableció en Roma y tramó ahí las conspiraciones que referimos, tuvo conocimiento de eso a través de una revelación, como Ana Catalina Emmerich, y para frustrar sus maquinaciones, se ofreció también como víctima a la justicia divina. El día 8 de diciembre de 1820, nuestro Señor se le apareció y la exhortó a aceptar los tormentos que las potestades infernales le harían sufrir en su cuerpo y en su alma, que sería reducida a una agonía

[5] El día 13 de septiembre de 1909, los restos mortales de la venerable María de Jesús de Agreda, franciscana concepcionista española, fueron exhumados en vista a su próxima beatificación. Hacia 244 años que ellos reposaban en una cripta húmeda. El cajón que los contenía fue abierto en presencia de todas las autoridades. El cuerpo exhalaba un perfume delicioso, incomparable. Los médicos, en el proceso, declararon que él se encontraba en un estado de perfecta conservación.

[6] J. de Maistre decía en la misma época: "Es infinitamente probable que los franceses aún nos causen una tragedia".

comparable a la suya en el Huerto de los Olivos. El día 15 de febrero de 1821, cuando los demonios rugían por verla deshacerse por la inmolación de sus tramas infernales, nuestro Señor se le apareció de nuevo y le dijo: “Tu sacrificio fuerte y constante hizo violencia a mi justicia. Suspendo por un momento el castigo merecido. Los cristianos no serán dispersados, ni Roma privada del soberano pontífice. Reformaré a mi pueblo y a mi Iglesia. Enviaré sacerdotes muy celosos, enviaré igualmente mi Espíritu para renovar la tierra”.

Hablando del castigo que debe preceder a esa renovación, ella dijo: “Todos los hombres estarán en rebelión; ellos se matarán mutuamente, masacrándose sin piedad. Durante ese combate sangriento, la mano vengadora de Dios caerá sobre esos infelices, y por su poder punirá su orgullo. Él se servirá del poder de las tinieblas para exterminar a esos hombres sectarios e impíos, que pretendían derrumbar la Santa Iglesia y destruirla hasta sus fundamentos. Inmensas legiones de demonios recorrerán el mundo entero a través de las grandes ruinas que causarán y ejecutarán las órdenes de la justicia divina. Los hombres serán así castigados por intermedio de la crueldad de los demonios, por haberse sometido voluntariamente al poder infernal y por haberse aliado a él contra la Iglesia católica… ¡Felices los buenos y verdaderos católicos! Tendrán a su favor la poderosa protección de los santos apóstoles Pedro y Pablo, que vigilarán por ellos a fin de que no les sea causado ningún daño, ni en sus personas, ni en sus bienes. Los malos espíritus devastarán todos los lugares en los cuales Dios hubiera sido ultrajado, blasfemado y tratado de manera sacrílega. Esos lugares serán arruinados, aniquilados, de ellos no quedará ningún vestigio”.

“Después de ese terrible castigo vi súbitamente clarear el cielo. San Pedro y San Pablo, por orden de Dios, encadenaron a los demonios y los hicieron entrar en las cavernas tenebrosas de las cuales salieron. Entonces apareció sobre la tierra una bella luminosidad que anunciaba la reconciliación de Dios con los hombres. Ellos ofrecieron sus acciones de gracias, que no permitirá que su Iglesia fuese arrastrada por las falsas máximas del mundo. Las ordenes religiosas fueron restablecidas y las casas de los cristianos se parecían a las casas religiosas, tan grande era el fervor y el celo por la gloria de Dios”.

En esa misma época el espíritu profético parece haber sido dado también al Padre Nectou, de la Compañía de Jesús. Monseñor Lyonnet, arzobispo de Alby, en su historia de monseñor d’Aviau, arzobispo de Bordeus, dice que “nuevo Jeremías, él anunció el decreto que dispersaría su sociedad, la Compañía de Jesús, con detalles que la perspicacia humana no podría entrever; nombres propios, fechas, y otras circunstancias eran indicadas con una exactitud que rayaba en el prodigio”. Según monseñor Gillis, vicario apostólico de Edimburgo, el Padre Nectou había anunciado, antes de la Revolución de 1789, la restauración, seguida de la usurpación de Luis Felipe, y más tarde la contra-revolución. Así es como ocurriría: “Se formarán en Francia dos partidos que se harán guerra a muerte. Uno será mucho más numeroso que el otro, pero será el más débil el que triunfará. Habrá entonces un momento tan pavoroso que se creerá estar en el fin del mundo. La sangre correrá en varias grandes ciudades. Los elementos estarán agitados. Será como un pequeño juicio. Una gran multitud perecerá en esa catástrofe, pero los malos no prevalecerán. Ellos ciertamente tendrán la intención de destruir enteramente la Iglesia; no les será dado tiempo, porque ese periodo terrible será corto. En el momento en que se creyere todo perdido, todo será salvado. Esa pavorosa confusión será general y no solamente para Francia”.

“En la secuencia de esos acontecimientos pavorosos, todo rentrará en el orden; la justicia será hecha en todo el mundo; la contra-revolución será consumada. Entonces el triunfo de la Iglesia será tal como jamás hubo semejante”.

“Se estará próximo de esa catástrofe cuando Inglaterra comenzare a convulsionarse (sin duda, existe esa convulsión para el retorno a la unidad católica)”.

"Cuando se esté cerca de esos acontecimientos que deben dar el triunfo a la Iglesia, todo estará tan perturbado sobre la tierra que se creerá que Dios abandonó enteramente a los hombres a sus sentidos reprobables y que la divina Providencia no cuidad más del mundo (cuántas personas serán tentadas de decir eso de la hora actual)".

"Cuando viniere el momento de la última crisis nada habrá que haber sino permanecer en el lugar donde Dios nos hubiere colocado, cerrarse en su interior y rezar, aguardando el paso de la justicia divina".

En *Problème de l'Heure Présente* tuvimos ocasión de hablar sobre la profecía de la Hermana Mariana de las Ursulinas de Blois. Ella también dice: "Será preciso rezar mucho, porque los malos querrán destruir todo. Antes del gran combate ellos serán los señores; harán todo el mal que pudieren, no todo lo que quisieren, porque no tendrán tiempo. Ese gran combate ocurrirá entre los buenos y los malos. Los buenos, siendo menos numerosos, estarán prontos a ser liquidados: pero por el poder de Dios, todos los malos perecerán. Cantaréis un *Te Deum* como jamás se cantó. No obstante, las perturbaciones no se extenderán a toda Francia, sino solamente a algunas grandes ciudades, donde habrá masacres, y sobre todo en la capital, donde será grande. El triunfo de la religión será tal como jamás se vio semejante; todas las injusticias serán reparadas, las leyes civiles serán puestas en armonía con las de Dios y de la Iglesia; la instrucción dada a los niños será eminentemente cristiana. Las corporaciones de oficios serán restablecidas".

Muchas otras profecías de personas menos conocidas fueron publicadas: es inútil citarlas, porque tienen menos autoridad, porque repiten lo que fue dicho por otras, y en fin, porque tienen un carácter político que no deseamos considerar.

Nos propusimos mostrar cómo, en el decir de esas personas, terminaría el desvarío de las naciones cristianas, iniciado en el siglo XV con el Renacimiento, agravado por la Reforma, completado por la Revolución. Todas las profecías están de acuerdo en anunciarnos: un terrible desorden, consecuencia natural y necesaria de la apostasía, un gran combate entre los malos, que quieren destruir todo lo que resta de civilización cristiana, y los buenos que permanecieren fieles a Dios, una intervención divina en favor de estos últimos, debido a la Santísima Virgen, y finalmente una renovación religiosa tan profunda como jamás la tierra habrá visto semejante.

¿Está próxima la hora de esas crisis? ¿Llegamos a ella? Quien puede decirlo. Ocurra lo que ocurra, poco importa lo que demos por testimonio, tengamos nuestra alma en paz a través de la oración y de la confianza en la misericordia y en la bondad del soberano Señor de todas las cosas.

CAPÍTULO LXIII

III. LA VOZ DE LA SANTA IGLESIA

En el momento en que se establecían los principios que debían conducir a la actual situación, Santa Gertrudis, abadesa benedictina de Heldelf, recibió, a través del apóstol San Juan, las primeras manifestaciones de la bondad y de las misericordias infinitas del Sagrado Corazón, a fin de que la devoción que le prestamos nos auxiliase a soportar nuestras probaciones y esperar su término con confianza.

Es cosa notable que el Oficio del Sagrado Corazón esté repleto de promesas no solamente de misericordia, sino de un futuro parecido al antes descrito por los amigos de Dios.

La Misa, en su Introito, inicia con las siguientes palabras: "El Señor tendrá piedad de nosotros según la multitud de sus misericordias; porque no fue por su Corazón que Él nos humilló, y Él no rechazó a los hijos de los hombres. El Señor es bueno con aquellos que esperan en Él, para el alma que lo busca. (Salmo) Cantaré eternamente las misericordias del Señor; y las celebraré de generación en generación".

La Epístola tomada del capítulo XII de Isaías:

"Y dirás en aquel día:
Yo os alabo, Señor;
Porque os irritasteis;
Vuestra cólera se aplacó y me consolasteis.
He aquí el Dios que me salva;
Tengo confianza y nada temo,
Porque el Señor es mi fuerza y el objeto de mis alabanzas:
Él es mi salvación.
Enviaréis con alegría aguas (las gracias divinas) de las fuentes de la salvación (las llagas del Salvador),
Y diréis en aquel día:
Cantad al Señor, porque Él hizo maravillas;
¡Que esto sea reconocido por toda la tierra!
Exulta de gozo y alegría, habitante de Sion,
Porque de en medio tuyo es grande el Santo de Israel".

En las Maitinas, la segunda y tercera lección toman del capítulo XXVI la secuencia de las siguientes promesas:

"En aquel día se cantará este cántico en la tierra de Judá:
Tenemos una ciudad fuerte (la Santa Iglesia).
Él (Señor) pondrá la salvación en sus muros y antemuros.
Abrid las puertas,
Dejad entrar la nación justa, que guarda la Verdad.
Al corazón constante asegurareis la paz.
La paz, porque Él confía en vos.
Tened siempre confianza en el Señor;

Porque el Señor es la roca de los siglos.
Él humilló a los que habitan en las alturas;
Destruyó la ciudad soberbia.
La derrumbó por tierra.
La redujo al nivel del suelo.
Ella es pisada por los pies,
Bajo los pasos de los indigentes.
El camino del justo es recto.
Vos aplanáis la senda del justo.
Así también nosotros esperamos, Señor,
En la senda de vuestros juicios;
Vuestro nombre y vuestra memoria constituirán
Todo el deseo de nuestras almas.
Mi alma os deseó durante la noche,
Y os busca dentro de mi espíritu;
Porque cuando vuestros juicios se ejercen sobre la tierra,
Los habitantes del mundo aprenden la justicia".

¿Qué cántico más verdadero podrá ser colocado en los labios de la Santa Iglesia en el día siguiente al del triunfo que le está prometido, a la entrada de la era de paz y de prosperidad que la divina misericordia del Sagrado Corazón debe obtenerle?

Todos los años la Santa Iglesia la pide por sus deseos, en la liturgia.

Desde el primer día de adviento ella comienza su oficio con este convite: "Venid, adoremos al Señor, el REY que debe venir".

Durante todo ese tiempo ella nos da como lecciones de la Sagrada Escritura las profecías de Isaías. Estos son los pasajes que Ella escogió: "Sobre la cumbre de los montes será fundada la montaña de la casa del Señor (la Santa Iglesia); y ella se levantará encima de todas las colinas, *y todas las naciones ahí correrán en multitud*. Y los pueblos irán en gran número, y dirán: Venid y subamos la montaña del Señor y a la casa del Dios de Jacob, y Él nos enseñará sus caminos: y caminaremos en sus sendas".

"En aquel día el descendiente de Jessé (el Mesías) será elevado delante de los pueblos como un estandarte: las naciones le ofrecerán sus preces y su sepulcro será glorioso… La tierra está repleta del conocimiento del Señor, así como las aguas cubren el mar".

"El Señor hará para *todos los pueblos*, en esa montaña (la Iglesia), un festín de carnes deliciosas, un festín de vinos preciosos (la doctrina y los sacramentos, particularmente la eucaristía). *Y Él quebrará sobre esa montaña la cadena que estaba cerrada sobre todos los pueblos y la red que el enemigo urdió sobre todas las naciones*".

Que la Santa Iglesia entienda esas palabras como relativas al reino social de nuestro Señor es cosa que parece indicado en las antífonas y responsos que ella misma compuso para acompañar en el Oficio la lectura de la Sagrada Escritura y la de los Salmos.

Desde el primer domingo de Adviento ella comunicó a sus hijos aquello que ella contempla en medio de las tinieblas de este mundo… Ella ve llegar sobre las nubes del cielo al Hijo del Hombre, su divino Esposo, no para juzgar a los mortales, sino para reinar; no para reinar únicamente sobre las almas individualmente consideradas, sino para establecer su imperio sobre todos los pueblos, sobre todas las tribus y sobre todas las lenguas del universo: "*Aspiciebam in visu noctis et ecce in nubibus cœli Filius hominis veniebat; et datum est Ei regnum et honor; et omnis populus, tribus et lingua servient Ei*. Yo miraba la visión de noche, y he aquí que el Hijo del Hombre venía sobre las nubes del cielo; y le fue dado el reino y la honra. Y todos los pueblos, tribus y lenguas le servirán".

Más adelante ella exclama: "Sí, Él vendrá y con Él todos sus santos". Y en ese día la tierra refulgirá con gran luminosidad y el Señor reinará sobre todas las naciones; Él dominará hasta los últimos confines de la tierra; y todos los reyes lo adorarán y todos los pueblos le servirán… ¡Oh, ved cómo es grande Aquel que viene para salvar a las naciones! *Ecce Dominus veniet et omnes sancti Ejus cum eo et erit in die illa lux magna. Et regnabit Dominus super gentes... Dominatur usque ad terminos orbis terrarum... et adorabunt Eum omnes Reges, omnes gentes servient Ei. Intuemini quantus sit iste qui ingreditur ad salvandas gentes*.

¿Cuándo, pues, desde el origen del cristianismo, la Santa Iglesia vio algún día esos deseos realizarse? Son diecinueve siglos que, por toda la tierra y en todos los labios canta en su nombre el oficio divino, ella hace resonar con una confianza inalterable estas humildes súplicas: "Venid, Señor, y no tardéis, venid a reinar sobre todas las naciones de la tierra, que desde entonces no invocarán sino a vos… *O radix Jesse quem gentes deprecabuntur, veni jam noli tardare*".

Pero no es solamente durante el Adviento que la Iglesia expresa esas esperanzas y esos deseos. Todos los días del año, casi sin excepción, en los albores del día, los monjes cantan y todos los sacerdotes recitan el salmo LXVI, en el cual el santo rey David pide con tanta instancia la venida del reino social de Jesucristo: "Oh, Dios, ten piedad de nosotros, hacednos conocer vuestros caminos en la tierra —los caminos misteriosos de vuestra Providencia— y la salvación que preparáis para todas las naciones… Señor, que los pueblos os alaben, que TODOS los pueblos entren en conciertos de alabanzas. *Confiteantur tibi populi, Deus; confiteantur tibi populi OMNES*". En este salmo, que se compone apenas de seis versos, las palabras pueblos y naciones se repiten hasta nueve veces y el cántico termina con estas palabras: *Et metuant Eum omnes fines terræ…* Que el temor del Señor se esparza por todas partes y alcance todos los confines de la tierra".

¿Se dirá que este salmo no encierra nada más que deseos y nada de promesa formar del Todopoderoso?

En primer lugar, sería extraño que el Espíritu de Dios pusiese, por tan largo tiempo y todos los días, en los labios de su Esposa deseos quiméricos. Después, aquello que el salmo LXVI contiene bajo la forma de ardientes deseos en una multitud incontable de otros pasajes de la Sagrada Escritura lo afirma como un acontecimiento futuro cuya realización no podría ser retardada indefinidamente.

¿Quién no conoce ese canto de triunfo dedicado a Cristo Rey y que la Iglesia no se cansa en repetir durante los días de la santa alegría de la Navidad y de la Epifanía? *Deus, judicium tuum regi da... Benedicentur in ipso omnes tribus terræ, omnes gentes magnificabunt eum*. ¡Oh Dios, dad el cetro al Rey! ¡Que todas las tribus de la tierra sean bendecidas en Él, que todas las naciones de la tierra lo glorifiquen!" Es la gran promesa de Dios a los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob.

Esa profecía aún no se ha realizado. La Santa Iglesia, todos los años, la pone en los labios en la solemnidad de la Epifanía; y ¿cuál es su deseo, sino que en ese día, sobre todo, pidamos a Dios con instancia que apresure su cumplimiento *ut compleatur et ad exitum perducatur*?

Así, hace diecinueve siglos la liturgia de la Iglesia católica incluyó en favor de las sociedades, en favor de los pueblos y de las naciones de la tierra, o mejor, en favor de toda la humanidad, esperanzas que aún no se han realizado, y además de eso, ella afirma que un día se realizarán.

Pero no es solamente en la tierra que se encuentran esas esperanzas y la oración que debe apresurar el cumplimiento de esas promesas.

Un día, en la isla de Patmos, fue dado a San Juan asistir a las funciones, por así decir, y ceremonias del culto que los ángeles y los santos rinden en el cielo a la Majestad divina; y el apóstol bien amado hace llegar hasta nosotros, en su libro del Apocalipsis, un eco de los cantos bajo los cuales exulta la Jerusalén celestial.

Noche y día los bienaventurados claman con sus deseos por el reino universal de Cristo: *Requiem non habebant die ac nocte... Et adorabant dicentes Dignus es, Domine, accipere gloriam et honorem et virtutem... Fecisti nos Regnum. Et regnabimus super terram*. "Día y noche ellos no cesan de adorar y de decir: Sois digno, Señor, de recibir la gloria, la honra y el poder… Vos nos hicisteis reyes y reinaremos sobre la tierra" (*Passim*).

Sobre todo los mártires parecen impacientes de ver rayar la aurora de ese gran día: "¿Por qué, pues, Señor, demoráis en hacernos justicia? ¿Por qué no ejercéis al fin vuestros juicios sobre aquellos que, unidos a la antigua serpiente, retardan sobre la tierra la marcha del divino Triunfador? *Usquequo, Domine, non judicas?* (Apoc. 6, 10).

"Sabemos, cantan en coro los habitantes del cielo, sabemos que un día todas las naciones de la tierra verán y adorarán vuestra santa Majestad… *Quoniam omnes gentes veniente et adorabunt in conspectu tuo*".

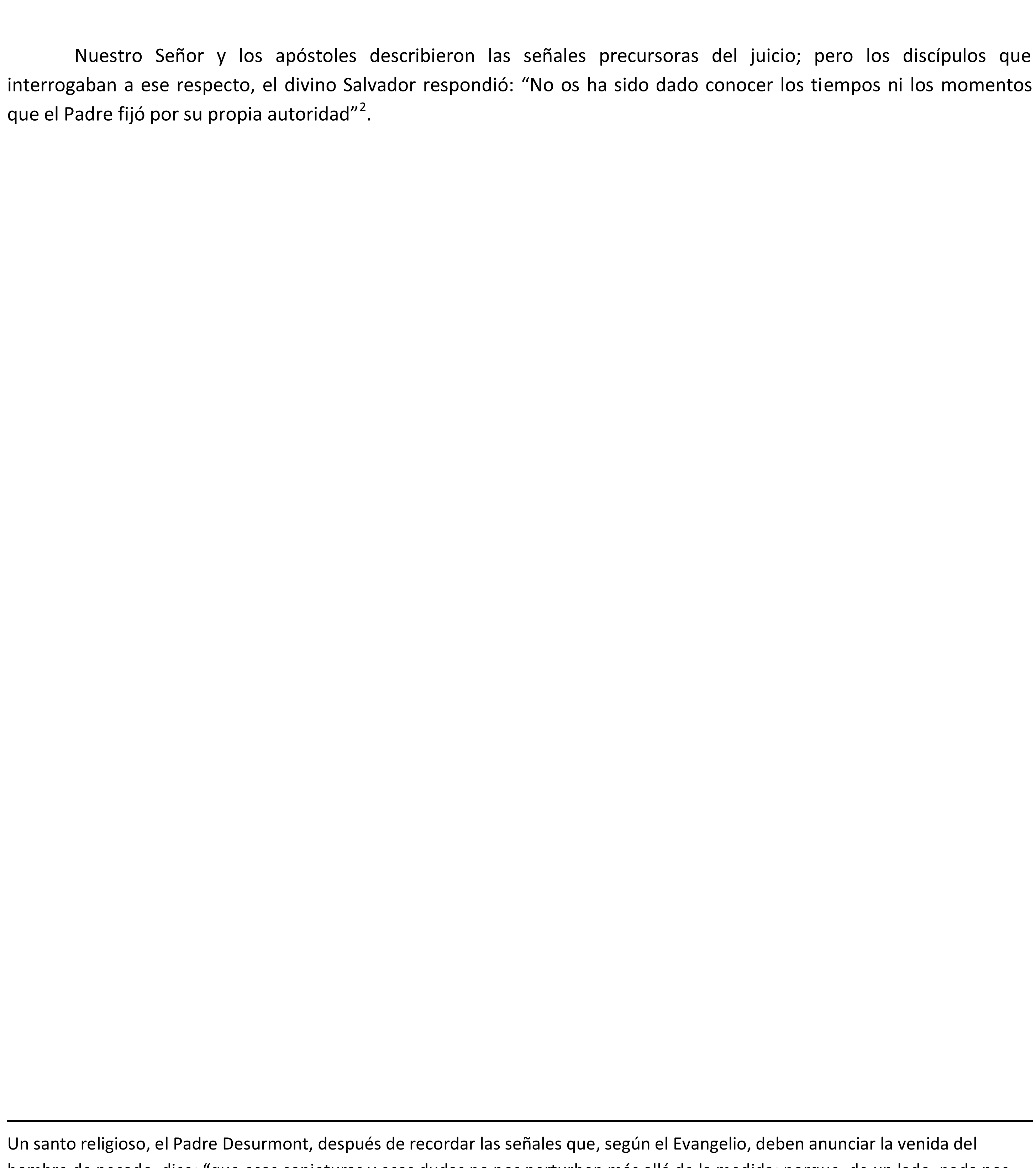
Y cuando la hora del triunfo, que pedimos con nuestros deseos, hubiere sonado y la bestia hubiere sido vencida, todos los bienaventurados exclamarán: "He aquí que llega la hora del reino de nuestro Dios y de su Cristo sobre la tierra; Él reinará por los siglos de los siglos". *Factum est Regnum hujus mundi Domini nostri et Christi Ejus, et regnabit in sæcula sæculorum. Amen.* (XI, 15).

No podemos afirmar que la realización de tan magnificas promesas esté reservada para nuestros días. La vida de la Iglesia está hecha de alternativas, probaciones y triunfos; probaciones cada vez más terribles, triunfos cada vez más brillantes. Éste del cual la Sagrada Escritura nos hace una descripción tan entusiasta será el último. ¿Ocurrirán antes o después del reino del anticristo? Las opiniones están divididas[1]. Dios no quiso dar sobre la época de los últimos tiempos una luz cierta.

---

[1] Un sentimiento participado por varios de aquellos que han intentado interpretar las revelaciones divinas consignadas en las Escrituras los lleva a creer que el triunfo completo de la secta masónica, a través del reino de su jefe sobre todas las naciones, sería apenas el punto más alto de la probación a la que debería ser sometida la humanidad antes de gozar plenamente de los beneficios de la Redención. Vendrían en seguida los largos siglos del reino de Cristo sobre todas las naciones.
Además de las profecías mesiánicas y de su interpretación, ya lo dijimos, espíritus eminentes, como J. de Maistre, han pensado que, lejos de estar en los últimos días del mundo, estamos apenas en los primeros siglos de la Iglesia.
En una carta a la señora Swetchine él decía: "Cuando los vuestros (los cismáticos) hablan de los *primeros siglos* de la Iglesia no tienen una idea clara. Si viviéramos mil años, los ochenta años que hoy son el máximo común, serían nuestros *primeros años*. ¿Qué es pues, que se debe comprender por los *primeros siglos* de una Iglesia que debe durar tanto cuánto el mundo? Etc. etc. Pensad en eso".
Y en el libro del Papa: "Esa palabra de *juventud* del cristianismo me advierte de que esa expresión y algunas otras del mismo género se refieren a la duración total de un cuerpo o de un individuo. Si imagino, por ejemplo, la República romana que duró ciento cincuenta años, sé lo que quieren decir esas expresiones: La *juventud* o los *primeros años de la República romana*… ¿Qué es, pues, la juventud de una religión de debe durar tanto cuanto el mundo? Se habla de los *primeros siglos del cristianismo*: en verdad, yo no gustaría afirmar que ellos pasaron".

Nuestro Señor y los apóstoles describieron las señales precursoras del juicio; pero los discípulos que interrogaban a ese respecto, el divino Salvador respondió: “No os ha sido dado conocer los tiempos ni los momentos que el Padre fijó por su propia autoridad”[2].



Un santo religioso, el Padre Desurmont, después de recordar las señales que, según el Evangelio, deben anunciar la venida del hombre de pecado, dice: “que esas conjeturas y esas dudas no nos perturben más allá de la medida; porque, de un lado, nada nos dice que después del paso de ese primogénito de Satanás la humanidad no verá, durante muchos años, un triunfo de Cristo acá abajo; y de otro lado, mismo y sobre todo a la aproximación de esas épocas perturbadas del hijo de Dios y de la Providencia encontró, en las propias infelicidades de su tiempo, los misteriosos secretos de un contento superior (*La Providence*, p. 445).

[2] Hechos, 1, 7.

CAPÍTULO LXIX

IV. VOCES DE LA TIERRA

EL MUNDO SE UNIFICA: ¿CON QUÉ OBJETIVO?

Sin embargo, hay algo que no podemos ignorar porque vemos que ocurre ante nuestros ojos; es, en el orden de las cosas naturales, el acontecimiento más prodigioso que jamás ocurrió desde los orígenes de la humanidad. Nos referimos a ese trabajo de unificación del género humano al que asistimos y al cual se dedican, bajo perspectivas bien diferentes e incluso para fines opuestos, la ciencia y la política, el celo de los hijos de Dios y el odio de los hijos de Satanás. ¿Sería temerario creer que Dios conduce ese trabajo jamás visto —que nos hace asistir a resultados que habrían confundido de espanto y de admiración a nuestros padres— en dirección a la realización de los designios de la infinita bondad que acaban de ser profetizados?

"Lo que es cierto, decía de Maistre, es que el universo camina rumbo a una gran unidad difícil de percibir y definir. El furor de los viajes, la comunicación de las lenguas, la mezcla inaudita de hombres operada por el apoyo terrible de la Revolución, las conquistas sin precedentes y otras causas aún más activas, si bien que menos terribles, no permiten pensar de otra manera"[1]. En varios pasajes de sus obras, el vidente expone más largamente esas, podemos así decir, medidas del género humano en dirección a la unidad que existía antes de Babel y que él pretende reconquistar. Vemos que esas medidas se multiplican y, podríamos decir, se precipitan en nuestros días, al punto de que el desenlace, cuya fecha de Maistre decía no poder definir, puede parecernos próximo.

América, Asia, Oceanía, África, ya no hay lugar en el mundo en que la razas europeas no se hayan instalado, donde no impongan sus lenguas, sus ideas, sus costumbres y sus instituciones. Y, de su parte, todas las razas humanas entran en el torbellino político, comercial y científico que las aproxima, que tiende a unificarlas, como antes de la dispersión de Babel. Unas caminan para eso instantáneamente, otras son arrastradas a la fuerza.

"La unificación del mundo, dice Dufourq en el prefacio de su gran obra *Avenir du Christianisme,* parece hoy, sobre todo hace una decena de años, acelerar su marcha y como que precipitar su curso. Los diversos pueblos que forman la humanidad vivieron largos siglos separados unos de los otros; ellos tienden cada vez más a salir del aislamiento, a desarrollar la solidaridad que los liga y a unirse en una gran familia".

Esto fue escrito en 1903 o 1904. La guerra entre Rusia y Japón, después la rivalidad de China abrieron a esa perspectiva horizontes infinitos.

¿Qué resultará de la militarización de Oriente a la manera europea? Sólo Dios lo sabe. ¿No es notable que las lejanas expediciones a que se lanzaron los Estados europeos hace medio siglo frecuentemente han producido resultados opuestos a los que ellos procuraban? Inglaterra, Francia, Rusia ciertamente se propusieron hacer algo distinto que hacer salir los pueblos asiáticos de sus países y lanzarlos en el mundo. Hoy Japón tiene un ejército igual al de Alemania, China está en vías de convertirse en una potencia militar de primer orden.

El mismo fenómeno ocurre en el orden científico y en el orden político. ¡Cuántos descubrimientos se han hecho en nuestros días! El vapor, la electricidad y los nuevos usos a que son sometidos: telegrafía, telefonía, telegrafía inalámbrica, globos dirigibles; todo eso sirve y servirá, como las revoluciones, como las guerras, como las emigraciones,

[1] *Œuvres Complètes de J. de Maistre*, t. XII, p. 33.

para aproximar a los hombres[2]. Para hablar apenas de la aviación, a través de sus aeroplanos y globos dirigibles ella hace con que el hombre no conozca más fronteras. Por ocasión del transporte de alimentos de diferentes climas para los más distantes pueblos, de Maistre ya decía: "No existe la casualidad en el mundo, y sospecho hace mucho tiempo que esto tiene que ver, de cerca o de lejos, con alguna obra secreta que se opera en el mundo sin que lo sepamos". ¿Qué debemos decir hoy? ¿Para dónde nos conducirá la radio, que nos vino a dar un conocimiento más íntimo de la materia?

Inglaterra trabaja desde hace veinticinco años para la construcción de una vía férrea "bicontinental" que cruce África, desde el Cabo al Cairo, y Asia, desde el Cairo a Singapur.

A la carretera Cabo-Cairo-Singapur se propone se propone juntar la "tricontinental", que unirá Europa con África y Asia. Ella cortaría diagonalmente África, desde Mozambique hasta Tánger, pasando al norte del lago Chad, cortando desde ahí para Figuig, después para Fez, a través del corredor de Taza.

Los bancos y el papel-moneda ya ofrecen a los extranjeros las más maravillosas facilidades. Un sabio genovés, René de Saussure, estudia la confección de la moneda universal: un valor que tendría circulación por todas partes en los intercambios internacionales de dinero[3].

Lo mismo ocurre con el intercambio de ideas. Una sociedad Romajikwai para la adopción de la forma latina de las letras acaba de ser fundada (1908) en Japón. Ella posee un diario y trabaja para editar en caracteres latinos las obras de los principales escritores del país. El marqués Saioujl, primer ministro, es su presidente y muchos japoneses son partidarios de esa forma destinada a crear un medio más fácil de comunicación con los otros países.

Conocemos los ensayos intentados de los diversos lados para crear una lengua universal: el esperanto, el volapuk, el Ido atestiguan, también ellos, la necesidad de aproximar los pueblos, que agita los espíritus.

En el mismo paso de todas esas innovaciones camina la Revolución.

Vimos que desde sus primeros días se expresó la esperanza de, por su intermedio, llegar a hacer de todas las naciones un solo pueblo, destruir las nacionalidades para constituir sobre sus ruinas una república universal; y, de otra parte, aniquilar el cristianismo y fundar una nueva religión, la religión humanitaria, según el deseo de uno, la religión satánica, según el deseo de otros; pero, al igual para estos como para aquellos, la religión universal, abarcando todos los hombres para encerrarlos en el mismo templo y en la misma ciudad.

Semejante concepción, un proyecto como ese debía parecer entonces una locura. Es necesario reconocer, sin embargo, que hoy se presenta más realizable de lo que podía parecer a los ojos de aquellos que primero lo expusieron a los hombres de la Convención; y que todo, en el movimiento de las ideas así como en todas las revoluciones políticas y en los descubrimientos y aplicaciones de la ciencia, parece prestarse a eso.

¿Cómo pudieron los hombres de la Revolución, hace un sigo, cuando no podían tener ninguna idea de lo que vemos, concebir el pensamiento de una Revolución que así abarcase la humanidad entera para transformarla tan radicalmente?

---

[2] El 1 de noviembre de 1902 Chamberlain recibió dos telegramas que habían dado la vuelta al mundo; uno por el Este, otro por el Oeste. El primero demoró diez horas y diez minutos en hacer su gran viaje, el segundo demoró trece horas y media.

[3] Saussure toma como unidad una pieza de oro de 8 gramos que tendría un valor de cerca de 25 francos, o sea, 20 marcos, una libra esterlina o cinco dólares. Esa unidad monetaria sería dividida en décimas y la décima-milésima parte de esa unidad se llamaría, por ejemplo, "speso". Cien spesos constituirían el "ispescento", representando un valor de 20 céntimos o 16 peniques o 2 cuartos de pence. Mil spesos formaría un "spesmce", que valdría 2 marcos, o 2 shillings, o ½ dólar, o ½ peso español, o 1 yen japonés, etc.

Eso no se puede explicar sino por la inspiración de Satanás. El ángel caído veía, desde entonces, en sus causas, los sucesos que hoy asistimos y que derrumban, uno después de otros, las barreras que separan a los pueblos y las razas; él veía igualmente los progresos que debían hacer las ciencias que acababan de nacer y las convulsiones sociales que erras producirían. Finalmente, él veía las negaciones radicales para las cuales los discípulos del Voltaire y de Rousseau arrastrarían la razón separada de la fe. Él se prometió apoderarse, por intermedio de aquellos que consentirían en hacerse sus esclavos en las sociedades secretas, de esos movimientos de orden material y de orden intelectual, de orden político y de orden moral, y hacerlos servir al restablecimiento, sobre todo el género humano, del reino que la redención cristiana le hizo perder.

Sabemos cómo y con qué éxito, podemos decir, él trabajó durante todo el curso del siglo XIX. Oímos a sus secuaces en el gobierno y en la imprenta, en las logias y en los clubes, gritar a una sola voz: ¡La victoria es nuestra!

En la edición del 7 de enero de 1899, *La Croix* reproducía la frase de un judío: "Es nuestro imperio el que está siendo preparado; es aquel que llamáis de anticristo, el judío temido por vos, que sacará provecho de todos los nuevos camino para conquistar rápidamente la tierra".

Ellos no saben, o quieren ignorar, que encima de Satanás, señor de ellos, infinitamente encima, existe Dios, Dios todopoderoso. Él creó el mundo para su gloria, la gloria inexpresable que le será rendida eternamente por todas sus criaturas, sin excepción, si bien que de manera diversa, unas manifestando su bondad, otras manifestando su justicia. Hasta el día de las supremas retribuciones, Él las deja a su libre albedrío, de tan suerte, que tanto los malos como los buenos, el mal como el bien, sirven a la realización de los designios de su infinita sabiduría.

Como dice Donoso Cortés: "Lucifer no es el rival él es el esclavo del Altísimo. El mal que él inspira o introduce en el alma y en el mundo, él no lo introduce, él no lo inspira sin el permiso del Señor; y el Señor no lo permite sino para castigar a los impíos o para purificar a los justos con el fierro en brasa de la tribulación. De esa manera, el propio mal acaba por transformarse en bien bajo la conjuración todopoderosa de Aquel que no tiene igual ni en poder, ni en grandeza, ni en prodigio; que es Aquel que es, y que sacó todo lo que existe, fuera de Él, desde los abismos de la nada"[4].

Dios permite, y nosotros somos, oh tristeza, testigos de los extravíos del hombre e incluso de la rebelión contra Él, pero dentro de una medida que no será ultrapasada; Él aguarda. Todo servirá a sus designios, y cuando la prueba hubiere cesado, todo estará en el debido lugar; entonces habrá mal apenas para los culpables obstinados. Pero, digámoslo, los propios culpables aún recordarán los designios llenos de amor de Dios por sus criaturas: lo que habrá causado la perdición de ellos será el abuso de un beneficio que les estaba destinado para obtener un peso inmenso de gloria, el abuso que Dios da a sus criaturas con la finalidad de formar para sí electos que pueden decir con San Pablo: "Es por la gracia de Dios que soy lo que soy, y su gracia para mí no ha sido en vano[5]. No fui yo, por lo tanto, quien trabajó, sino la gracia de Dios que está conmigo".

El fundador del iluminismo francés, Saint-Martin, tuvo la intuición de esas verdades y decía que Satanás bien podría no tener la última palabra de la Revolución. El 6 de enero de 1794, él escribió al barón de Kirchberger: "Respecto a mí, jamás dudé que la Providencia se involucrase en nuestra Revolución y que no fuese posible que ella retrocediese.

[4] *L'Eglise et la Révolution*.

[5] Cor. 15, 10.

Creo más que nunca que las cosas irán a su término y tendrán un final bien importante y bien instructivo para el género humano”[6].

De Maistre no pensaba de manera diferente: “Para todo hombre que tenga la vista sana, dice él, y quiere ver, nada hay de más visible que la ligación de dos mundo. Todo lo que se pasa en la tierra tiene su razón de ser en el cielo. Es para la realización de los decretos divinos que están ordenados todos los hechos, todas las revoluciones que la historia registró, todos aquellos que ella registrará hasta el fin de los tiempos: todos concurren, según su naturaleza y su importancia, para la obra secreta que Dios opera casi sin que lo percibamos, y que será enteramente revelado apenas en el gran día de la eternidad. Si las revoluciones son motivadas por los errores de los hombres, si son hechas por sus crímenes, Dios las domina al punto de hacerlas concurrir para la realización de sus designios, que datan desde la eternidad”.

Nadie expresó en un lenguaje más sublime esa bella y consoladora verdad. En las primeras líneas de la primera de sus obras, él percibió esa acción de la Providencia, que lleva a los hombres para donde ella quiere, incluso dejándoles la libertad de movimientos.

“Estamos unidos al trono del Ser supremo con una corriente flexible que nos retiene sin sujetarnos. Lo que hay de más admirable en el orden universal de las cosas es la acción de los seres libres bajo la mano divina. Libremente esclavos, ellos operan al mismo tiempo voluntaria y necesariamente; ellos hacen realmente lo que quieren, pero sin poder desorganizar los planes generales. Cada uno de esos seres ocupa el centro de una esfera de actividad cuyo diámetro varía según la voluntad del *geómetra eterno*, que sabe dilatar, restringir, parar o dirigir como quiere sin alterar su naturaleza… Su poder opera en cuanto se ejerce; en sus manos todo es dócil, nada se le resiste; para Él todo es medio, incluso el obstáculo; y las irregularidades producidas por las operaciones de los agentes libres terminan cooperando en el orden general”[7].

Satanás no espada de esa ley. Él también hace lo que quiere; pero haciendo lo que quiere, trabaja para el cumplimiento de los pensamientos divinos. Él triunfa actualmente; todo camina al sabor de sus deseos y sus esclavos humanos están jubilosos. Ellos no ven que, pareciendo conducir la Revolución, entran en eso apenas como simples instrumentos y que sus infamias siempre se vuelven en contra de los fines a los cuales se propusieron.

Quieren aniquilar el cristianismo; no esconden eso, lo proclaman; y viendo las ruinas que acumularon de un siglo para acá, en las almas como en la sociedad, se jactan de haberlo conseguido. Sus gritos de alegría, unidos a sus gritos de odio, resuenan por todas partes con un tumulto cada vez más insolente. Ellos yerran. Ellos se vanaglorian de aquello que, de una manera u otra, será la vergüenza de ellos.

Así como la unidad del imperio romano preparó el terreno para la propagación del Evangelio, todas las nuevas invenciones y todas las revoluciones preparan la fusión de los pueblos. ¿Con qué propósito?

Conocemos las intenciones, las esperanzas de la secta: una religión única que una todos los espíritus, una Convención única que gobierne todos los pueblos. Los hijos de Dios tienen esperanzas bien diversas.

Lacordaire formuló un día desde lo alto del púlpito de Notre-Dame: “Oh, vosotros, hombres del tiempo, príncipes de la civilización industrial, vos sois, si saberlo, los pioneros de la Providencia. Esos puentes que suspendéis en

---

[6] Correspondencia inédita de S. C. de Saint-Martin, publicada por L. Schauer, Paris, Dentu. — Un proverbio provenzal expresa la misma cosa a su manera: “*Lou diable porte pèire”*. El mismo diablo carga su piedra para las construcciones de Dios.

[7] *Œuvres Complètes de J. de Maistre*, t. I, p. 1.

el aire, esas montañas que abrís delante de vos, ellos caminos en los cuales os conduce el fuego, vos creéis destinados a servir a vuestra ambición; no sabéis que la materia es apenas el canal en el cual corre el espíritu. El espíritu vendrá cuando hubiereis cavado su lecho. Así hicieron los romanos, vuestros predecesores; ellos emplearon setecientos años en aproximar los pueblos a través de las armas, y sin surcar son sus largos caminos militares a los tres continentes del viejo mundo; ellos creían que sus legiones pasarían eternamente por ahí para llevar sus órdenes al universo; no sabían que preparaban las vías triunfales del cónsul Jesús. Oh vos, pues, herederos de ellos, y también ciegos como ellos, romanos de la segunda raza, continuad la obra de la cual sois instrumentos; reducid el espacio, disminuid los mares, sacad de la naturaleza sus últimos secretos, a fin de que un día la verdad no sea obstruida por los ríos y por los montes, que ella va directa y de prisa. Como son bonitos los pies de los que evangelizarán la paz"[8].

Dufourq, en el libro que acabamos de citar, también piensa que lo que se prepara será la continuación, el termino de lo que se hace desde Jesucristo.

"Es un hecho, los pueblos cristianos ocupan el primer lugar y el primer papel. Fueron los cristianos que colonizaron Rusia y América, expulsaron el Islam, conquistaron la India, abrieron la China; es la civilización cristiana que lleva a los otros pueblos a los principios organizadores de la vida material y moral. Parece que todos las corrientes humanas se dirigen, para ser por él sucesivamente recogidas, en dirección al gran rio que, nacido en Palestina, extendido en Galilea, hace mil novecientos años fluye lentamente sus aguas saludables a través del mundo".

Entes de él, J. de Maistre expresó las mismas previsiones: "Cuando una posteridad que no está distante de ver lo que resulta de la conspiración de todos los vicios, ella se proclamará llena de admiración y de reconocimiento". Y algunas palabras después: "Lo que se prepara ahora en el mundo es uno de los más maravillosos espectáculos que la Providencia jamás dio a los hombres".

En medio de los horrores del 92, él ya sabía desviar su mirada de ese cuadro desesperanzador para prever su desenlace: "La presente generación es testigo de uno de los mayores espectáculos que jamás ocuparon al ojo humano: es el combate a muerte entre el cristianismo y el filosofismo[9]. La contienda está abierta, los dos enemigos combaten, y el universo observa. Se ve como en Homero, *el padre de Dios y de los hombres* levanta las balanzas que pesan los dos grandes intereses: luego, uno de los platos va a descender". Y después de haber mostrado a qué estaba reducido el catolicismo en el momento en que escribía, agregaba: "El filosofismo no tiene, por tanto, más quejas que hacer; todas las oportunidades humanas están a su favor; hace todo por él y todo contra su rival. Si él venciere no dirá como Cesar: Vine, vi, vencí; pero al final habrá vencido: él puede aplaudir y sentarse orgullosamente sobre la cruz derrumbada. Pero si el cristianismo sale de esa prueba terrible más puro y más vigoroso, cuál Hércules cristiano, fuerte solamente de su fuerza, él levanta al hijo de la tierra y lo sofoca en sus brazos: *Patuit Deus!*".

Nada de lo que él vio durante el medio siglo que siguió al Terror puede desviarlo de esa esperanza. Todas las convulsiones a que asistió les llamaba "prefacio", "preliminar terrible y necesario". En el extremo opuesto de los pensamientos humanos, Babeuf decía en la misma época:

"La Revolución Francesa es la precursora de una Revolución mucho mayor". ¡Cuántos otros pensaron y dijeron lo mismo!

---

[8] *Conférences de Notre-Dame*, t. II, p. 198.

[9] Podemos ir más lejos: de la civilización cristiana y de la civilización humanitaria.

¿Prefacio de cuál libro? ¿Precursora de cuál transformación? ¿Preliminar de qué nuevo orden de cosas? Ciertamente Babeuf y de Maistre no tenían la misma idea de esas cosas, mucho menos hoy Jaurès y Pío X[10]. En la encíclica *Præclara*, del 20 de junio de 1984, dirigida a los príncipes y a los pueblos del universo, León XIII también dijo: "Vemos ahí, en el lejano futuro, un nuevo orden de cosas; y no conocemos más suave que la contemplación de los inmensos beneficios que serán sus resultados naturales".

Es muy necesario, en efecto, que todo cambien, si los tiempos no están por terminar. La perversión de los espíritus y la corrupción de los corazones alcanzaron todas las clases de la sociedad e las hicieron llegar a un estado más allá del cual nada hay sino descomposición del cuerpo social. Si Dios no quiere que lleguemos a eso, es necesario que, a través de los medios por Él conocidos, nos haga llegar a un cambio casi total, y al mismo tiempo universal, el cambio del mundo moral y religioso que Santa Hildegarda y tantos otros profetizaron.

Si creemos en Pío IX, León XIII y Pío X, de Maistre, Blanc de Saint-Bonnet y otros, Él lo hará, tal vez luego. "Podrán ocurrir cosas que confundan nuestras especulaciones; pero sin pretender excluir ninguna falta ni ninguna infelicidad intermediaria, siempre estaré seguro de un final ventajoso"[11]. "Aún no vemos nada, porque hasta aquí la mano de la Providencia apenas limpió el terreno: pero nuestros hijos exclamarán con respetuosa admiración: *Fecit magna qui potens est*"[12]. "Existen en esa inmensa revolución cosas accidentales que el raciocinio humano no puede abarcar perfectamente; pero hay también un rumbo general que se hace sentir a todos los hombres que han estado en condiciones de obtener ciertos conocimientos: Al FINAL TODO REVERTIRÁ PARA MEJOR"[13].

---

[10] Véase las esperanzas formuladas en la encíclica que concede un jubileo al universo católico por ocasión de la ascensión de Pío X al trono pontificio y del cincuentenario de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción.

[11] *Ibid*., t. XIII, p. 64.

[12] *Ibid*., t. XIII, p. 169.

[13] *Œuvres Complètes de J. de Maistre*, t. XIII, p. 176.

CAPÍTULO LXX

¿QUÉ ESPERAR DE FRANCIA?

I. MOTIVOS DE DESESPERANZA

Las previsiones de los hombres prudentes, las promesas y garantías de los santos relatadas en los capítulos previos abarcan toda la cristiandad; ellas anuncian el retorno a las instituciones, a las leyes y a las costumbres de la civilización cristiana de todos los pueblos que recibieron los beneficios de la Redención. Ellas dicen que el ejemplo de estos iluminará a los pueblos infieles y que será finalmente entendida la oración del divino Salvador: *Unum ovile et unus Pastor*, de suerte que aquello que Satanás se propuso y para cuyo objetivo hizo trabajar a los suyos —el restablecimiento de la unidad del género humano para su provecho— se volcarán en su contra.

Bajo su instigación, "las naciones se agitan en tumulto, los pueblos traman vanas conspiraciones, se levantan los reyes de la tierra, los príncipes mantienen consejo contra el Señor y contra su Cristo. ¡Quebremos su yugo, dicen ellos, y lancemos lejos de nosotros sus cadenas!

"Pero Aquel que impera en los cielos se ríe de ellos, el Señor los reduce al ridículo. Él les habla en su cólera; Él los hiere de pavor con su furor. Someteos, porque establecí a mi rey en Sion, la montaña santa.

"Publicaré este decreto: tu eres mi Hijo: yo te generé hoy, en un día sin víspera ni día siguiente, desde toda la eternidad. Pide, y yo te daré las naciones por herencia, por dominio las extremidades de la tierra" (Salmo II).

Si es llegada la hora del reino de Jesucristo como vencedor sobre la humanidad rebelde, si en medio de los errores, corrupciones y calamidades de la presente generación podemos permitirnos tener la esperanza de una próxima intervención de Dios en favor de la Iglesia y del género humano, una cuestión muy angustiante se presenta a nosotros franceses. ¿Tendrá Francia parte en las misericordias divinas? O mejor, ¿retomará ella la continuidad de la misión que le fue dada de entre los otros pueblos? Porque Francia recibió una misión el día en que ella fue puesta en el mundo, el día en que ella salió del bautisterio de Reims viva de la vida de Cristo y consagrada defensora de Iglesia, sustentáculo del papado, apóstol de las naciones infieles: "Oh Dios, decía la santa liturgia en el siglo XI, Dios todopoderoso y eterno, que estableciste el imperio de los franceses para ser, en el mundo, instrumento de vuestra divina voluntad, el gladio y el escudo de la Santa Iglesia, conceded siempre y en todas partes la luz celeste a los hijos suplicantes de los francos, a fin de que vean siempre lo que es preciso hacer para la venida de vuestro reino en este mundo, y que, para hacer así como hubieren visto, sean hasta el fin llenos de caridad y de coraje".

Esa oración llevaba hasta Dios la expresión de los sentimientos que habían sido colocados en el corazón de nuestros padres por la carta del Papa Anastasio II a Clovis, por la del Papa Vigilio a Childeberto, por la de San Gregorio Magno a los hijos de Brunehaut, etc., y que tantos acontecimientos sobrevenidos en el curso de los siglos marcaban mucho ser la función que la Providencia había designado para Francia, idea directriz de toda su historia y alma de su vida.

Pero, así como un individuo, un pueblo puede acabar por ser infiel a su misión. El pueblo judío, guardián de la promesa divina, se volcó contra su vocación. El pueblo de Francia, después de haber disfrutado de semejante privilegio, ¿no se hizo culpable del mismo crimen?

En 1795, por lo tanto en plena Revolución, se publicó en Frankfurt un libro sin nombre de autor titulado: *El sistema galicano herido y convencido de haber sido* LA PRIMERA Y LA PRINCIPAL CAUSA DE LA REVOLUCIÓN *que acababa de*

descatolizar y disolver la monarquía cristianísima y de ser hoy el gran obstáculo a la contra-revolución en favor de esa monarquía.

Sabemos lo que fue el sistema galicano. Fue formulado en la Asamblea de 1862 en cuatro artículos que consagraban un doble error y cometían un doble atentado contra la soberanía del Hijo de DIOS HECHO HOMBRE, jefe de la humanidad redimida.

De una parte afirmaban que el poder del vicario de Jesucristo es limitado, ligado por los cánones, y su infalibilidad doctrinaria dependiente de aquella de la Iglesia. De otra parte, que el poder del rey es absoluto, que depende apenas de él mismo, que es independiente del poder que nuestro Señor Jesucristo dio al Papa, su vicario.

Por el primer error y el primer atentado, la Iglesia de Francia, por sus obispos, se colocaba fuera de las enseñanzas de la Iglesia universal acerca de un punto esencial que tuvo que ser definido por el Concilio Vaticano.

Por el segundo error y el segundo atentado, Francia estaba colocada fuera de las tradiciones del género humano. Jamás, en ningún tiempo, ningún pueblo dejó de dar la religión como fundamento a su constitución, a las instituciones públicas y a las leyes. Ninguna nación había hecho mejor que Francia; ella sirvió incluso, bajo ese aspecto, de modelo a los pueblos modernos; fue ella la primera en reconocer la divina majestad de nuestro Señor Jesucristo y de su Iglesia. El rey de Francia se hacia llamar el lugarteniente de Jesucristo y proclamaba, delante de todos, los derechos soberanos del Salvador a través de esa inscripción grabada en nuestras monedas: *Christus vincit, regnat, imperat*, palabras inspiradas por aquellas del Introito de Epifanía: Jesucristo tiene en su mano el reino, el poder y el imperio. *Et regnum in manu ejus et potestas et imperium*: "Oh pueblo de los francos, exclamaba en 1862 el cardenal Pie, remonta el curso de los siglos, consulta los anales de tus primeros reinos, interroga los hechos de tus ancestros, las proezas de tus padres, y ellos te dirán que en la formación del mundo moderno, en el momento en que la mano del Señor modelaba nuevos pueblos occidentales para agruparlos, como una guardia de honra, alrededor de la segunda Jerusalén, la posición que marcó para ti, la parte que construyó para ti, te colocaba a la cabeza de las naciones católicas. Tus más intrépidos reyes se proclamaban "oficiales de Cristo".

La declaración de 1682 rompía con ese pasado, realizaba para el presente la secularización del gobierno, y preparaba para el porvenir el ateísmo de las leyes y la laicización de las instituciones, que debían desaguar en la separación entre la Iglesia y el Estado. La doctrina de la separación entre la Iglesia y el Estado está contenida en la declaración de 1682. En efecto, diciendo que la Iglesia no recibió ninguna autoridad sobre las cosas temporales y civiles, y que, por consiguiente, los reyes y los soberanos no están sometidos a ningún poder eclesiástico en el orden temporal, Bossuet y los otros miembros de la asamblea no *quisieron*, sin ninguna duda, someter la Iglesia al Estado, como lo habían hecho antes de ellos los obispos de Inglaterra al reconocer a Enrique VIII y a sus sucesores como jefes de la Iglesia. Pero la dependencia de la Iglesia relativamente al Estado debía salir fatalmente de la Declaración. Si el rey, o el parlamento, o el pueblo soberano, no están sujetos al juicio del pontífice, es él quien decidirá soberanamente a respecto de lo que es temporal y de lo que no lo es. Fue en virtud de ese principio que el propio Bossuet fue condenado a quemar uno de sus mandamientos y que, en nuestros días, cuando el Concordato estaba en vigor, los clérigos fueron sometidos al servicio militar.

La fecha de 1682 marca, pues, el momento en que la Revolución fue concebida en el seno de la nación francesa. "Esa revolución de la que somos *víctimas*, decía el autor desconocido del folleto cuyo título acabamos de referir, no es por sí mismo y por su naturaleza sino una especie de rebelión directa y pronunciada contra la autoridad sacerdotal y la autoridad real de Jesucristo. Es a Jesucristo que los impíos revolucionarios odian por encima de todas las cosas; y si está en sus objetivos detestables trabajar con todas sus fuerzas por la caída de la Santa Sede y de todos los tronos de la

cristiandad, es apenas para aniquilar, si pudieren, la doble autoridad de Jesucristo, de la cual el soberano pontífice y los reyes cristianos son respectivamente depositarios y que ejercen en su nombre y en su lugar".

La Revolución, con el asesinato de Luis XVI de un lado, y de otro la constitución civil del clero, fue, pues, consecuencia lógica de la Declaración de 1682. Queriendo limitar los poderes dados a su vicario por nuestro Señor Jesucristo, la Iglesia galicana abrió ella misma el camino al cisma en el cual la Revolución quiso precipitarla: y privándola del apoyo de ella tuvo desde su origen del trono de Jesucristo, ella hacia que el trono de los reyes cristianísimos perdieran su estabilidad. La soberanía no mantenía más ningún sustentáculo más allá de la opinión nacional, tan fácil de mudar, tan pronta a profanar hoy o que antes adorara.

Ahí está la verdadera causa del desaparecimiento del trono de Francia, como del desmoronamiento de la Iglesia galicana. A las consecuencias lógicas que los errores y las impiedades acarrean, se junta el castigo. Aquí, el castigo fue la decapitación del rey y la masacre del clero. Esas penas nos parecieron enormes, pero, ¿quién de nosotros es digno de juzgar acerca de la naturaleza del crimen y de la expiación que él requería?

Los hombres de la Convención quisieron herir en Luis XVI no apenas a un hombre, no solamente a un rey justo, sino al propio Cristo, del cual él era ministro, la propia Cristiandad, de la cual él era el jefe. Lo que ellos querían derrumbar con su cabeza era la fe de Clovis, de Carlomagno, de San Luis; era el representante más elevado, después del Papa, del derecho divino que ellos se vanagloriaban destruir. Ellos querían "descatolizar no menos que desmonarquizar" Francia y la Cristiandad; ellos querían, en Luis XVI, golpear al "infame", "aplastar al infame". Por la intención, el regicidio era, según ciertos hombres, un verdadero deicidio.

Unido al vicario de Cristo y por él a Cristo, ungido con el oleo santo que la paloma, mensajera divina, trajo del cielo, el rey de Francia, no por sí mismo, sino por AQUEL que él representaba, era otro Cristo, como dice la Escritura. La Revolución, esclarecida por un odio satánico, no se engañaba. Basta, para convencernos de eso, recordar las palabras pronunciadas en la Convención por Robespierre, Saint-Just y otros.

Chapot[1] tiene razón en decir:

"Existe un pecado en Francia como existe un pecado en el pueblo judío. El pecado nacional del pueblo judío es el deicidio; el pecado nacional de Francia es el regicidio, es la Revolución y el liberalismo. Me explico: Israel quiso matar a Jesucristo como Dios, Francia en revolución quiso matarlo como rey. El atentado cometido contra Luis XVI tenía su contragolpe directo contra la propia persona de Cristo. No fue el hombre que la Revolución quiso matar en Luis XVI, fue el principio que el rey de Francia representaba: ese principio era el de la realeza cristiana. ¿Qué quiere decir realeza cristiana? Quiere decir realeza temporal dependiente de Cristo, imagen de la realeza de Cristo; es por eso que los reyes de Francia se intitulaban *oficiales de Cristo*". Fue con este pensamiento que Juana de Arco, restableciendo sobre la tierra la realeza legitima, dijo a Carlos VII: "Vos seréis lugarteniente del rey de los cielos que es el rey de Francia".

Lammenais comentó así las palabras de la Doncella:

"No era al hombre que se obedecía, sino a Jesucristo. Simple ejecutor de sus mandamientos, el soberano reinaba en su nombre; consagrado como Él, por tanto tiempo cuanto usase el poder para mantener el orden establecido por el Rey-Salvador, sin autoridad desde que la violase. Así, la justicia y la libertad constituían el fundamento de la

[1] *Revue Catholique des Institutions et du Droit*, setembro de 1904, pp. 212-213.

sociedad cristiana; la sumisión del pueblo al príncipe tenía como condición la sumisión del príncipe a Dios y a su Ley, carta eterna de los derechos y de los deberes, contra la se quebraba toda voluntad arbitraria y desordenada”[2].

La declaración de 1682 vino a colocar el principio contrario, de la secularización del gobierno de los pueblos cristianos. Es verdad que doce años después de haber ella sido formulada, el 14 de septiembre de 1693, Luis XIV escribió al Papa Inocente XII: “Estoy muy contento en llevar al conocimiento de vuestra santidad que di las órdenes necesarias para que las cosas contenidas en mi edicto del 11 de marzo de 1962, relativas a la declaración hecha por el clero de Francia, a la cual las coyunturas pasadas me habían obligado, no sean observadas”. Y no satisfecho de que el Santo Padre fuese informado de sus sentimientos al respecto, expresaba el deseo que todo el mundo conociese su profunda veneración por el jefe de la Iglesia. El error estaba, pues, retratado de parte de la realeza y la falta reparada.

Mas una y otra fueron renovadas y agravadas más allá de todo límite por la nación, el día en que fue escrito y votado este artículo de la Declaración de los Derechos del Hombre: “El principio de toda soberanía reside esencialmente en la nación; ningún cuerpo, ningún individuo puede ejercer autoridad que no emane expresamente de ella”.

Esto jamás fue retratado, esto está siempre en vigor, y es esto que autoriza los temores arriba expresados.

“Lo que la Revolución quiso destruir, dice aún Chapot, fue el propio principio de autoridad cristiana en el Estado. Ella quiso iniciar la secularización, o mejor, la apostasía de todo el orden social y civil. Ella quiso arrancar las viejas naciones cristianas, de las cuales Francia era la cabeza, al imperio de Jesucristo”.

He ahí el pecado de Francia, causa primera y radical del rebajamiento en que nos encontramos.

Desde entonces se culminó la secularización, que alcanzó todo, liberando todo de la tutela paternal de Cristo, de la tutela maternal de la Iglesia. Ese juego tan honorable y tan suave fue presentado como siendo humillante y represor. En el momento presente es completamente rechazado por la ley de separación entre la Iglesia y el Estado.

A ese primer atentado se junto otro, el atentado contra la soberanía pontificia, cuya guarda constituía misión especial de Francia.

Sabemos como, después de haber restablecido Pío IX el trono, Francia lo abandonó, se retiró de cerca de él a fin de dejar el campo libre a los soldados de la francmasonería. Permanecía, entretanto, junto al trono pontificio la embajada, personificación de Francia. Ella no está más allá, y el miserable artificio empleado para cubrir esa traición deseada por la francmasonería es bien digno de perfidia y mentira.

Hasta entonces ningún soberado de una nación oficialmente católica quiso visitar en Roma al usurpador, ni siquiera el emperador de Austria, su aliado, a pesar de veinte años de instancias de recordarle la observancia de las leyes de mutuo respeto. Era, de parte de los príncipes católicos, una mentira afirmar que la cuestión de Roma existe siempre, que esta puesta para las potencias.

Los propios soberanos no católicos, por el modo como efectúan su visita al Vaticano, testificaron que, igualmente para ellos, el problema está siempre pendiente, no fue resuelto.

Loubet, el primero, declaró livianamente que a sus ojos el verdadero y único soberano de Roma era el nieto de Víctor Manuel; él ratificó la gran infamia política y religiosa practicada en 1870. Fue en nombre de Francia que él

[2] *Du progrès de la Révolution*, p. 5.

pretendió practicar ese acto, el más opuesto posible a toda su historia, al papel que ella desempeñó en el mundo, a la vocación que Dios le dio. ¡Y eso en la época en que el emperador de Alemania posa de portaestandarte de la Iglesia![3].

Había en la Cámara dos padres; y ellos dejaron a un lego, Boni de Castellane[4], la preocupación de reivindicar los derechos imprescriptibles del papado y defensor de los derechos y la honra de Francia. ¿Qué digo? Uno de ellos, Gayraud, por su abstención, se declaró indiferente a la cuestión; y el otro, Lemire, dijo, con su voto, a Loubet: Estoy muy contento porque iréis a dar a la usurpación piamontesca la sanción que ella aún no recibió, y, usando mis poderes de diputado, yo os doy medios para eso[5].

Al día siguiente de ese voto, en el día siguiente al de esa misión dada a Loubet por los diputados y senadores, Henri Rochefort escribía en el *Intransigeant*: "El día de ayer fue, podemos decir, excelente para los sin patria… Francia está muriendo, es incontestable, pero ellos no estarán realmente satisfechos sino cuando pudieren gritar: "¡Francia murió!". Después de la sesión del 22 de enero, sobre la cuestión de Delsor, él había escrito: "Se puede decir que Francia venció, Ella es aún, por algún tiempo, una expresión geográfica".

Es la respuesta definitiva a la pregunta que J. de Maistre hacía a Bonald: "¿Francia está muerta?".

En 1878 el cardenal Pitra, en una carta dirigida al barón Baude, embajador en Constantinopla, preguntaba: "Mañana, ¿dónde estará Francia? Vos me habláis de desmoronamientos que amenazan a todos los pueblos de Europa. ¿Qué significa semejante situación, y cómo llegamos a ese punto extremo en el cual estamos prestos, a cada día, a temer un terremoto universal?".

En abril de 1903, Drumont también decía: "No dudamos que Francia esté en este momento en plena depresión, preparada para todo, aceptando todo, asistiendo indiferente a los más monstruosos atentados. Son múltiples las causas de ese estado de espíritu… Parece que lo que tocó a Francia en el corazón fue que ella entrevió, por primera tal vez, en su existencia como nación, la posibilidad de morir. Y si el corazón falla es porque el cerebro vacila en medio de la más pavorosa confusión intelectual y moral que el mundo jamás asistió".

En el día 4 de febrero de 1904, en el tribunal del Sena, se discutía, después del divorcio, un proceso de tutela de hijo. ¿A quién confiarlo? Los jueces se consultaban. El presidente, embarazado, impotente, dejó caer esta frase de desaliento y de tristeza: "Vivimos en una sociedad que se derrumba".

Los hombres verdaderamente inteligentes no se engañan acerca de la causa primera de nuestra decadencia en todos los sentidos, decadencia que nos permite hacer esta siniestra pregunta: ¿Francia está muriendo? ¿Francia está muerta?".

Beugny d'Hagerne publicó en 1890, en la *Revue du Monde Catholique*, sus notas de *viaje de París a Transilvania*. Él relata una entrevista que tuvo en Fured con Lonkay, director del *Magyar Alam* (El Estado Húngaro), el gran periódico

---

[3] ¿Dejó de ser Prusia lo que decía de ella la Opinion Nationale el día siguien al desastre de Sadowa? "La misión de Prusia es protestantizar Europa, como la misión de Italia es destruir el pontificado romano". ¿Quién lo puede creer?

[4] Baudry-d'Asson apoyó a Boni de Castellane. En el Senado, Dominique Delahaye se hizo la misma honra. ¡El proyecto de ley encontró en la Cámara apenas doce oponentes! projeto de lei encontrou na Câmara apenas doze oponentes!

[5] Es verdad que ese padre, un poco más tarde subió a la tribuna para formular esta herejía: "La constitución de la Iglesia no es una monarquía, propiamente hablando la Iglesia no es una jerarquía. Ella es gobernada por una serie de autoridades locales, controladas por una autoridad central y superior". Cámara de Diputados, sesión del 15 de enero de 1907.

católico de Hungría: "Aprecio mucho a Francia, le dijo él, y en medio de los acontecimientos políticos de nuestra época, que la función de periodista me fuerza a estudiar diariamente, hay dos puntos que jamás pierdo de vista: el papado y Francia. Francia siempre me pareció el pueblo escogido por Dios para defender los derechos de su Iglesia; veo a todas las naciones cristianas depender y esperar de ella la salvación. Infelizmente, hay muchas cosas que me hacen temer por vosotros. No hablo de las actuales locuras de vuestros gobernantes, es una enfermedad, un acceso de fiebre, que sólo puede ser momentáneo. La guerra entre el imperio alemán y Francia es inevitable… Será un duelo de muerte. Si la Francia fuese aún la hija primogénita de la Iglesia, si ella tuviese un jefe que, como San Luis, se intitulase oficial de Jesucristo, yo nada temería. Pero, entre las faltas y locuras de vuestra primera revolución, hay una que debe atraer sobre vosotros terribles castigos. En aquella época nefasta Francia expulsó a Dios de sus leyes: fue un crimen de renegación nacional. Todos los gobiernos que se siguieron a la Revolución no supieron, no pudieron, o no osaron reparar ese crimen. Más tarde, ese crimen fue imitado por otras naciones católicas, y me pregunto con frecuencia si Dios no terminará, también Él, por renegar a aquellos que lo renegaron".

Mais recentemente, o mesmo temor foi expresso em Amsterdã, ou melhor, a afirmativa foi pronunciada por um protestante, membro da Câmara Alta dos Estados Gerais. Falando a um religioso expulso da França pela lei Waldeck-Rousseau, ele perguntava:

" — Eu vos ofenderia se afirmasse que a França está perdida?

" — Gostaria de saber, pelo menos, por que assim julgais, respondeu o religioso.

" — Por causa dos sinais que anunciam toda decomposição, replicou o senador".[6]

Vendo os sinais, ele havia procurado a causa dessa morte, e ele a atribuía ao abandono do catolicismo. "Disse mal: "a França perdida"; é o catolicismo que considero perdido na França. E é nessa atrofia do catolicismo que eu, protestante, vejo o sintoma da morte para a França".

No curso dos debates levantados na Bélgica pela emigração para esse país dos religiosos que um governo, tão traidor da pátria quanto ímpio e inumano, expulsa da França, um dos membros mais eminentes da Câmara belga também dizia: "A política anticlerical será para a França um suicídio nacional".

Os jornais estrangeiros não falam de maneira diversa desses personagens. Baste citar o *Vaterland* de Viena. Num artigo intitulado *O instigador da Kulturkampf francesa*, publicado em 6 de outubro de 1904, ele dizia: "A política anti-religiosa francesa é uma verdadeira política de suicídio".

Antes deles, Joseph de Maistre, após ter lembrado os *Gesta Dei per Francos*, e mostrado que a situação eminente que a França ocupava no mundo decorria do fato de presidir ela (humanamente) o sistema religioso e de que seu rei era "o protetor hereditário da unidade católica",[7] esse profundo pensador acrescentava: "No momento em que os franceses não forem mais católicos não haverá mais franceses na França, porque não haveria mais na França homens que tivessem no espírito e no coração a idéia diretriz dos ancestrais, aquela à qual os franceses têm obedecido desde seu nascimento, que fez da sua nação o que ela foi, e sem a qual ela não será mais ela mesma, não mais existirá".

Já em 1814, vendo que a Restauração não recolocava a França plenamente nas suas vias tradicionais, ele escrevera a Bonald: "Até o momento as nações tem sido *mortas* pela conquista, quer dizer, pela via de penetração; mas aqui se apresenta uma magna questão. — *Uma nação pode morrer sobre o seu próprio solo, sem transplante nem penetração, unicamente pela via da putrefação, deixando a corrupção chegar até o ponto central e até os princípios originais e constitutivos que a fazem o que é?* É um grande e temível problema. Se chegastes a esse ponto, não há mais franceses

[6] *Etudes*. Número de 5 de outubro de 1902.

[7] De Maistre, *Œuvres*, t. X, p. 436 e *passim*.

mesmo na França, e tudo está perdido”.[8] No ano seguinte ele se mostrava mais afirmativo: “A França está morta neste momento; toda a questão se reduz em saber se ela ressuscitará”.[9]

[8] *Œuvres Complètes de J. de Maistre*, t. XII, p. 460.

[9] *Ibid.*, t. XIII, p. 158.